

Unidos por la Ley

Nora Roberts

Los Stanislaski 3

Título original: Falling for Rachel

Prólogo

Nick no podía entender cómo había sido tan estúpido. Quizá formar parte de la banda era más importante de lo que a él le gustaba reconocer. Quizá estaba enfurecido con el mundo en general y consideraba que era justo golpear cuando tenía la oportunidad. Y desde luego habría quedado mal si hubiera dado marcha atrás cuando Reece, T.J. y Cash estaban tan lanzados.

Pero nunca antes había llegado a quebrantar la ley.

«No es del todo cierto», se recordó mientras entraba por la ventana rota a la parte de atrás de la tienda de aparatos electrónicos. Pero solo habían sido leyes insignificantes. Establecer un timo con cartas en Madison para incautos y turistas, vender relojes calientes o productos Gucci en la Quinta, falsificar un par de carnés de identidad para que unos jóvenes pudieran comprar unas cervezas. Había trabajado en un desguace durante un tiempo, pero eso no lo convertía en un ladrón de coches. Solo separaba sus componentes para disponer de ellos como repuestos. Lo habían pinchado un par de veces por pelear con los Hombres, pero eso era una cuestión de honor y lealtad.

Entrar en una tienda a robar calculadoras y radiocasetes era un salto grande. Así como había parecido una broma delante de un par de cervezas, la realidad del acto le revolvía el líquido en el estómago.

Tal como Nick lo veía, estaba atrapado, como siempre lo había estado. No había una salida fácil.

-Eh, tío, esto es mejor que robar caramelos, ¿verdad? -los ojos de Reece, oscuros y ariscos, escudriñaron los anaqueles de la tienda. Era un hombre bajo de complexión robusta que había pasado varios de sus veinte años en el correccional-. Vamos a ser ricos.

T.J. rió entre dientes. Era su manera de estar de acuerdo con todo lo que decía Reece. Cash, que por lo general seguía su propio parecer, había empezado a meter cajas de videojuegos en el bolso negro que llevaba.

-Vamos, Nick -Reece le arrojó un petate del ejército-. Cárgalo.

El sudor comenzó a chorrear por la espalda de Nick mientras metía radios y mini grabadoras en el bolso. «¿Qué diablos estoy haciendo aquí?», se preguntó. «¿Robarle a un pobre desgraciado que intenta ganarse la vida?». No era lo mismo que desplumar a los turistas o vender los productos dudosos de otra persona. «Por el amor del cielo, esto es robar».

-Escucha, Reece, yo... -calló cuando Reece se volvió y apuntó la linterna a sus ojos.

-¿Algún problema, hermano?

«Estoy atrapado», volvió a pensar Nick. Largarse en ese momento no iba a impedir que los otros se apoderaran de aquello que habían ido a buscar. Y a él solo le aportaría humillación.

-No. No, tío, no hay problema -ansioso por acabar con todo, guardó más cajas sin molestarse en mirarlas-. No nos volvamos demasiado codiciosos, ¿vale? Quiero decir, hemos de sacar el material, dárselo al perista. No queremos llevarnos más del que podemos manejar.

Con los labios fruncidos en mueca desdeñosa, Reece palmeó la espalda de Nick.

-Por eso te tengo a mi lado, por tu mente pragmática. No te preocupes por entregar el material. Ya te dije que tengo un contacto.

-Cierto -Nick se humedeció los labios secos y se recordó que era un Cobra. Era todo lo que siempre había sido, todo lo que siempre sería.

-Cash, T.J., llevaos el primer cargamento al coche -Reece les lanzó las llaves-. Aseguraos de que lo cerráis. No queremos que ningún tipo nos robe nada, ¿verdad?

Las risitas de T.J. reverberaron contra el techo mientras salía por la ventana.

-No, señor -volvió a ponerse las gafas sobre la nariz-. Hoy en día hay ladrones por todas partes. ¿Verdad, Cash?

Cash simplemente gruñó y se abrió pasó por la ventana.

-Ese T.J. es un verdadero idiota -Reece alzó la caja de un vídeo-. Échame una mano con esto, Nick.

-Creía que habías dicho que solo íbamos a ocuparnos de las cosas pequeñas.

-He cambiado de idea -Reece empujó la caja a los

brazos de Nick-. Mi chica no ha dejado de pedirme uno -se echó el pelo hacia atrás antes de salir por la ventana-. ¿Sabes cuál es tu problema, Nick? Tienes demasiada conciencia. ¿Que se te ha metido en la cabeza? Vamos a ver, los Cobras somos familia -extendió los brazos. Cuando Nick colocó en ellos el vídeo, desapareció en la oscuridad.

«Familia», pensó Nick. Reece tenía razón. Los Cobras eran su familia. Podía contar con ellos. Había tenido que contar con ellos. Desterró todas sus dudas y se pasó el petate al hombro. «Tengo que pensar en mí mismo, ¿no?»». Su parte por el trabajo de esa noche le permitiría tener un techo sobre la cabeza durante uno o dos meses. Podría haber pagado su habitación de forma legal si no lo hubieran echado de su trabajo de repartidor.

«Es una economía asquerosa», concluyó. Si tenía que robar para que le cuadrara el presupuesto, podía culpar al gobierno. La idea le provocó una risita mientras sacaba una pierna por la ventana. «Reece tiene razón», pensó. Había que buscar ser el número uno.

-¿Te echo una mano con eso?

La voz desconocida lo paralizó a mitad de camino de la ventana. En la penumbra vio el destello metálico de un arma, el resplandor de una placa. Experimentó el pensamiento desesperado y fugaz de lanzar el petate contra la figura y huir. Moviendo la cabeza, el policía se acercó más. Era joven, de pelo oscuro y con una resignación cansada en los ojos que lo advirtió a Nick de que ya había pasado por lo mismo.

-Hazte un favor -sugirió el policía-. Achácalo a la mala suerte.

Resignado, Nick se deslizó por la ventana, dejó el petate en el suelo, se plantó de cara a la pared y adoptó la postura de un detenido.

-¿Es que hay algo más? -musitó, y dejó que su mente vagara mientras le leían sus derechos.

1

Con un maletín en una mano y un bollo a medio comer en la otra, Rachel subió corriendo los escalones del tribunal. Odiaba llegar tarde. Lo detestaba. Y saber que tendría al juez Cara de Hacha Snyder en la vista de la mañana le dio más determinación para estar ante la mesa de la defensa a las nueve menos un minuto. Disponía de tres minutos, y habría sido el doble si primero no hubiera pasado por la oficina.

¿Cómo iba a saber que su jefe la estaría esperando con otro caso?

«Por dos años de trabajo en la defensa pública», se recordó al empujar las puertas a la carrera. Por eso tendría que haberlo sabido.

Observó los ascensores, evaluó a la multitud que esperaba y se decidió por las escaleras. Maldiciendo los tacones, subió los escalones de dos en dos y se tragó el resto del bollo. No tenía sentido fantasear con el café con el que le gustaría acompañarlo.

Frenó ante las puertas del tribunal y se tomó diez preciosos segundos para alisarse la chaqueta azul y el pelo negro que le llegaba hasta la barbilla. Una rápida inspección le mostró que los pendientes seguían en su sitio. Miró la hora y suspiró.

«Justo a tiempo, Stanislaski», se dijo mientras cruzaba con serenidad las puertas y entraba en el tribunal. Escoltaron a su cliente, una prostituta de veintitrés años con el corazón duro como una piedra, en el momento en que Rachel ocupaba su sitio. Los cargos probablemente no le habrían representado más que una leve multa y una condena suspendida, pero robar la cartera del hombre que había requerido sus servicios había empeorado la situación de la joven.

Tal como Rachel le había explicado, no todos los clientes se sentían demasiado avergonzados para chillar cuando perdían doscientos en efectivo y una tarjeta oro de crédito.

-¡De pie!

Cara de Hacha entró con una ondulación de la toga negra alrededor de su uno noventa de estatura y sus ciento veinte kilos de peso. Tenía la piel del color de un buen capuchino y una cara tan redonda y hostil como las calabazas que Rachel recordaba tallar con sus hermanos cada Halloween.

El juez Snyder no toleraba ningún retraso, ninguna insolencia ni excusa en su tribunal. Rachel miró al ayudante del fiscal del distrito que sería su oponente. Intercambiaron expresiones de simpatía y se pusieron a trabajar.

Consiguió librar a la prostituta con noventa días. Su cliente no rebosaba gratitud al ser escoltada fuera por el alguacil. Tuvo mejor suerte con un caso de agresión... «Después de todo, señoría, mi cliente pagó de buena fe por una comida caliente. Cuando la pizza llegó fría, señaló el problema ofreciéndole un poco al repartidor. Por desgracia, su entusiasmo lo impulsó a ofrecerla con demasiado ímpetu, y durante la posterior refriega, inadvertidamente la pizza terminó en la cabeza del repartidor...».

-Muy graciosa, abogada. Cincuenta dólares de multa, pena suspendida.

Rachel se abrió paso por la sesión de la mañana. Un carterista, un borracho acusado de causar desorden, dos casos más de agresión y un robo pequeño. Concluyeron al mediodía con un ladrón de tres al cuarto. Rachel necesitó toda su habilidad y determinación para convencer al juez de que aceptara someterlo a una evaluación psiquiátrica y que recibiera tratamiento.

-No ha estado mal -el ayudante del fiscal apenas superaba los veintiséis años de Rachel en dos años, pero se consideraba un perro viejo-. Creo que hemos terminado empatados.

Ella sonrió y cerró el maletín.

-Ni lo sueñes, Spelding. Te gané con el ladrón de tiendas.

-Es posible -Spelding, que llevaba semanas tratando de sacarle una cita, se situó a su lado-. Puede que el análisis que reciba lo deje limpio.

-Claro. El tipo tiene setenta y dos años y roba maquinillas de afeitar de un solo uso y postales con motivos florales. Es evidente que se trata de un adulto perfectamente racional.

-Los defensores tenéis unos corazones tan blandos -pero lo dijo con tono ligero, ya que admiraba mucho el estilo de Rachel en el tribunal. Tanto como sus piernas-. Te diré lo que haremos. Te invito a comer para que trates de convencerme de por qué la sociedad debería poner la otra mejilla.

-Lo siento -le dedicó una sonrisa rápida y volvió a decantarse por las escaleras-. Me espera un cliente. -¿En una celda?

-Ahí es donde los encuentro -se encogió de hombros-. Mejor suerte la próxima vez, Spelding.

La comisaría era ruidosa y olía a café pasado. Rachel entró con un leve escalofrío. El hombre del tiempo se había equivocado aquel día con la promesa de verano. Manhattan empezaba a estar cubierta por una gruesa capa de nubes. Rachel ya empezaba a lamentar no haber salido con la gabardina o el paraguas al abandonar su apartamento aquella mañana.

Supuso que con un poco de suerte regresaría a su oficina en una hora y podría escapar de la lluvia que se avecinaba. Intercambió unos saludos con algunos de los policías a los que conocía y recogió la placa de visitante del escritorio.

-Nicholas LeBeck -le informó al sargento de la entrada-. Intento de robo.

-Sí, sí... -el sargento hojeó sus papeles-. Lo trajo tu hermano.

Rachel suspiró. Tener un hermano poli no siempre hacía que la vida fuera más fácil.

-Eso tengo entendido. ¿Ha realizado su llamada?

-No.

-¿Ha preguntado alguien por él?

-No.

-Estupendo -Rachel alzó el maletín-. Me gustaría que lo subieran.

-En seguida. Parece que te han dado otro perdedor, Ray. Ve a la sala A.

-Gracias.

Se volvió, esquivando a un hombre robusto con las manos esposadas y al policía uniformado que iba detrás de él. Logró hacerse con una taza de café para llevársela a una sala pequeña que exhibía una ventana con barrotes, una mesa larga y cuatro sillas llenas de marcas. Se sentó, abrió el maletín y extrajo el historial de Nicholas LeBeck.

Al parecer su cliente tenía diecinueve años, estaba desempleado y alquilaba una habitación en el Lower East Side. Suspiró al leer sus antecedentes. «Nada cataclísmico», reflexionó, «pero sí suficiente para mostrar una inclinación hacia los problemas». El intento de robo lo había hecho subir un peldaño, y le dejaba pocas esperanzas de conseguir que lo trataran como a un menor. Cuando el detective Alexi Stanislaski lo había capturado, en el petate había llevado productos electrónicos por valor de varios miles de dólares.

«No hay duda de que tendré noticias de Alex», pensó.

Cuando se abrió la puerta de la sala de conferencias, continuó bebiendo café al evaluar al hombre que introducía un policía de aspecto aburrida.

Calculó que mediría un metro setenta y Cinco y que pesaría unos sesenta y cinco kilos. Llegó a la conclusión de que no le iría mal ganar un poco de peso. Pelo rubio oscuro, descuidado y casi hasta los hombros. Tenía los labios fruncidos en lo que parecía una permanente mueca burlona. De lo contrario podría haber sido una boca atractiva. Un pendiente con una piedra casi del color de sus ojos adornaba el lóbulo de la oreja. Los ojos también habrían sido atractivos de no exhibir esa amarga furia que Rachel leía en ellos.

-Gracias, agente -ante el leve asentimiento, el policía le quitó las esposas a su cliente y los dejó solos-. Señor LeBeck, soy Rachel Stanislaski, su abogada.

-¿Sí? -se dejó caer en una silla y la echó para atrás-. El último abogado de oficio que tuve era bajo, flaco y calvo. Al parecer he tenido suerte esta vez.

-Todo lo contrario. Lo arrestaron mientras salía por la ventana rota del almacén de una tienda cerrada, en posesión de mercancía por valor estimado de seis mil dólares.

-La tasación de esa mierda es increíble -no resultaba fácil mantener la mueca burlona después de una noche miserable en una celda, pero Nick tenía su orgullo-. Eh, ¿tiene un cigarrillo?

-No. Señor LeBeck, me gustaría conseguir que su vista fuera lo más pronto posible, para que de ese modo podamos establecer una fianza. A menos que, por supuesto, prefiera pasar sus noches en una celda.

El encogió sus hombros delgados mientras trataba de parecer despreocupado.

-Preferiría que no, encanto. Lo dejaré en sus manos.

-Bien. Y me llamo Stanislaski -corrigió con suavidad-. Señorita Stanislaski. Me temo que me dieron su historial esta mañana de camino al tribunal, y apenas tuve tiempo de mantener una breve conversación con el fiscal asignado a su caso. Debido a su historial previo, y al tipo de delito en el que lo han sorprendido, el estado ha decidido juzgarlo como adulto. El arresto fue limpio, de modo que no tendrá ninguna oportunidad por ahí.

-Eh, no espero ninguna.

-La gente rara vez las obtiene -juntó las manos sobre la carpeta-. Vayamos al grano, señor LeBeck. Lo atraparon con las manos en la masa, y a menos que quiera inventarse algún cuento de hadas que justifique la ventana rota y diga que entró para realizar un arresto civil...

-No está mal -el joven tuvo que sonreír.

-Apesta. Es usted culpable, y como el oficial que lo arrestó no cometió ningún error, y su lista de delitos es lamentable, va a pagarlo. Cuánto pague dependerá de usted.

Él continuó meciéndose en la silla, pero por la espalda empezó a chorrearle un goteo de sudor. Una celda. En esa ocasión iban a encerrarlo en una celda... no por unas pocas horas, sino durante meses, quizá años.

-Tengo entendido que las cárceles están atestadas... que le cuestan un montón de dinero a los contribuyentes. Supongo que el fiscal querrá llegar a un acuerdo.

-Es algo que se mencionó -Rachel comprendió que no era solo amargura ni ira. En ese momento también veía miedo en sus ojos. Era joven y tenía miedo, y ella no sabía hasta dónde podría ayudarlo-. De la tienda. Se robó unos quince mil dólares en mercancía, bastante más de lo que se encontró en su posesión. Usted no estaba solo, LeBeck. Usted lo sabe, yo lo sé y la policía lo sabe. Igual que el fiscal del distrito. Proporciónelos algunos nombres, una pista sobre dónde podrían hallarse ahora los productos, y lograré conseguirle un trato.

La silla del joven sonó contra el suelo.

-Y un cuerno. Jamás he dicho que hubiera alguien conmigo. Nadie puede demostrarlo, como nadie puede demostrar que me llevé más de lo que había en mis manos cuando el poli me detuvo.

Rachel se adelantó. Fue un movimiento sutil, pero que hizo que los ojos de Nick se clavaran en los suyos.

-Soy su abogada, LeBeck, y lo que no va a hacer será mentirme. Miéntame y lo dejaré colgado, igual que hicieron anoche sus colegas -su voz sonaba impasible, sin emoción, pero a él no se le escapó la ira que bullía por debajo de la superficie. Tuvo que luchar para no retorcerse en la silla-. Si no quiere llegar a un trato -continuó Rachel-, esa es su elección. Estará encerrado de tres a cinco meses en vez de los seis que le tocarían y le conseguiré dos años de condicional. Sin importar por lo que se decida, yo realizaré mi trabajo. Pero no me insulte diciéndome que lo hizo solo. Usted es un ladrón de poca monta, LeBeck -la satisfizo ver que la furia regresaba a la cara de él. El miedo había comenzado a ablandarla-. Pequeños timos y estafas. Esto forma parte de la liga superior. Lo que me diga no saldrá de mí a menos que usted indique algo distinto. Pero sea franco conmigo o me largo.

-No puede largarse. Le han asignado mi caso.

-Y puedo pedir que me asignen otro. Entonces tendría que pasar por lo mismo con otro -comenzó a guardar los papeles de vuelta en el maletín-. Usted se lo perderá. Porque soy buena. Buena de verdad.

-Si es tan buena, ¿cómo es que trabaja en la oficina del defensor público?

-Digamos que pago una deuda -cerró el maletín-. Bien, ¿cómo quiere que sea?

Durante un momento el rostro de él se vio sumido en la indecisión, lo que le proporcionó un aspecto joven y vulnerable antes de que agitara la cabeza.

-No pienso delatar a mis amigos. No hay trato.

Rachel soltó un suspiro impaciente.

-Llevaba una cazadora de los Cobras cuando lo arrestaron.

-¿Y qué? -se la habían quitado al ingresarlo, igual que la cartera, el cinturón y las monedas del bolsillo.

-Saldrán a buscar a sus amigos, los mismos amigos que se repliegan y permiten que todo recaiga sobre usted. El fiscal puede conseguir que sobre su cabeza caiga un robo por valor de veinte mil dólares.

-Nada de nombres -repitió-. No hay trato.

-Su lealtad es admirable, y equivocada. Haré lo que pueda para que le reduzcan los cargos y le pongan una fianza. No creo que esté por debajo de los cincuenta mil dólares. ¿Puede reunir el diez por ciento?

«Ni soñándolo», pensó él, pero se encogió de hombros.

-Podré cobrar algunas deudas.

-Muy bien, ya nos veremos -se levantó y sacó una tarjeta del bolsillo-. Si me necesita antes de la vista, o si cambia de idea acerca del trato, llámeme.

Llamó a la puerta y la atravesó cuando se abrió. Un brazo se enroscó en torno a su cintura. Se puso rígida instintivamente, pero suspiró al alzar la vista y ver que su hermano le sonreía.

-Rachel, cuánto tiempo sin vernos.

-Sí, más o menos un día y medio.

-Gruñona -la sonrisa se amplió al introducirla en la sala de los oficiales-. Buena señal -alzó la vista por encima del hombro de ella y la clavó brevemente en LeBeck-. Así que te han dado a ese. Lo siento, preciosa.

-Deja de regodearte y dame una taza decente de café -le propinó un codazo fraternal en las costillas y apoyó la cadera contra el escritorio de su hermano mientras tamborileaba los dedos sobre el maletín.

Cerca, un hombre bajo y regordete se llevaba un pañuelo a la frente y gemía levemente mientras le ofrecía una declaración a otro policía. Alguien hablaba alto y rápido en español. Una mujer con un moratón en la mejilla lloraba y mecía a un niño rollizo.

La sala de los detectives oía a desesperación, furia y aburrimiento. Rachel siempre había considerado que si tenía sentidos agudos podía percibir el olor a justicia debajo de todo. Sucedió lo mismo en su oficina, a unas pocas manzanas.

Durante un momento, imaginó a su hermana, Natasha, desayunando con su familia en su bonita cocina de la casa grande y bonita de West Virginia. O abriendo su colorida juguetería. La imagen la hizo sonreír un poco, lo mismo que sucedía al imaginar a su hermano Mikhail tallando algo apasionado o llamativo en madera en su nuevo estudio bañado por el sol, quizá tomando una apresurada taza de café con su magnífica esposa antes de que ella se marchara a su despacho en el centro de la ciudad.

Y allí estaba, a la espera de una taza de lo que sin duda sería un café muy malo, en una comisaría llena con las visiones, los olores y los sonidos de la desdicha.

Alex le pasó el café y luego se sentó sobre la mesa al lado de ella.

-Gracias -bebió un sorbo, hizo una mueca y observó a un par de prostitutas salir de las celdas de detención. Un hombre alto, con ojos cansados y barba de una noche las rodeó y siguió a un agente uniformado por una puerta que bajaba hasta las celdas. Rachel suspiró-. ¿Qué nos sucede, Alexi?

El volvió a sonreír y le pasó un brazo por los hombros.

-¿Qué? ¿Por el hecho de que nos gusta ganarnos la vida en el submundo, con mala paga y menos gratitud? Nada. Nada en absoluto.

Ella rió entre dientes y alimentó su sistema con la gasolina disfrazada de café.

-Al menos tú acabas de conseguir un ascenso. Detective Stanislaski,.

-No puedo evitarlo si soy bueno. Tú, por otro lado, no paras de devolver a las calles a los delincuentes por los que yo arriesgo la vida para capturar y mantener limpias esas mismas calles.

Ella bufó y lo miró con el ceño fruncido por encima de la taza de papel.

-Casi todas las personas a las que represento no hacen más que intentar sobrevivir.

-Claro... robando, engañando y agrediendo.

El temperamento de Rachel comenzó a encenderse.

-Esta mañana fui al tribunal a representar a un anciano que había robado unas maquinillas desechables de afeitar. Un caso desesperado. Imagino que tendrían que haberlo encerrado y tirado las llaves.

-¿De forma que está bien robar siempre y cuando lo que te lleves no tenga un valor especial?

-Necesitaba ayuda, no una condena.

-¿Como ese canalla que conseguiste liberar el mes pasado, que aterrorizó a dos ancianas en su negocio y del que robó unos miserables seiscientos dólares de la caja?

Odiaba ese caso, lo odiaba de verdad. Pero la ley era clara, y se había redactado por un motivo.

-Mira, ese caso lo estropeasteis vosotros. El oficial que lo arrestó no le leyó sus derechos en su idioma natal ni organizó que lo hiciera un traductor. Mi cliente apenas entendía una docena de palabras en inglés -movió la cabeza antes de que Alex pudiera lanzarse a una de sus discusiones más apasionadas-. No dispongo de tiempo para discutir contigo sobre la ley. Necesito preguntarte sobre Nicholas LeBeck.

-¿Qué pasa con él? Tienes el informe.

-Fuiste tú quien lo arrestó.

-Sí... ¿y? Iba de camino a casa y observé la ventana rota y la luz en el interior. Al ir a investigar, vi al culpable salir por la ventana con un petate lleno de artículos electrónicos. Le leí sus derechos y lo traje aquí.

-¿Y qué me dices de los otros?

Alex se encogió de hombros y se terminó el resto del café de Rachel.

-Solo estaba LeBeck.

-Vamos, Alex, de la tienda se robó el doble de lo que supuestamente tenía mi cliente en el bolso.

-Supongo que dispuso de ayuda, pero yo no vi a nadie más. Y tu cliente ejerció su derecho de permanecer en silencio. Tiene una buena lista de fechorías.

-Cosas de niños.

-Se podría decir que no pasó la infancia con los exploradores -bufó Alex.

-Es un Cobra.

-Tenía la cazadora -convino Alex-. Y la actitud.

-Es un chico asustado.

Con un sonido disgustado, Alex tiró la taza vacía en un cesto.

-No es un niño, Rach.

-No me importa lo años que tenga, Alex. Ahora mismo es un niño asustado, sentado en una celda tratando de fingir que es duro. Podrías haber sido tú, o Mikhail... incluso Tash o yo, de no haber sido por mamá y papá.

-Y un cuerno, Rachel.

-Podría haber sido -insistió ella-. Sin la familia, sin el trabajo duro y los sacrificios, cualquiera de nosotros podría haberse visto tragado por las calles. Tú lo sabes.

Lo sabía. ¿Por qué creía su hermana que se había hecho policía?

-La cuestión es que no nos descarriamos. Es una cuestión básica sobre lo que está bien y lo que está mal.

-A veces la gente realiza una mala elección porque no tiene a nadie cerca que la ayude a tomar una buena.

Podrían haber dedicado horas a debatir sobre los muchos matices de la justicia, pero Alex tenía que trabajar.

-Tienes un corazón demasiado blando, Rachel. Cerciórate de que eso no conduzca a tener la cabeza blanda. Los Cobras son una de las bandas más duras. No empieces a pensar que tu cliente es candidato al premio de Mejor Chico del Año.

Rachel se irguió, complacida de que su hermano siguiera apoyado contra la mesa. De esa manera sus ojos quedaron al mismo nivel.

-¿Llevaba un arma?

-No -Alex suspiró.

-¿Se resistió al arresto?

-No. Pero eso no modifica lo que estaba haciendo, ni quién es.

-Puede que no modifique lo que presuntamente hacía... pero bien podría decir algo acerca de lo que es. La vista preliminar es a las dos.

-Lo sé.

-Nos veremos allí -volvió a sonreír y le dio un beso.

-Eh, Rachel -al llegar a la puerta ella se volvió-. ¿Quieres que veamos una película esta noche?

-Claro -había dado dos pasos por el exterior cuando volvieron a pronunciar su nombre, aunque en esa ocasión de manera más formal.

-¡Señorita Stanislaski!

Se detuvo, se echó el pelo atrás con una mano al tiempo que miraba por encima del hombro. Era el hombre de los ojos cansados y la barba de un día que había notado antes. «Cuesta pasarlo por alto», reflexionó mientras avanzaba a toda velocidad hacia ella. Medía más o menos un metro ochenta y cinco, y la sudadera amplia que lucía era sostenida por dos hombros anchos. Debajo había unos vaqueros gastados que encajaban a la perfección sobre unas piernas largas y caderas estrechas.

También habría sido difícil no notar el enfado. Emanaba de él y se reflejaba en unos ojos azul acero, empotrados en un rostro rugoso y de mejillas chupadas.

-¿Rachel Stanislaski?

-Sí.

Le tomó la mano y, en el proceso de estrechársela, la hizo bajar un par de escalones. «Puede parecer agotado y enjuto, pero tiene la fuerza de una trampa para osos», pensó ella.

-Soy Zachary Muldoon -anunció, como si eso lo explicara todo.

Rachel solo enarcó una ceja. Desde luego él parecía a punto de escupir fuego, y después de haber probado su fuerza, ella no habría descartado del todo que fuera capaz de esa proeza. Pero no la intimidaban con facilidad, y menos cuando se hallaba en un lugar a rebosar de policías.

-¿Puedo ayudarlo, señor Muldoon?

-Cuento con ello -pasó una mano grande por una mata revuelta de pelo tan oscuro como el de ella. Juró y la tomó por el codo para guiarla por el resto de los escalones-. ¿Qué hará falta para sacarlo de esta? ¿Y por qué diablos la llamó a usted y no a mí? Y por amor de Dios, ¿por qué dejó que pasara una noche en una celda? ¿Qué clase de abogada es usted?

Rachel liberó el brazo, tarea poco sencilla, y se aprestó a emplear el maletín como arma si resultaba necesario. Conocía el temperamento de los irlandeses morenos, pero los ucranianos tampoco se quedaban atrás.

-Señor Muldoon, no sé quién es usted ni de lo que habla. Y resulta que estoy muy ocupada -logró bajar dos peldaños más antes de que él la hiciera girar. Los ojos leonados de Rachel se entrecerraron de manera peligrosa-. Escuche, amigo...

-No me importa lo ocupada que esté, quiero algunas respuestas. Si no dispone de tiempo para ayudar a Nick, entonces conseguiremos a otro abogado. Dios sabe por qué eligió a una tía elegante como usted -sus ojos azules soltaron fuego, y la boca de poeta irlandés se endureció en una expresión de desdén.

Un color furioso encendió las mejillas de ella. Clavó un dedo rígido y sin anillos en el pecho de él.

-¿Tía? Tenga cuidado a quién llama tía, amigo, o...

-¿O hará que su novio me encierre en una celda? -sugirió Zach. «Sí, no cabe duda de que es una cara elegante», pensó disgustado. Piel suave como la mantequilla y ojos como buen whisky irlandés. Lo que necesitaba era una combatiente callejera, y había recibido a una dama de sociedad-. No sé qué clase de defensa espera Nick de una mujer que dedica su tiempo a besar a polis y a establecer citas cuando se supone que ha de estar trabajando.

-No es asunto suyo lo que yo... -respiró hondo. Nick-. ¿Habla de Nicholas LeBeck?

-Por supuesto que hablo de Nicholas LeBeck. ¿De quién diablos cree que estoy hablando? -las cejas negras se unieron sobre unos ojos furiosos-. Y será mejor que me dé algunas respuestas, señora, o se va a quedar sin caso y con el culo al aire.

-Eh, Rachel -un policía de paisano vestido como un vagabundo se situó detrás de ella. Observó a Zach-. ¿Algún problema?

-No -aunque los ojos le centelleaban, le ofreció una sonrisa a medias-. No, estoy bien, Matt. Gracias -se dirigió a un costado y bajó la voz-. No le debo ninguna respuesta, Muldoon. E insultarme es una pobre manera de ganar mi cooperación.

-Se le paga para cooperar -informó él-. ¿Cuánto le está sacando al muchacho?

-¿Perdone?

-¿Cuál es su tarifa, encanto?

Juntó los dientes con fuerza. Tal como ella lo veía, encanto solo estaba a un peldaño marginal de tía.

-Soy defensora de oficio, Muldoon, asignada al caso LeBeck. Eso significa que él no me debe nada. Del mismo modo en que yo no le debo nada a usted.

-¿Una DO? -prácticamente él la hizo retroceder de la acera hasta devolverla al interior del edificio-. ¿Por qué diablos necesita Nick a una DO?

-Porque está en la ruina y sin trabajo. Y ahora, si me disculpa... -apoyó una mano en el pecho de él y empujó. Habría tenido más suerte empujando el edificio de ladrillo que tenía a la espalda.

-¿Perdió el trabajo? Pero... -calló. En esa ocasión Rachel leyó algo más que ira en sus ojos. Cansancio. Un destello de desesperación. Resignación-. Podría haber recurrido a mí.

-¿Y quién demonios es usted?

-Soy su hermano -Zach se pasó una mano por la cara.

Ella frunció los labios y enarcó una ceja. Sabía cómo funcionaban las bandas, y aunque el aspecto de Zach encajaba con los Cobras, parecía demasiado mayor para ser un miembro en activo.

-¿Es que los Cobras no tienen un límite de edad?

-¿Qué? -bajó la mano y con un juramento renovado volvió a concentrarse en ella-. ¿Tengo el aspecto de pertenecer a una banda callejera?

Con la cabeza ladeada, Rachel lo recorrió con la vista desde las botas viejas hasta la cabeza con el pelo oscuro y revuelto. Tenía el aspecto de un tipo acostumbrado a la calle, de un hombre capaz de abrirse paso por los callejones y machacar a los rivales con esas manos grandes. El rostro duro y enjuto y los ojos encendidos hicieron que pensara que le gustaba abrir cráneos, en particular el de ella.

-En realidad, sí. Y sus modales desde luego reflejan el código de las bandas. Rudo, agresivo y tosco.

A él le importaba un bledo lo que pensara de su aspecto, o de sus modales, pero era hora de dejar las cosas claras.

-Soy el hermano de Nick... hermanastro, si quiere que sea preciso. Su madre se casó con mi padre. ¿Entendido?

Los ojos de Rachel no perdieron la cautela, pero en ellos también surgió el interés.

-Dijo que no tenía ningún familiar -durante un instante, le pareció ver dolor en esas profundidades azules. Pero al instante se desvaneció.

-Me tiene a mí, le guste o no. Y yo puedo pagar a un abogado de verdad, así que póngame al corriente, que yo continuaré desde aquí.

En esa ocasión ella no solo apretó los dientes, sino que gruñó.

-Da la casualidad de que soy una abogada de verdad, Muldoon. Y si LeBeck quiere a otro letrado, que lo pida él.

Zach luchó por encontrar la paciencia que siempre daba la impresión de eludirlo.

-Más tarde nos ocuparemos de eso. Por ahora, quiero saber qué diablos sucede.

-Perfecto -espetó mientras miraba el reloj de pulsera-. Puede disponer de quince minutos de mi tiempo, siempre que los tenga mientras como. He de regresar al tribunal en una hora.

2

Por su aspecto de sexualidad elegante en un traje de chaqueta, Zach supuso que se refería a uno de esos restaurantes pequeños de moda que servían complicados platos de pasta y vino blanco. Pero avanzó calle abajo a una velocidad que hizo que él no tuviera que reducir el paso para mantenerse a su lado.

Se detuvo ante un puesto callejero y pidió un perrito caliente, con todos los condimentos, y un refresco, luego se hizo a un lado para que él pudiera elegir. La idea de comer algo parecido a un perrito caliente en lo que Zach consideraba que era el amanecer le encogió el estómago. Se decidió por un refresco lleno de azúcar y cafeína y un cigarrillo.

Rachel dio el primer mordisco y se lamió mostaza del dedo pulgar. Por encima del olor a cebolla y salsa, Zach captó un leve rastro de su perfume. Con el ceño fruncido pensó que era como caminar por la selva, con olores maduros y penetrantes hasta que de pronto, de forma inesperada, te encontrabas con una parra exótica y seductora llena de flores intensas.

-Se lo acusa de robo -explicó Rachel con la boca llena-. Hay pocas posibilidades de librarse de ese cargo. Lo arrestaron saliendo por una ventana en posesión de mercancía por valor de varios miles de dólares.

-Estúpido -Zach se bebió el contenido de media lata de un trago-. No necesita robar.

-En este momento eso no nos ocupa. Lo sorprendieron, lo acusaron y él no niega el acto. El fiscal del distrito está dispuesto a hacer un trato, ofrecerle la condicional y servicios a la comunidad, si Nick coopera.

-Entonces cooperará -repuso expeliendo humo.

Rachel enarcó la ceja izquierda. No tuvo duda de que Zachary Muldoon estaba convencido de que podía obligar a cualquiera a realizar lo que fuera.

-Con franqueza, lo dudo. Está asustado, pero es obstinado. Y es leal a los Cobras.

Zach dijo algo desagradable acerca de los Cobras y Rachel se vio obligada a estar de acuerdo con él.

-Bueno, eso es posible, pero no cambia la situación. Su historial es bastante extenso, y no será fácil soslayarlo. También sé que son cosas sin gran importancia. El hecho de que este sea su primer paso en las grandes ligas quizá ayude a reducir su condena. Creo que podría conseguir que se libre con solo tres años. Si muestra buena conducta, cumplirá uno.

Los dedos de Zach se clavaron en la lata de aluminio, aplastándola. El miedo le atenazó el estómago.

-No quiero que vaya a la cárcel.

-Muldoon, soy abogada, no maga.

-Recuperaron las cosas que se llevó, ¿verdad?

-Eso no cancela el delito, pero sí. Desde luego, faltan otros artículos por valor de unos miles de dólares.

-Los pagaré -«de algún modo». Arrojó la lata hacia una papelería-. Escuche, pagaré todo lo que hayan robado. Nick solo tiene diecinueve años. Si logra que el fiscal lo juzgue como menor, sería más fácil.

-El estado se muestra duro con los miembros de las bandas, y con el historial de él no creo que lo consiga.

-Si usted no lo consigue, encontraré a alguien que pueda hacerlo -alzó una mano antes de que ella pudiera interrumpirlo-. Sé que antes estuve grosero. Lo siento. Trabajo por las noches y mi carácter no es el mejor por las mañanas -hasta esa disculpa lo irritaba, pero la necesitaba-. Hace una hora recibí una llamada de un amigo de Nick en la que me comunicaba que había pasado la noche encerrado. Al venir a verlo escuché la misma historia de siempre. No te necesito. No necesito a nadie. Yo me ocuparé de todo -tiró el cigarrillo, lo aplastó con el pie y encendió otro-. Y sé que está asustado hasta la médula -con algo parecido a un suspiro, metió las manos en los bolsillos-. Yo soy todo lo que tiene, señorita Stanislaski. Sin importar lo que haga falta, me encargaré de que no vaya a la cárcel.

Nunca le resultaba fácil endurecer el corazón, pero lo intentó. Se limpió las manos con una servilleta de papel.

-¿Tiene dinero para cubrir las pérdidas? ¿Mil quinientos dólares?

-Lo conseguiré -asintió con una mueca.

-Ayudará. ¿Cuánta influencia tiene sobre Nick?

-Ninguna -sonrió, y Rachel quedó sorprendida al ver que la sonrisa exhibía considerable encanto-. Pero eso puede cambiar. Tengo un negocio sólido y un apartamento de dos dormitorios. Puedo conseguirle referencias profesionales y personales, lo que necesite. Estoy limpio... Bueno, pasé treinta días en el calabozo en la

armada. Por una pelea en un bar -se encogió de hombros-. No creo que figure en ninguna parte, ya que tuvo lugar hace doce años.

Rachel analizó las posibilidades.

-Si no lo malinterpreto, quiere que intente convencer al tribunal para que pongan a Nick bajo su custodia.

-Libertad condicional y servicios a la comunidad. Un adulto responsable que cuide de él. Todos los daños pagados.

-Puede que no le esté haciendo ningún favor, Muldoon.

-Es mi hermano.

Eso lo entendía a la perfección. Rachel alzó la vista al cielo al caer la primera gota de lluvia.

-He de volver a mi despacho. Si tiene tiempo, puede acompañarme. Haré algunas llamadas y veré lo que puedo conseguir.

«Un bar», pensó Rachel con un suspiro mientras intentaba desarrollar una propuesta racional para la vista de aquella tarde. «¿Por qué ha de tener un bar?» Supuso que encajaba con él: los hombros grandes, las manos grandes, la nariz torcida que daba por hecho que se había roto. Y, desde luego, el aspecto irlandés duro que encajaba con su temperamento.

Pero habría sido mucho más agradable si le hubiera podido decir al juez que Zachary Muldoon era propietario de una bonita tienda de ropa para hombres en la zona comercial de la ciudad. A cambio, iba a tener que pedirle al juez que entregara la responsabilidad legal de un joven de diecinueve años, con un historial delictivo, a su hermanastro de treinta y dos años, que dirigía un bar en el East Side llamado Lower the Boom.

Existía una posibilidad, aunque ínfima. El fiscal aún insistía en los nombres de los cómplices, pero el propietario del negocio había quedado muy aplacado con la promesa de retribución. No cabía duda de que había inflado el precio de la mercancía, pero ese era problema de Muldoon, no de ella.

No disponía de mucho tiempo para convencer al fiscal de que no era conveniente que juzgara a Nick como adulto. Con la información que había logrado sonsacarle a Zack, se lo llevó a uno de los diminutos cuartos de conferencia del tribunal.

-Vamos, Haridan, arreglemos este lío y ahorrémosle tiempo al tribunal y dinero a los contribuyentes. Meter a este chico en la cárcel no es la respuesta.

Haridan, calvo en la coronilla, dejó caer su corpachón en una silla.

-Es mi respuesta, Stanislaski. Estamos ante un tipo que es miembro de una banda, con historial de conducta antisocial.

-Unos simples timos a turistas.

-Con agresión.

-Los cargos se retiraron. Vamos, los dos sabemos que el chico pertenece a la liga inferior, que es un ratero de poca monta. Tenemos a un chico asustado que busca un sitio en una banda. Los dos lo queremos fuera de esa banda, por supuesto. Pero la cárcel no es el camino -alzó una mano antes de que Haridan pudiera interrumpirla-. Mira, su hermanastro está dispuesto a ayudar... no solo pagando la propiedad de la que no tienes pruebas de que mi cliente robó, sino asumiendo su responsabilidad. Le dará a LeBeck un trabajo, un hogar, supervisión. Lo único que tienes que hacer es aceptar llevar a LeBeck como menor.

-Quiero nombres.

-No los dará -¿acaso no había vuelto para hostigar a Nick durante una hora con el fin de que intentara que los soltara?- Puedes encerrarlo diez años, y seguirás sin obtener ninguno. ¿Qué sentido tiene? Aquí no tenemos a un delincuente encallecido... todavía. No lo convirtamos en uno.

Siguieron esa línea hasta que Haridan se ablandó. No por la bondad de su corazón, sino porque tenía tantos casos pendientes como Rachel. Carecía de tiempo y de energía para arrastrar a un ratero juvenil por todo el sistema.

-No pienso reducir los cargos de robo a intrusión nocturna -en eso pensaba mantenerse firme, pero le arrojaría una migaja-. Aunque aceptemos tratarlo como a un menor, el juez no va a dejar que se vaya con la condicional.

-Déjame al juez a mí -Rachel recogió el maletín-. ¿Quién nos va a tocar?

-Beckett -repuso Haridan con una sonrisa.

Marlene C. Beckett era una excéntrica. Como una maga, se sacaba condenas inusuales de su toga de juez como si se trataran de conejos blancos. Tenía cuarenta y tantos años, exhibía un atractivo elegante y una veta de pelo blanco en una mata ondulada de pelo rojo.

Personalmente, a Rachel le caía muy bien. La juez Beckett era una sólida feminista y antigua hippie que había demostrado que una mujer soltera y dedicada a su carrera podía tener éxito y ser inteligente sin mostrarse cáustica ni quejica. Era posible que viviera en un mundo de hombres, pero la juez Beckett era una mujer por los cuatro costados. Rachel la respetaba, la admiraba e incluso algún día esperaba seguir sus pasos.

Solo deseaba que le hubieran asignado otro juez.

Mientras Beckett escuchaba su poco habitual petición, Rachel sintió que el estómago se le hundía. La juez tenía los labios fruncidos. Mala señal. Una uña perfectamente cuidada golpeaba la mesa junto al martillo. Vio que estudiaba al acusado, y a Zack, sentado en la primera fila detrás de él.

-Abogada, está diciendo que el acusado pagará todas las mercancías perdidas y que aunque el estado está de acuerdo en que sea juzgado como un menor, no quiere que se vea sometido a un juicio.

-Dadas las circunstancias, señoría, propongo que se podría prescindir del juicio. Tanto la madre como el padrastro del acusado están muertos. Su madre falleció hace cinco años, cuando el acusado tenía catorce años, y su padrastro murió el año pasado. El señor Muldoon está dispuesto a asumir la responsabilidad de su hermanastro. Si es del agrado del tribunal, la defensa sugiere que una vez que se haya depositado el pago y se disponga de un hogar estable, un juicio sería una forma nada productiva de castigar a mi cliente por un error que ya lamenta profundamente.

Con lo que podría haber sido un bufido, Beckett miró a Nick.

-¿Lamenta profundamente su fallido intento de robo, joven?

Nick alzó un hombro y puso expresión hosca. Un golpe seco en la nuca propinado por su hermanastro hizo que gruñera.

-Claro, yo... -miró a Rachel. La advertencia que vio en sus ojos hizo más que la reprimenda física para que se contuviera-. Fue una estupidez.

-Sin ninguna duda -convino la juez Beckett-. Señor Haridan, ¿qué piensa la fiscalía al respecto?

-La oficina del fiscal del distrito no está dispuesta a retirar los cargos, señoría, aunque aceptaremos tratar al acusado como menor. Se hizo una oferta para reducir o retirar los cargos... si el acusado proporcionaba los nombres de sus cómplices.

-¿Quiere que delate a esos que, equivocadamente, estoy segura, considera amigos? - Beckett observó a Nick con una ceja enarcada-. ¿No aceptó?

-No, señora.

Realizó un sonido que Rachel no fue capaz de interpretar, luego señaló a Zack.

-Póngase de pie... señor Muldoon, ¿verdad? Incómodo, Zack obedeció.

-¿Señora? ¿Señoría?

-¿Dónde estaba usted cuando su hermano se mezclaba con los Cobras?

-En alta mar. Estaba en la armada hasta hace dos años, cuando regresé para ocuparme del negocio de mi padre.

-¿Qué rango tenía?

-Cabo primero, señora.

-Mmm... -lo evaluó, como juez y como mujer-. He estado en su bar... hace unos años. Solían servir un excelente manhattan.

-Todavía lo servimos -Zach sonrió.

-¿Es usted de la opinión, señor Muldoon, de que puede mantener a su hermano alejado de problemas y de convertirlo en un ciudadano responsable?

-No... no lo sé, pero quiero la oportunidad de intentarlo.

Beckett tamborileó con los dedos y se reclinó.

-Síntese. Señorita Stanislaski, el tribunal no es de la opinión de que un juicio esté fuera de lugar en este caso...

-Su señoría...

Beckett cortó a Rachel con un único gesto.

-No he terminado. Voy a estipular una fianza de cinco mil dólares.

Eso provocó una protesta del fiscal que fue tratada exactamente de la misma manera.

-También voy a concederle al acusado lo que llamaremos una libertad condicional provisional. Dos meses -anunció Beckett, juntando las manos-. Fijaré la fecha del juicio para dentro de dos meses a partir de hoy. Si durante ese período el acusado mantiene una línea recta, trabaja, evita asociarse con miembros conocidos de los Cobras y no ha cometido ningún delito, este tribunal tendrá a bien extender la condicional, con la posibilidad de suspender la condena.

-Señoría -intervino Haridan-, ¿cómo podremos estar seguros de que el acusado entrará aquí dentro de dos meses para afirmar que ha respetado lo estipulado?

-Porque estará supervisado por un funcionario del tribunal, que durante ese período de dos meses será tutor de él junto con el señor Muldoon. Y dicho funcionario me presentará un informe escrito sobre el señor LeBeck -Beckett sonrió-. Creo que voy a disfrutar con esto. La rehabilitación, señor Haridan, no tiene por qué lograrse en la cárcel.

-Gracias, señoría -Rachel se contuvo de sonreírle con presunción a Haridan.

-No me las dé, abogada. Presénteme su informe todos los viernes a las tres de la tarde.

-¿Mi...? -Rachel parpadeó, se puso pálida y se quedó boquiabierta-. ¿Mi informe? Pero, señoría, no pretenderá que yo supervise a LeBeck.

-Es exactamente lo que pretendo, señorita Stanislaski. Creo que tener una figura femenina y masculina de autoridad le irá muy bien al señor LeBeck.

-Sí, señoría, estoy de acuerdo. Pero... no soy una asistente social.

-Es una funcionaria pública, señorita Stanislaski. Cumpla con sus funciones -bajó el martillo-. Siguiente caso.

Aturdida y muda por el dictamen tan poco ortodoxo de la juez, Rachel se dirigió a la parte de atrás del tribunal.

-Te felicito, camarada -le murmuró su hermano al oído-. Ahora sí que estás enganchada.

-¿Cómo ha podido hacer eso? Quiero decir, ¿cómo ha podido hacer eso?

-Todo el mundo sabe que está un poco loca -furioso, sacó a Rachel al pasillo por el codo-. Ni soñando voy a dejar que hagas de niñera de ese ratero. Beckett no puede obligarte.

-No, claro que no puede -después de mesarse el pelo, apartó la mano de Alex-. Deja de presionarme y permíteme pensar.

-No hay nada que pensar. Tienes tu propia familia y vida. Cuidar de LeBeck está fuera de lugar. Y por lo que sabes, ese hermano que tiene es igual de peligroso que él. Ya es bastante malo ver cómo defiendes a estos miserables. No voy a dejar que hagas de hermana mayor de uno de ellos.

Si hubiera simpatizado con la situación de ella, quizá Rachel no se hubiera mostrado tan precipitada. Si le hubiera dicho que se la habían jugado, lo más probable era que hubiera estado de acuerdo y hubiera puesto los mecanismos en marcha para anularlo. Pero...

-No tienes que verme hacer nada, Alexi, y puedo hacer de hermana mayor de quienquiera que yo elija. Y ahora por qué no te vas con esa gran placa que tienes a arrestar a algún vagabundo inofensivo

La sangre de él hirvió con igual celeridad que la de su hermana.

-No vas a hacerlo.

-Yo decidiré qué voy a hacer. Y ahora apártate.

Zach apoyó con firmeza una mano bajo el mentón de ella un segundo antes de que Rachel la empujara.

-Tengo ganas de...

-La señora te pidió que te apartaras -la voz de Zach sonó tranquila, como una serpiente antes de atacar.

Alex giró la cabeza con los ojos encendidos y listos. Necesitó de todo su entrenamiento para contenerse de lanzar el primer puñetazo.

-No te metas en nuestros asuntos.

-Me parece que no te puedo complacer -Zach plantó los pies con firmeza y se preparó.

Parecían dos perros furiosos a punto de lanzarse a la garganta del otro. Rachel se interpuso entre ellos.

-Deteneos ahora mismo. Este no es modo de comportarse fuera de un tribunal. Muldoon, ¿es así como va a enseñarle a Nick a ser responsable? ¿Peleándose?

Ni siquiera la miró.

-No me gusta que traten así a las mujeres -repuso sin apartar la vista de Alex.

-Puedo cuidar de mí misma -se plantó ante su hermano-. Por el amor del cielo, se supone que eres policía. Y aquí estás, comportándote como un colegial pendenciero. Piensa en ello. Este tribunal cree que se trata de una solución viable, así que estoy obligada a intentarlo.

-Maldita sea, Rachel... -los ojos de Alex quedaron inexpresivos y fríos cuando Zack volvió a interponerse-. Amigo, métete conmigo o con mi hermana y vas a llevar los dientes en un vaso en la mesita de noche.

-¿Hermana? -pensativo, Zach examinó una cara, luego la otra. Llegó a la conclusión de que cuando te tomabas un minuto para estudiarlos el parecido familiar resultaba marcado. Ambos poseían ese aspecto salvaje que se heredaba por la sangre. La ira se enfrió al instante. Eso cambiaba las cosas. Volvió a evaluar a Rachel. Cambiaba un

montón las cosas-. Lo siento. No me di cuenta de que era una discusión familiar. Adelante, puedes gritarle todo lo que quieras.

Alex tuvo que esforzarse para evitar sonreír.

-De acuerdo, Rachel, vas a hacerme caso.

Ella suspiró. Luego le tomó la cara entre las manos y le dio un beso.

-¿Desde cuándo te he hecho caso? Vete, Alexi. Ve a perseguir a algún tipo malo. He de cancelar la película de esta noche.

Resultaba imposible discutir con ella. Nunca había servido para nada. Alex cambió de táctica y observó a Zach.

-Vigílala, Muldoon, y vigílala bien. Porque mientras tú te dedicas a ello, yo estaré vigilándote a ti.

-Parece justo. Pasa por el bar cuando quieras, detective. La primera copa irá por cuenta de la casa.

Farfullando, Alex se marchó. Se volvió una vez cuando Rachel le dijo algo en ucraniano. Con sonrisa renuente, movió la cabeza y siguió andando.

-¿Traducción? -preguntó Zach.

-Que lo vería el domingo. ¿Ha pagado la fianza?

-Sí, van a soltarlo en cualquier momento -se tomó un instante para analizar el hecho de que aquella mañana ella había estado besando a su hermano, no a un amante-. Asumo que a tu hermano no le agrada mucho que te veas mezclada con Nick y conmigo.

-¿Y a quién le gusta, Muldoon? -repuso tras observarlo-. Pero como lo manda el tribunal, empecemos de una vez.

-¿Empezar?

-Vamos a recoger a tu pupilo, y vas a trasladarlo a tu apartamento.

Después de pasar casi una década compartiendo alojamiento con unos doscientos marineros, despidió con nostalgia la disolución de su intimidad.

-Correcto -tomó a Rachel del brazo, un gesto que ella intentó no rechazar-. Supongo que en ese maletín no llevas ninguna cuerda, ¿verdad?

No fue necesario atar a Nick para ganar su cooperación. Pero anduvo cerca. Se enfurruñó. Discutió. Maldijo. Cuando salieron del tribunal para llamar un taxi, Zach bullía de furia y Nick había desviado su resentimiento hacia Rachel.

-Si este es el mejor acuerdo que pudo conseguir, será mejor que vuelva a estudiar la carrera. Tengo derechos y el primero es despedirla.

-Es su privilegio, LeBeck -repuso, mirando con displicencia el reloj-. Desde luego es libre de buscar otro abogado, pero no puede despedirme como su tutora designada por el tribunal. Durante los siguientes dos meses disfrutaremos de nuestra respectiva compañía.

-Tonterías. Si usted y esa juez loca creen que pueden salirse...

Zack fue el primero en moverse, pero Rachel simplemente lo apartó del camino y se plantó cara a cara con Nick.

-Escúchame, lamentable, caprichoso y malcriado idiota. Tienes dos elecciones... fingir ser un ser humano durante las próximas ocho semanas o ir a la cárcel tres años. Me importa un bledo lo que elijas, pero te diré una cosa. ¿Crees que eres duro? ¿Crees que tienes todas las respuestas? Ve a la sombra durante una semana, y con esa cara bonita que tienes, los convictos caerán sobre ti como perros sobre carne fresca. Entonces sí que estarás dispuesto a hacer un trato. Créeme, lo estarás.

Eso logró callarlo, y Rachel tuvo la satisfacción añadida de ver cómo su rubor furioso se transformaba en una palidez enfermiza. Al aparecer un taxi, alzó la mano.

-Tú eliges, tipo duro -se volvió hacia Zack-. Tengo trabajo. Habré terminado a eso de las siete, luego pasaré para ver cómo van las cosas.

-Tendré la cena caliente -indicó con una mueca, entonces le tomó la mano antes de que ella pudiera alejarse-. Gracias. En serio -ella se habría soltado de esa mano dura, llena de callos. El sonrió-. Para ser una tía, es usted legal, abogada -subió al taxi detrás de su hermano y la saludó con un gesto al alejarse-. Tiene razón en eso de que eres un idiota, Nick -comentó-. Pero es indudable que has elegido a una abogada con piernas de primera.

Cuando diez minutos más tarde llegaron a la habitación de Nick, Zack tuvo que tragarse otro ataque de ira. No tenía sentido gritarle al chico cada cinco minutos. Pero se preguntó por qué demonios había seleccionado semejante vecindario.

Rufianes holgazaneando en las esquinas. Las drogas cambiando de mano a plena luz del día. Prostitutas en busca de presas. Podía oler el hedor de la basura pasada y de la humanidad sucia. Los pies aplastaron cristales rotos al cruzar la acera y entrar en el edificio de ladrillos lleno de pintadas.

Zach mantuvo el silencio mientras subían las tres plantas, soslayando las discusiones a viva voz detrás de las puertas cerradas y los esporádicos sollozos.

Nick abrió la puerta a un cuarto amueblado con una cama de hierro hundida, una cómoda rota y una silla de madera desvencijada apoyada sobre un listín telefónico. Unos pocos carteles de roqueros habían sido pegados a las paredes en un lamentable intento por darle personalidad a la habitación. Impotente ante la furia que bullía en su interior, Zack se desahogó con unos cuantos juramentos que agitaron la atmósfera cerrada.

-¿Qué demonios has estado haciendo con el dinero que enviaba a casa cada mes cuando me encontraba en alta mar? ¿Con el sueldo que se suponía que estabas ganando en el trabajo de repartidor? Vives en la basura, Nick. Lo que es peor, has elegido vivir en ella.

Ni por un segundo Nick habría reconocido que casi todo el dinero había ido a parar a la tesorería de los Cobras, ni la vergüenza que le provocaba que Zack viera cómo vivía.

-No es asunto tuyo -replicó-. Este es mi lugar, y es mi vida. Tú nunca estabas cerca, ¿verdad? El simple hecho de haberte cansado de navegar en algún estúpido destructor no te da derecho a volver para ponerte al mando de la situación.

-He vuelto hace dos años -señaló Zack con cansancio-. Y ,de ese tiempo dediqué un año a ver morir al viejo. Tú no te molestaste en ir a visitarlo muy a menudo, ¿no?

Nick sintió una oleada nueva de vergüenza y un dolor profundo y desesperado que estaba convencido de que Zack jamás entendería.

-No era mi viejo.

Zack alzó la cabeza con un movimiento brusco. Nick cerró las manos. La violencia crepitó en la atmósfera de la habitación. El más leve movimiento la habría encendido. Despacio, con gran esfuerzo, Zack forzó que su cuerpo se relajara.

-No voy a perder mi tiempo diciéndote que hizo todo lo que pudo.

-¿Y tú cómo demonios lo sabes? -espetó Nick-. Tú no estabas. Tú te largaste a tu manera, hermano. Yo me largué a la mía.

-Lo que nos trae otra vez aquí. Guarda lo que quieras y larguémonos.

-Este es mi lugar...

Zack se movió con tanta celeridad que el gruñido murió en la garganta de Nick. Quedó elevado contra la pared, y las manos grandes de su hermano lo sujetaban

mientras el cuerpo le temblaba de furia. El rostro de Zack estaba tan cerca del suyo que lo único que podía hacer era ver esos ojos oscuros y peligrosos.

-Durante los próximos dos meses, te guste o no, tu lugar está conmigo. Ahora corta esa basura y guarda algo de ropa. Tu paseo gratuito se ha acabado -lo soltó, sabiendo que poseía la fuerza y la destreza para quebrar en dos a su desafiante y joven hermano-. Dispones de diez minutos, chico. Esta noche vas a trabajar.

A las siete, Rachel soñaba con un baño caliente, una copa de vino blanco helado y una hora con un buen libro. Eso la ayudaba a mitigar la incomodidad del atestado vagón del metro. Mientras se movía al ritmo del vaivén, mantuvo la vista centrada en la distancia media. Había algunos tipos de aspecto poco amigable repartidos por el vagón, que después de evaluar decidió soslayar. Un vagabundo roncaba en el asiento a su lado, con la cara escondida detrás de un periódico.

En su parada, salió y subió las escaleras hasta quedar bajo el aire húmedo y fresco de la noche. Acurrucada en su chaqueta, luchó con el paraguas y avanzó a duras penas las dos calles que la separaban del Lower the Boom.

La puerta biselada de cristal era pesada. La abrió y dejó el frío atrás para encontrarse con el calor, los sonidos y los olores de un bar de barrio. No era el antro que había esperado, sino una sala amplia con frisos de madera en las paredes y una resplandeciente barra de caoba con rebordes de lustroso latón. Los taburetes estaban tapizados en cuero de color borgoña, y todos ocupados. Por la sala había mesas bien distribuidas y limpias que acomodaban a más clientes. Reinaba el aroma a whisky y cerveza, humo de cigarrillo y aros de cebolla. Una gramola tocaba un blues por encima del murmullo de la conversación.

Vio a dos camareras moviéndose entre los clientes. No exhibían medias de red ni escotes. Las dos iban vestidas con unos pantalones blancos y unas blusas de marinero. Se oía mucha risa.

Zack se hallaba en el centro del bar circular, sirviendo una cerveza a un cliente. Se había quitado la sudadera para ponerse un jersey de cuello vuelto de color azul marino. Lo imaginó en la cubierta de un barco, luchando contra el oleaje con el rostro al viento. La decoración náutica del bar, con sus campanas y anclas de barco, le sentaba bien.

Lo imaginó de uniforme, le resultó demasiado atractivo y lo desterró con un parpadeo.

Se recordó que no era dada a las fantasías. Y bajo ningún concepto una romántica. Por encima de todo, no era el tipo de mujer que entraba en un bar y se veía atraída por un marinero de agua dulce con el pelo revuelto, hombros grandes y manos ásperas.

El único motivo de su presencia en ese sitio era acatar el dictamen del tribunal. Sin importar lo desagradable que le pudiera resultar estar vinculada a Zachary Muldoon los siguientes dos meses, cumpliría con su deber.

Pero, ¿dónde estaba Nick?

-¿Quiere una mesa, señorita?

Giró la vista para ver a una rubia pequeña que sostenía una bandeja grande cargada de sándwiches y cerveza.

-No, gracias, iré a la barra. ¿Siempre está tan animado este lugar?

Los ojos grises de la camarera se animaron al mirar en torno a la sala.

-¿Le parece animado? No lo he notado -riendo, se marchó mientras Rachel se dirigía hacia la barra.

Se acomodó entre dos taburetes ocupados, apoyó un pie en la barra de latón del suelo y aguardó hasta captar la mirada de Zach.

-Vaya, encanto-el hombre a su izquierda tenía un rostro regordete y amable. Se movió en el taburete para mirarla mejor-. Creo que no la he visto antes por aquí.

-No -por el hecho de parecer lo bastante mayor como para ser su padre, le concedió una breve sonrisa-. No me ha visto.

-Una joven bonita como usted no debería estar aquí sola -se echó hacia atrás con un crujido peligroso del taburete y le dio una palmada en el hombro al hombre que había del otro lado-. Eh, Harry, deberíamos invitar a esta dama a un trago.

Harry asintió mientras bebía su cerveza.

-El primero corre de mi cuenta. ¿Qué quiere, encanto?

-Pouilly-Fumé -Zack depositó una copa de vino

de un dorado pálido delante de ella-. Y el primero corre por cuenta de la casa -enarcó una ceja-. ¿Es de su agrado, abogada?

-Sí -soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo-. Gracias.

-Zack siempre se queda con las más bonitas -suspiró Pete-. Ponme otra, muchacho. Es lo menos que puedes hacer después de robarme a mi chica -le guiñó el ojo a Rachel, que volvió a sonreír.

-¿Y cuántas veces le roba a sus chicas, Pete?

-Una o dos veces por semana. Es humillante -le sonrió a Zack por encima de la cerveza recién servida-. El viejo Zack en una ocasión salió con una de mis chicas. ¿Recuerdas aquella vez que estabas de permiso, Zach, cuando te llevaste a mi Rosemary al cine en Coney Island? Está casada y ya va por su segundo hijo.

-Me rompió el corazón -Zack secó la barra con un trapo.

-No hay una mujer viva que te haya arañado el corazón, mucho menos romperlo -intervino la camarera rubia al dejar una bandeja vacía sobre la barra-. Dos vinos de la casa, blancos. Un whisky con agua y una cerveza de barril.

-Tú me lo rompiste, Lola -Zack puso unos vasos en la bandeja-. ¿Por qué crees que me largué para alistarme en la marina?

-Porque sabías lo guapo que estarías con el uniforme blanco -rio, alzó la bandeja y miró a Rachel-. Ten cuidado con ese, encanto. Es peligroso.

Rachel bebió vino y trató de fingir que el aroma que salía de la cocina no le hacía crujir el estómago.

-¿Tiene un minuto? -le preguntó a Zack-. Necesito ver dónde vive.

Pete aulló y puso los ojos en blanco.

-¿Qué es lo que tiene este chico? -quiso saber.

-Más que lo que tú tendrás jamás -Zack le sonrió y con la mano llamó a otro camarero para que ocupara su lugar-. Parece que atraigo a las mujeres decididas. Son incapaces de mantener las manos alejadas de mí.

Rachel terminó el vino antes de bajar del taburete.

-Si me concentro, puedo contenerme. Aunque me duele acabar con su reputación -le dijo a Pete-. Soy la abogada de su hermano.

-¿De verdad? -impresionado, Pete la observó más de cerca-. ¿Es usted quien sacó al chico de la celda?

-Por el momento. ¿Muldoon?

-Por aquí -alzó una parte de la barra y salió. Volvió a tomarla del brazo.

-¿Sabe?, no necesito que me sostenga. Camino sola desde hace un tiempo.

El abrió una puerta giratoria que conducía a la cocina.

-Me gusta sujetarla.

Rachel recibió la impresión de centelleante acero inoxidable y porcelana blanca, el fuerte olor a patatas fritas y a carne asándose, antes de que su atención se viera atraída por un hombre enorme. Iba todo vestido de blanco y tenía el mandil manchado. Como

empequeñecía a Zach, calculó que andaría por los dos metros diez y los ciento cincuenta kilos de peso. De haber jugado al fútbol, él habría formado toda la línea defensiva.

Su rostro brillaba debido al calor de la cocina y era del color de la tinta. Desde un ojo como el carbón caía una cicatriz hasta el sólido mentón. Las manos como jamones preparaban con delicadeza un sándwich club.

-Río, te presento a Rachel Stanislaski, la abogada de Nick.

-¿Cómo está? -Rachel captó la cadencia de las Indias Occidentales en su voz-. He puesto al chico a fregar platos. En toda la noche solo ha roto cinco o seis.

De pie ante un enorme fregadero doble, con las manos metidas en agua jabonosa hasta los codos, Nick giró la cabeza con el ceño fruncido.

-Si llamas limpiar a quitar la baba de otra persona, puedes...

-No emplees ese lenguaje con la dama aquí presente -Río alzó un cuchillo que abatió con un thwack para cortar el sándwich en dos, luego en cuatro-. Mi madre solía decir que no había nada mejor que lavar platos para darle a un chico tiempo de sobra para buscar en su alma. No pares de lavar y de buscar, chico.

A Nick le habría gustado decir algo más. De hecho, le habría encantado. Pero costaba discutir con un hombre de dos metros diez con un cuchillo grande en la mano. Continuó lavando sin dejar de farfullar.

Río sonrió y notó que Rachel observaba el sándwich.

-¿Qué le parece si le preparo un plato caliente? Puede cenar después de acabar lo que la haya traído aquí.

-Oh, yo... -se le hacía la boca agua-. En realidad debería irme a casa.

-Zach la acompañará en cuanto haya terminado. Es muy tarde para que una mujer esté caminando sola por las calles.

-No necesito...

-Sírvele algo de tu chile, Río -sugirió Zach al guiar a Rachel hacia unas escaleras-. No tardaremos mucho.

Rachel se encontró atrapada con las caderas pegadas a las de él en una escalera estrecha. Se dio cuenta de que Zach olía a mar, a ese olor salado, levemente eléctrico que significaba que una tormenta se acercaba desde el horizonte.

-Es muy amable por la invitación, Muldoon, pero no necesito una comida ni escolta.

-Recibirá ambas, las necesite o no -se volvió, atrapándola de verdad contra la pared. Resultaba grato tener el cuerpo pegado contra el suyo, tanto como había imaginado-. Jamás discuto con Río. Lo conocí en Jamaica hace unos seis años... en una pequeña refriega en un bar. Lo vi alzar a un hombre de cien kilos y arrojarlo contra una pared. Río es un hombre muy pacífico, pero si se lo enfada, no se sabe de lo que es capaz -alzó una mano y enroscó un mechón de pelo de Rachel en torno a un dedo-. Tiene el pelo mojado.

Ella le apartó la mano de un golpe y trató de fingir que no tenía el corazón en un puño.

-Llueve.

-Sí. Lo huelo en usted. Es toda una visión, Rachel.

Ella no podía avanzar ni retroceder, de modo que hizo lo único que podía. Se crispó como una gata arrinconada.

-Está en mi camino, Muldoon. Mi consejo es que mueva el trasero y reserve el encanto irlandés para alguien que lo aprecie.

-Dentro de un minuto. ¿Era ruso el idioma que empleó ayer cuando su hermano se iba?

-Ucraniano -repuso entre dientes.

-Ucraniano -consideró eso y a ella-. Jamás llegué a la Unión Soviética.

-Tampoco yo -enarcó una ceja-. ¿Y ahora podemos dejar esta charla hasta después de haber visto el alojamiento?

-De acuerdo -volvió a subir los escalones con la mano justo encima de la cintura de ella-. No es gran cosa, pero puedo asegurarle que no se parece en nada al tugurio en el que vivía Nick. No sé por qué él... -calló y se encogió de hombros-. Bueno, ya está hecho.

Rachel tenía la impresión de que apenas acababa de comenzar.

3

Aunque le provocaba todo tipo de dolor de cabeza, Rachel se tomó en serio a su nuevo pupilo. Podía sobrellevar las molestias, el tiempo extra que sacaba de su vida personal, el temperamento hosco y resentido de Nick. Lo que más problemas le causaba era la obligada proximidad con Zackary Muldoon.

No podía prescindir de él ni obviarlo. Tener que tratar con él en lo que esencialmente era una relación cotidiana le estaba subiendo su nivel de estrés.

«Si pudiera darle carpetazo», pensó al salir del metro para ir a su apartamento después de disfrutar de una cena de domingo con su familia, «eso facilitaría las cosas». Pero después de casi una semana de intentarlo, ni siquiera andaba cerca de conseguirlo.

Era rudo, impaciente y, eso sospechaba Rachel, potencialmente violento. Sin embargo, lo preocupaba lo suficiente su hermanastro como para dedicarle dinero y, algo mucho más vital, tiempo y energía para encauzar al joven. Y cuando había subido al

apartamento que tenía encima del bar, había encontrado todo impecablemente arreglado. No paraba de ponerle las manos encima... en el brazo, en el pelo, en el hombro, aunque aún no había realizado el movimiento que ella siempre estaba preparada para repeler.

Coqueteaba con las cuentas, pero hasta donde había podido vislumbrar Rachel, jamás iba más allá. Nunca había estado casado, y aunque había dejado a su familia durante meses, incluso años, había abandonado el mar para quedarse en tierra cuando su padre se puso demasiado enfermo para cuidar de sí mismo.

La irritaba por principio. Pero a un nivel más profundo y oscuro, las mismas cosas que la irritaban avivaban pequeñas llamas en su estómago que solo era capaz de describir como pura lujuria.

Había intentado enfriarlas recordándose que no era lujuriosa. Apasionada, sí. Cuando se trataba de su trabajo, su familia y sus ambiciones. Pero los hombres, aunque disfrutaba de su compañía y de su masculinidad básica, jamás habían estado entre sus principales prioridades.

El sexo incluso figuraba por debajo. Y la irritaba mucho sentir ese hormigueo.

Cuando él salió de las sombras al resplandor de una farola, Rachel se sobresaltó y contuvo un grito.

-¿Dónde diablos ha estado?

-Yo... Maldita sea, me ha dado un susto de muerte -retiró una mano temblorosa del bolso, que automáticamente había ido a aferrar un nebulizador de autodefensa. Odiaba sentirse asustada. Detestaba tener que reconocer que podía ser vulnerable-. ¿Qué hace al acecho delante del edificio donde vivo?

-La busco a usted. ¿Es que nunca se queda en casa?

-Muldoon, conmigo siempre es fiesta, fiesta, fiesta -subió los peldaños e introdujo la llave en la puerta exterior-. ¿Qué quiere?

-Nick se ha largado.

Se detuvo en seco y él chocó con ella.

-¿Qué quiere decir con eso de que se ha largado?

-Que se escabulló de la cocina en algún momento de esta tarde, cuando Río no lo vigilaba. No logro encontrarlo -estaba tan furioso... con Nick, con Rachel, consigo mismo... que necesitó de todo su control para no empotrar el puño contra la pared-. Llevo buscándolo cinco horas, y no logro encontrarlo.

-De acuerdo, que no lo domine el pánico -su mente se puso a trabajar mientras atravesaba el diminuto pasillo en dirección al ascensor-. Es temprano, apenas son las diez. Él sabe desenvolverse por la ciudad.

-Ese es el problema -disgustado consigo mismo, Zack entró en el ascensor con ella-. Sabe hacerlo demasiado bien. La regla era que me contaría adónde iba a salir y cuándo lo haría. He de suponer que ha ido a reunirse con los Cobras.

-Nick no va a romper ese vínculo de la noche a la mañana -siguió pensando mientras el ascensor subía con sus habituales crujidos hasta el cuarto piso-. Podemos volvernos locos recorriendo la ciudad mientras tratamos de dar con él, o podemos llamar a la caballería.

-¿La caballería?

-Alex - Rachel abrió la puerta y salió al pasillo.

-Nada de polis -se apresuró a decir Zack, aferrándole los brazos-. No pienso soltar a la poli sobre él.

Alex no es solo un poli. Es mi hermano -luchando por mantener la paciencia, se quitó las manos de él de encima-. Y yo soy una funcionaria del tribunal, Zack. Si Nick está quebrantando las condiciones, no puedo pasarlo por alto.

-No pienso ver cómo lo devuelven a una celda una semana después de haber conseguido liberarlo.

-Nosotros lo conseguimos -corrigió, luego abrió la puerta del apartamento-. Si no quería mi ayuda y consejo, no haber venido.

-Supongo que pensé que podríamos ir a buscarlo juntos -se encogió de hombros y entró.

La habitación apenas era más grande que el cuarto que había alquilado Nick, pero era pura feminidad. «No recargada», pensó Zach. «Rachel no aceptaría eso». Había colores vívidos en los cojines diseminados por un sofá bajo. Las velas aromáticas estaban quemadas a diferentes niveles y unos crisantemos empezaban a marchitarse en un jarrón de porcelana.

En una pared había un espejo enorme con marco de bronce. Una escultura de mármol blanco de un metro de alto dominaba un rincón. A Zack le recordó a una sirena saliendo del mar. También había esculturas más pequeñas, todas encendidas, algunas con una actitud casi feroz.

Las estanterías se hallaban llenas de libros y docenas de fotos enmarcadas... y reinaba una inconfundible fragancia de mujer.

Zack se sintió inusualmente incómodo y torpe, completamente fuera de lugar. Se metió las manos en los bolsillos, convencido de que iba a derribar uno de aquellos delicados artículos. Recordó que a su madre le habían gustado las velas. Velas y flores y cuencos de cerámica azul.

-Prepararé café -Rachel tiró el bolso a un costado y se dirigió a la cocina adyacente.

-Sí. Estupendo -inquieto, Zach paseó por la habitación, comprobó la vista más allá de las alegres cortinas rayadas, frunció el ceño al observar las fotografías que obviamente eran de su familia, y regresó al sofá-. No sé lo que estoy haciendo. ¿Qué me hace pensar que puedo jugar a ser el padre de un chico de la edad de Nick? La mitad de su vida no estuve a su lado. Me odia. Y está en su derecho.

-Lo has hecho bien -repuso Rachel, sacando tazas y platos-. No juegas a ser su padre, sino que eres su hermano. Si no estuviste a su lado la mitad de su vida, se debe a que tenías una vida propia. Y no te odia. Está furioso y lleno de resentimiento, lo que dista mucho de parecerse al odio... algo a lo que no tendría derecho. Y ahora deja de sentir pena de ti mismo y saca la leche.

-¿Es así como interrogas? -sin saber si se sentía divertido o irritado, abrió la nevera.

-No, soy mucho más dura en el tribunal.

-Apuesto que sí -movió la cabeza al ver el contenido de la nevera. Yogur, un frasco con salsa boloñesa, queso, varias latas de refrescos, una frasca con vino blanco, dos huevos y media pastilla de mantequilla-. Te has quedado sin leche.

Ella maldijo y luego suspiró.

-Lo beberemos solo. ¿Nick y tú os habéis peleado?

-No... quiero decir que no más que de costumbre. El gruñe y yo gruño. El maldice y yo maldigo más alto. Pero anoche tuvimos lo que podría pasar por una conversación, luego vimos una película antigua en la tele después de cerrar el bar.

Ah, hay progreso... -le pasó el café en una taza y un plato tan delicado que parecía un juego de niños en sus manos.

-Los domingos vienen muchas familias a comer -soslayó el asa de porcelana y cerró los dedos en torno a la taza-. Al mediodía él estaba en la cocina. Pensé que quizá le gustaría irse pronto, dedicar algo de tiempo a sí mismo, ya sabes. A eso de las cuatro entré en la cocina. Río no quería delatarlo, de modo que llevaba aproximadamente una hora cubriéndole las espaldas. Esperé que simplemente se hubiera tomado un respiro, pero... Salí a buscarlo -terminó el café y se sirvió más-. Los últimos días me he mostrado bastante duro con él. Me pareció lo mejor. En mi primer barco, mi superior era un déspota. Odié al canalla hasta que me di cuenta de que nos había convertido en una tripulación -sonrió un poco-. Diablos, no dejé de odiarlo, pero nunca lo olvidé.

-Deja de atormentarte -no pudo evitar alargar la mano para tocarle el brazo-. No lo has colgado en el patio. Y ahora siéntate y trata de relajarte. Hablaré con Alex.

Se sentó, aunque no le gustó. Como se sentía un idiota tratando de equilibrar el plato delicado sobre la rodilla, lo dejó en la mesa. No había un cenicero a la vista, de modo que acalló el deseo de encender un cigarrillo.

Le prestó poca atención a Rachel hasta que la voz de ella se elevó con frustración. Luego sonrió un poco. No cabía duda de que estaba llena de fuego. Ultimamente anhelaba oír la voz ronca e impaciente. Se preguntó cuántas veces había inventado excusas en los últimos días para llamarla.

«Demasiadas», reconoció. Algo en esa mujer lo tenía enganchado, y no estaba seguro de querer soltarse.

Era evidente que el hermano de Rachel ofrecía resistencia, pero ella no aceptaba una negativa por respuesta. Cuando pasó a un vehemente ucraniano, Zach se dedicó a jugar con la cobra de cristal que había en el centro de la mesa. Lo volvía loco cuando hablaba en ucraniano.

-Tak -dijo, satisfecha de haber agotado a Alex-. Te debo una, Alexi -rio con un sonido rico y pleno que lanzó una llama por la zona central del cuerpo de Zack-. Vale, vale, te debo dos -Zack la observó colgar y cruzar sus piernas largas enfundadas en una tela verde lo suficientemente sedosa como para susurrar de manera seductora cuando sus muslos se juntaron-. Alex y su compañero van a dar una vuelta para comprobar algunos de los lugares conocidos de los Cobras. Nos comunicarán si lo ven.

-¿Así que tenemos que esperar?

-Tenemos que esperar -se levantó y sacó un cuaderno de notas de un cajón-. Con el fin de pasar el tiempo, puede ponerme al día sobre el pasado de Nick. Dijo que su madre murió cuando él tenía unos quince años. ¿Y su padre?

-Su madre no estaba casada -automáticamente buscó un cigarrillo, pero luego recordó. Al reconocer el gesto, Rachel volvió a levantarse para ir en busca de un cenicero-. Gracias -aliviado, encendió el cigarrillo-. Nadine tenía unos dieciocho años cuando quedó embarazada, y el tipo no estaba interesado en tener una familia. Se largó y la dejó para que se ocupara de sí misma. Ella tuvo a Nick e hizo lo que pudo. Un día entró en el bar en busca de trabajo. Papá la contrató.

-¿Cuántos años tenía Nick?

-Cuatro o cinco. Nadine apenas conseguía llegar a fin de mes. A veces no podía contratar una niñera, de modo que mi padre le dijo que llevara al niño con ella para vigilarlo. No planteaba ningún problema -comentó Zack con una media sonrisa-. Quiero decir que permanecía en silencio. La mayor parte del tiempo él te miraba como si esperara que lo abandonaran. Pero era inteligente. Acababa de empezar a ir al colegio, aunque ya sabía leer y podía escribir algo. Un par de meses más tarde, Nadine y mi padre se casaban. Mi padre era unos veinte años mayor que ella, aunque supongo que ambos se sentían solos. Mi madre llevaba muerta más de diez años. Nadine y el chico se trasladaron con nosotros.

-¿Cómo... se adaptaron los dos?

-Parecía algo correcto. Diablos, yo mismo era un crío -inquieto otra vez, se levantó para caminar-. Nadine se desvivía por tratar de complacer a todos. Ella era así. Mi padre... no siempre resultaba fácil convivir con él, y pasaba mucho tiempo en el bar. No éramos una familia del estilo de Norman Rockwell, pero nos arreglábamos bien -volvió a mirar las fotografías, sorprendido por el aguijonazo de envidia que experimentó-. No me importaba que el chico se pegara a mí. No mucho. Luego me alisté en la marina, justo al terminar el instituto. Era algo así como una tradición familiar. Fue duro para Nick cuando Nadine murió. Y también lo fue para mi padre. Supongo que se podría decir que la tomaron el uno con el otro.

-¿Fue por ese entonces cuando Nick empezó a meterse en problemas?

-Ya había tenido los suyos antes, pero empeoró. Siempre que yo regresaba, mi padre estaba lleno de quejas. El muchacho no hacía esto, no hacía aquello. Se relacionaba con chicos pendencieros, él mismo buscaba problemas. Y Nick se aislaba. Si yo le decía algo, me respondía que le besara el... -se encogió de hombros-. Ya se lo imagina.

Eso creía. Un joven que no era querido por su padre. Empieza a admirar a su nuevo hermano, y luego también se siente abandonado por él. Pierde a su madre y se encuentra solo con un hombre lo bastante mayor para ser su abuelo, un hombre que no podía relacionarse con él.

No había nada permanente en su vida... salvo el rechazo.

-No soy psicóloga, Zach, pero diría que él necesita tiempo para confiar en que usted va en serio cuando dice que esta vez va a ser parte de su vida. Y no creo que se equivoque al mostrarse firme. De hecho, creo que eso es lo que entendería de usted, y que a la larga respetará. Quizá solo haya que equilibrar un poco eso -suspiró y dejó a un lado el cuaderno-. Donde entro yo. Hasta ahora, me he mostrado igual de dura con él. Probemos con el ardid del poli bueno y el poli malo. Yo seré el oído comprensivo. Créame, comprendo a los chicos atolondrados y malos. Crecí con ellos. Podemos empezar... -sonó el teléfono y contestó-. Hola. Mmm. Bien. Eso es estupendo. Gracias, Alex -pudo ver el alivio en los ojos de Zack antes de colgar-. Lo vieron cuando iba de regreso al bar.

El alivio no tardó en convertirse en enfado.

-Cuando le ponga las manos encima...

-Le preguntaré, de manera muy razonable, dónde ha estado -indicó Rachel-. Y para cerciorarme de que sea así, iré con usted.

Nick entró en el apartamento de Zack. Creía que había sido bastante listo. Había logrado entrar y salir de la cocina sin activar el radar de Río. Tal como lo vigilaban, daba la impresión de que cumplía una pena de cárcel.

Además, todo iba mal. Entró en la cocina y como Zack no estaba presente para indicarle lo contrario, abrió una cerveza. Solo había querido ver a los chicos, comprobar qué pasaba en la calle.

Y lo habían tratado como a un desconocido.

No confiaban en él. Reece había decidido que como había salido con mucha rapidez, debía haber largado. Le parecía haber convencido a casi toda la banda de que estaba limpio, pero cuando soltó toda la historia, desde el momento en que lo habían sorprendido hasta haber terminado lavando platos en el bar de Zack, se rieron de él.

No había sido la risa buena y colectiva que había compartido con los Cobras en el pasado. Había sido sarcástica y desagradable. Solo Cash había mostrado cierta simpatía, diciendo que se aprovechaban de él.

Pero ninguno se había molestado en explicar por qué lo habían abandonado cuando apareció el poli.

Al dejarlos, había pasado por la casa de Marla. Llevaban un par de meses viéndose, y había estado seguro de que allí encontraría comprensión, y un cuerpo bonito y cálido. Pero estaba fuera... con otro.

Al parecer habían vuelto a abandonarlo todos. «No es nuevo», se dijo. Pero el aguijón del rechazo no era más fácil de aceptar en esa ocasión.

«Maldita sea, se supone que son mi familia». Se suponía que debían estar a su lado sin dejarlo a la primera señal de problemas. «Yo no se lo habría hecho», se dijo, tirando la botella vacía de cerveza al cubo. «No, por Dios, yo no se lo habría hecho».

Cuando oyó que la puerta se abría, puso una expresión aburrida en la cara y salió de la cocina. Había esperado a Zack, pero no a Rachel. Sintió que un calor que era vergüenza y algo más trataba de subir a sus mejillas.

Zack se quitó la cazadora con la esperanza de tener dominado su temperamento.

-Imagino que tienes un buen motivo para haberte largado esta tarde.

-Quería respirar algo de aire -Nick sacó un cigarrillo y encendió una cerilla-. ¿Hay alguna ley en contra?

-Teníamos un trato -indicó Zack con ecuanimidad-. Se suponía que debías decirme cuándo ibas a salir, y contarme tus planes.

-No, tío. Tú tenías un trato. La última vez que investigué este era un país libre y la gente podía salir a dar un paseo siempre que le apetecía -señaló en dirección a Rachel-. ¿Has traído a la abogada para que me demande?

-Escucha, muchacho...

-No soy un muchacho -cortó Nick-. Tú fuiste y viniste como te dio la gana cuando tenías mi edad.

-A tu edad no era un ladrón -irritado, Zack avanzó dos pasos. Rachel lo frenó del brazo.

-¿Por qué no vas a traerme una copa de vino, Muldoon? El que me serviste la otra noche será perfecto -apretó la mano cuando él intentó soltarse-. Quiero tener un momento a solas con mi cliente, así que tómate tu tiempo.

-Perfecto -espetó antes de dirigirse a la puerta-. Sin importar lo que te diga, amigo, tienes doble turno la semana próxima. Y si intentas volver a escabullirte, haré que Río te encadene al fregadero -se dio la dulce satisfacción de cerrar de un portazo.

Nick dio otra calada al cigarrillo antes de dejarse caer en el sofá.

-Siempre ha pensado que podía mandarme. Pero llevo solo durante años, y es hora de que lo entienda.

Rachel se sentó a su lado. No se molestó en mencionar que podía oler la cerveza en su aliento ni que era menor de edad. ¿Por qué Zack no había sido capaz de ver la necesidad que había en los ojos de Nick? ¿Por qué no la había visto ella antes?

-Debe de ser duro haber tenido que trasladarte aquí después de disfrutar de un lugar propio.

Habló con voz suave, sin censura. Nick entrecerró los ojos para observarla a través del humo.

-Sí -corroboró con cautela-. Imagino que podré soportarlo un par de meses.

-Cuando me fui a vivir sola, era un poco mayor que tú. Estaba entusiasmada, asustada y sola. No habría reconocido esto último ni aunque en ello me hubiera ido la vida. Tengo dos hermanos mayores. Constantemente comprobaban cómo me encontraba -rio un poco. Nick ni siquiera esbozó una sonrisa-. A mí me enfurecía, y me hacía sentir segura. Todavía siguen apareciendo, pero por lo general logro esquivarlos.

-No es mi hermano de verdad -clavó la vista en la punta del cigarrillo.

«Es tan joven y ya con tanta tristeza», reflexionó.

-Supongo que eso dependería de tu definición de lo que es real -apoyó una mano en la rodilla de él, preparada para que la apartara, pero Nick desvió la vista del cigarrillo a sus dedos-. Te resulta más fácil creer que a él no le importa, pero no eres estúpido, Nick.

El joven sintió un nudo ardiente en la garganta que se negó a creer que eran lágrimas.

-¿Y por qué ha de importarle? Para él no soy nada.

-Si no le importaras, no te gritaría tanto. Créeme... vengo de una familia en la que una voz alzada es señal de un amor incondicional. Quiere cuidarte.

-Puedo cuidar de mí mismo.

-Y lo has hecho -convino-. Pero a la mayoría no nos viene mal que de vez en cuando nos echen una mano. El no me agradecerá que te diga esto, pero creo que deberías saberlo -esperó hasta que él volvió a levantar la vista-. Tuvo que pedir un préstamo para pagar los artículos robados y los daños.

-Tonterías -respondió Nick, consternado-. ¿Le soltó eso?

-No, lo comprobé yo misma. Me parece que la enfermedad del viejo señor Muldoon se comió bastante de sus ahorros, y de los de Zack. Este ha vuelto a relanzar el bar, pero no disponía de lo suficiente para asumir los costes. Un hombre no se queda en semejante situación si no le importa.

La sensación de angustia en las entrañas de Nick lo obligó a apagar el cigarrillo.

-Solo se siente obligado, eso es todo.

-Es posible. Sea como fuere, a mí me da la impresión de que estás en deuda con él, Nick. Al menos le debes un poco de cooperación durante las próximas semanas. Cuando esta noche fue a buscarme, lo vi asustado. Es probable que tampoco quieras creer eso.

-A Zack jamás lo ha asustado nada.

-No me lo dijo abiertamente, pero creo que pensaba que te habías largado, que no iba a volver a verte.

-¿Adónde diablos iba a ir? -exigió-. No hay nadie... -calló, avergonzado de reconocer que no tenía a quién recurrir-. Hicimos un trato -musitó-. No voy a incumplirlo.

-Me alegra oírlo. Y no voy a preguntarte adónde has ido -añadió con una leve sonrisa-. Si lo hiciera, tendría que incluirlo en mi informe a la juez Beckett, y preferiría no hacerlo. De modo que diremos que fuiste a tomar el aire y perdiste la noción del tiempo. Tal vez la próxima vez que sientas que tienes que salir, puedas llamarme.

-¿Por qué?

-Porque sé lo que se siente cuando uno quiere largarse -parecía tan perdido que Rachel le pasó una mano por el pelo, apartándoselo de la cara-. Anímate, Nick. Tampoco es un delito ser amigo de tu abogada. ¿Qué me dices? Si intentas esforzarte en llevarte bien con Zack, yo haré todo lo que pueda para quitártelo de encima. Conozco todo tipo de trucos para manejar a hermanos mayores curiosos.

El aroma de ella le obnubilaba los sentidos. No sabía por qué no había notado con anterioridad lo hermosos que eran sus ojos. Lo profundos, anchos y suaves que eran.

-Quizá usted y yo podríamos salir alguna vez.

-Claro -vio la sugerencia solo como un comienzo de confianza y sonrió-. Río es un cocinero estupendo, pero de vez en cuando te gustaría ir a comerte una pizza, ¿verdad?

-Sí. ¿De manera que puedo llamarla?

-Desde luego -le apretó levemente la mano.

Cuando la de Nick se cerró con más fuerza en torno a sus dedos, solo experimentó una ligera sorpresa.

Antes de que pudiera hacer algún comentario, Zach abrió las puertas. Nick se incorporó como empujado por un muelle.

Zack le entregó a Rachel el vino, luego a Nick la botella de ginger ale que sostenía con un dedo. Tomándose su tiempo, giró el tapón de la cerveza que sostenía en otro dedo.

-¿Habéis terminado la consulta?

-Por ahora -Rachel bebió un sorbo y observó a Nick con una ceja enarcada.

No era fácil, en particular después de que ella lo informara de lo que había hecho Zack, pero Nick miró a su hermano a los ojos.

-Lamento haberme largado.

La sorpresa fue tan grande que Zack tuvo que tragar deprisa antes de atragantarse con la cerveza. -De acuerdo. Podremos establecer un horario para que dispongas de más tiempo libre -¿qué diablos hacía a continuación?- Mmm... A Río le podría ir bien algo de ayuda para limpiar la cocina. Por lo general el movimiento se adelanta los domingos por la noche.

-Claro, no hay problema -Nick se dirigió hacia la puerta-. Nos vemos, Rachel.

Cuando quedaron solos, Zack se sentó a su lado moviendo la cabeza.

-¿Qué ha hecho, hipnotizarlo? -No exactamente.

-Bueno, ¿qué diablos le ha dicho?

-Eso es información privilegiada -suspiró, muy complacida consigo misma-. Solo necesita que de vez en cuando alguien le palmeé su magullado ego. Es posible que no sean hermanos biológicos, pero el temperamento que tienen es muy similar.

-Oh -se recostó y pasó un brazo por la parte superior del respaldo para poder jugar con el pelo de ella-. ¿Y eso?

-Ambos son impetuosos y obstinados... lo que a mí no me cuesta reconocer, ya que procedo de un largo linaje de lo mismo -disfrutando del vino y de la tranquilidad, cerró los ojos-. No le gusta reconocer que cometió un error, y preferiría solucionar un problema a golpes antes que razonándolo.

-¿Intentas decirme que esos son defectos?

Rachel tuvo que reír.

-Los llamaremos rasgos de personalidad. En mi familia abundan las naturalezas apasionadas. Y lo que requiere una naturaleza apasionada es una salida. Mi hermana Natasha estudió baile, luego lo canalizó hacia su propio negocio y su familia. Mi hermano Mikhail tiene su arte. Alexi su misión de reparar los daños causados, y yo la ley. Tal como lo veo, usted tuvo la marina y ahora este bar. Nick aún no ha encontrado lo suyo.

Zack pasó con suavidad un dedo por la nuca de Rachel y sintió el rápido temblor que la recorrió.

-¿De verdad consideras que la ley es suficiente salida para la pasión?

-Tal como yo la enfoco -abrió los ojos, pero la sonrisa que había empezado a curvar sus labios se desvaneció. Él se había movido y su rostro estaba cerca, demasiado cerca, al tiempo que había deslizado las manos sobre los hombros de ella. La campanilla de advertencia que había sonado en el cerebro de Rachel lo hizo demasiado tarde-. He de irme a casa -se apresuró a decir-. A las nueve tengo una vista.

-Te llevaré en un momento.

-Conozco el camino, Muldoon.

-Te llevaré -repitió. Le quitó la copa de vino de la mano y la dejó a un lado-. Hablábamos de naturalezas apasionadas -cerró los dedos en torno a su pelo-. Y de salidas.

En un gesto defensivo automático, plantó la mano en el pecho de él, pero Zach siguió acercándola.

-He venido aquí a ayudarte, Muldoon -le recordó cuando la boca de él flotó peligrosamente encima de la suya-. No a jugar.

-Pruebo tu teoría, abogada -le mordisqueó con suavidad el labio superior, una, dos veces. Cuando ese inicio agitó todo, le devoró la boca.

«Puedo frenarlo. Desde luego que puedo frenarlo», se dijo Rachel. Sabía cómo defenderse de las insinuaciones no deseadas. El problema era que no tenía ni idea de cómo defenderse contra las insinuaciones que no deseaba desear.

La boca de él era tan... ávida. Impaciente. Codiciosa. Se preguntó si pensaba tragársela a ella entera. Utilizaba los labios, la lengua y los dientes de forma devastadora. Si hubo algún instante en que pudo resistirse, este pasó sin notarlo, y quedó anegada por la ola encendida que era la necesidad de Zack, o la suya. O lo que provocaban juntos. Con un gemido prolongado y ronco, se sumergió por tercera vez, arrastrándolo a él con ella.

Zack había estado preparado para que Rachel lo abofeteara. Y lo habría aceptado, se habría obligado a quedar satisfecho con haberla probado rápida y fugazmente. Era un hombre de grandes apetitos, pero jamás había tomado algo que no se le ofreciera por voluntad propia.

Ella no se ofreció. Explotó. En ese parpadeo de tiempo antes de que le cubriera la boca con la suya, Zack había visto el fuego surgir en los ojos de Rachel, un fuego líquido y oscuro igual a la pasión. Cuando el beso pasó de un titubeo a un estado febril, ella había respondido arrastrándolo a ese pozo ardiente de deseos más hondo de lo que él había pretendido lanzarse.

Y ese gemido. Atravesó la espalda de Zack, un sonido glorioso y felino que significaba tanto entrega como exigencia. Al apagarse, ella había empezado a enroscarse alrededor de él, pegando ese cuerpo increíblemente esbelto y elástico contra el suyo de un modo que provocó una serie de explosiones en cadena por todo su sistema.

Rachel oyó su juramento ronco y sintió los cojines del sofá pegados a la espalda cuando Zack la movió. Durante un momento salvaje, solo pudo pensar en entregarse. Eso era lo que anhelaba, esas sensaciones desbocadas y enloquecidas de la unión de la carne. Cuando la boca de él descendió para asolar su cuello, se arqueó, deseando la posesión.

Entonces el pronunció su nombre, lo graznó. La sorpresa de oírlo la devolvió con una sacudida a la realidad. Estaba tumbada en un sofá en un apartamento extraño con un hombre al que apenas conocía.

-No -las manos de él la recorrían y a punto estuvieron de devolverla al remolino. Desesperada por alejarse, lo empujó y se debatió-. Para. He dicho que no.

Zack no podía respirar. Si alguien le hubiera apuntado con una pistola a la cabeza, no se habría movido. Pero el no lo paralizó. Logró alzar la cabeza.

-¿Por qué?

-Porque es una locura -Dios, aún podía sentir su sabor en los labios y el deseo de más la enloquecía-. Levántate de encima.

Podría haberla estrangulado por hacer que deseara suplicar.

-Tú mandas -como aún tenía las manos inseguras, las cerró con fuerza-. Pensé que habías dicho que no te gustaban los juegos.

Se sentía humillada, furiosa y frustrada más allá de lo imaginable. Tal como ella lo veía, el mejor disfraz era un ataque en plena regla.

-Y así es. Eres tú quien me ha invadido. La simple verdad es que no estoy interesada.

-Supongo que por eso me besabas con tanta fuerza como para aflojarme los dientes.

-Tú me besaste -lo apuntó con un dedo-. Eres tan condenadamente grande que no pude detenerte.

-Una sencilla negativa lo consiguió -le recordó, encendiendo un cigarrillo-. Seamos sinceros, abogada. Quería besarte. He querido hacerlo, y más, desde que te vi sentada como una reina en aquella mugrienta comisaría. Puede que tú no sintieras lo mismo, pero cuando te besé, me devolviste el beso.

A veces la retirada era la mejor defensa. Rachel recogió el bolso y la chaqueta.

-Ya está hecho, de manera que no hay más que discutir.

-Te equivocas -se levantó para bloquearle el paso-. Podemos terminar de hablar del asunto mientras te llevo a casa.

-No quiero que me lleves a casa. No pienso aceptarlo -con los ojos centelleantes, se pasó la chaqueta por encima de los hombros-. Y si insistes en seguirme hasta allí, haré que te arresten por acoso.

-Inténtalo -simplemente la aferró del brazo.

Ella hizo algo que deseó haber hecho la primera vez que lo vio. Le dio un puñetazo en el estómago. El soltó el aire y entrecerró los ojos.

-El primero es gratis. Y ahora podemos caminar hasta el metro o te puedo llevar en volandas.

-¿Qué te funciona mal? -gritó Rachel-. ¿No eres capaz de aceptar un no por respuesta?

La respuesta de él fue empujarla contra la puerta y quitarle el aliento con un beso.

-Si así fuera -dijo con los dientes cerrados-, no nos iríamos de aquí ahora, cuando me tienes tan tenso que voy a tener que vivir en una ducha fría durante una semana -abrió la puerta-. ¿Vas a caminar o irás sobre mi hombro?

Ella adelantó el mentón y pasó por delante de él. Caminaría, desde luego. Pero ya podía esperarla sentado si creía que iba a hablarle.

Al final de un agotador día laboral de diez horas, Rachel salió del tribunal. Debería haberse sentido bien... desde luego su último cliente estaba feliz con el veredicto de no culpabilidad que le había conseguido. Pero en esa ocasión la victoria no había logrado elevarle el ánimo. La única solución que se le ocurría era comprar un kilo de helado de camino a casa y atiborrarse hasta entrar en un coma de azúcar.

Como no podía ir al Lower the Boom para pegarle un tiro a Zachary Muldoon, era la alternativa más segura.

Estuvo a punto de tropezar cuando lo vio levantarse de los escalones inferiores de la entrada al tribunal.

-Abogada -alargó una mano al verla tambalearse.

-¿Y ahora qué? -exigió ella, apartándose-. ¿No se te ocurre que, a pesar de que el tribunal me ha nombrado cotutora de Nick, tengo derecho a una hora de tiempo personal sin tenerte delante?

Él estudió su rostro y notó los signos de fatiga al igual que de malhumor en aquellos enormes ojos dorados.

-¿Sabes, encanto?, pensé que estarías de mejor humor después de haber ganado ese caso. Probemos con esto -con una filigrana, sacó la otra mano de la espalda. Estaba llena de crisantemos de color oro.

Negándose a permitir que la encantara, los observó con mirada suspicaz.

-¿Qué finalidad cumplen?

-La de reemplazar los que se mueren en tu apartamento -cuando ella no hizo movimiento alguno por aceptarlos, contuvo la impaciencia. Había ido a disculparse y daba la impresión de que Rachel no se lo facilitaría-. De acuerdo, lo siento. La otra noche me entusiasmé. Y después de superar el deseo de estrangularte, comprendí que te habías esforzado por hacerme un favor, que yo te pagué... -furioso otra vez, estiró las flores en su dirección-. Diablos, lo único que hice fue besarte.

« ¿Lo único que hizo? », pensó ella, tentada de tirar las flores al suelo y aplastarlas con el tacón. Solo un beso no agitaba a una mujer más de treinta y seis horas

-¿Por qué no te llevas tus flores, y tu encantadora disculpa, y. ...?

-Un momento -pensó que era mejor detenerla antes de que dijera algo que él lamentaría-. He dicho que lo siento, e iba en serio, pero quizá debería ser más específico -para cerciorarse de que se quedaría quieta hasta que terminara, cerró los dedos en torno a la solapa de la chaqueta color ciruela-. No lamento haberte besado, no más que voy a lamentarlo la próxima vez que lo haga. Lamento la forma en que me comporté después de que tú pusieras los frenos.

-La forma en que te comportaste -repitió con una ceja enarcada-. Quieres decir como un idiota -le brindó mucho placer ver que un músculo se contraía en su mandíbula.

-Vale.

Una abogada inteligente sabía cuándo aceptar un compromiso.

-¿Son un soborno, Muldoon? -con los labios fruncidos, observó las flores.

El leve deje burlón que empleó para pronunciar su apellido, le indicó que había superado el primer obstáculo.

-Sí.

-De acuerdo, las aceptaré.

-Cielos, gracias -al tener las manos libres, metió los dedos pulgares en los bolsillos delanteros-. Entré en el tribunal hace aproximadamente una hora y te observé.

-¿Oh? -no podía decirle lo contenta que se sentía de no haberlo visto-. ¿Y?

-No está mal. Tergiversar un acto de vandalismo para que recayera sobre el otro tipo...

-El demandante -explicó-. Mi cliente estaba justificadamente furioso después de haber agotado todos los intentos razonables para que su casero cumpliera con los términos del contrato.

-Eh, a mí no tienes que convencerme -Zack alzó una mano-. Cuando terminaste de exponer tu punto de vista, ya me habías ganado a tu causa. Hubo murmullos entre los visitantes para linchar al casero -los ojos brillaban por el buen humor. El contraste con la expresión firme de la boca resultaba irresistible.

-Me encanta la justicia -indicó ella con sonrisa perversa.

El alargó la mano para jugar con los diminutos eslabones de oro que le circundaban el cuello.

-Quizá te gustaría celebrar tu victoria dando un paseo.

-Supongo que sí, siempre y cuando sea hasta mi apartamento. Debería poner las flores en agua.

-Deja que te ayude -le quitó el maletín de la mano antes de que ella pudiera poner alguna objeción. Entonces la tomó del brazo-. ¿Qué llevas aquí, ladrillos?

-La ley es una cuestión de peso, Muldoon -él la obligó a acomodar el paso al suyo. Paseaba cuando Rachel habría marchado-. ¿Cómo va todo con Nick?

-Mejor. Al menos eso creo. Puso el freno a la idea de que Río le enseñara a cocinar, pero la idea de servir mesas no pareció molestarlo mucho. Sigue sin hablarme... me refiero a hablarme de verdad. Pero solo ha pasado una semana.

-Dispones de otras siete.

-Sí -le soltó el brazo el tiempo suficiente para meter la mano en el bolsillo y sacar unas monedas. Las dejó en el cuenco de un mendigo de forma tan automática que Rachel dio por hecho que lo había convertido en un hábito-. Supongo que si a mí pudieron transformarme en un marinero en la misma cantidad de tiempo, tengo una buena posibilidad.

-¿Lo echas de menos? -alzó la cabeza para mirarlo-. ¿Estar en el mar?

-Ya no tanto. A veces me despierto por la noche y pienso que aún sigo en un barco -luego estaban las pesadillas, pero eso no era algo que un hombre compartiera con una mujer-. En cuanto se estabilicen las cosas, pienso comprar un barco y quizá me tome unos meses para navegar hasta las islas. Puede que sea un buen queche, de unos cuarenta pies... nada espectacular -podía imaginarlo, esbelto, rápido al toque, con el latón y la caoba brillando, las velas blancas hinchadas al viento. Suponía que Rachel estaría magnífica en la proa-. ¿Has navegado alguna vez?

-No a menos que cuentes tomar el ferry para ir a Liberty Island.

-Te gustaría -pasó los dedos con suavidad por el brazo de ella-. Es lo que podrías llamar una salida.

Rachel decidió que era más seguro no realizar ningún comentario. Al llegar al edificio donde vivía, alargó la mano para recuperar el maletín.

-Gracias por las flores, y por el paseo. Probablemente mañana después de trabajar vaya al bar para ver cómo está Nick.

En vez de devolverle el maletín, él le tomó la mano.

-Tengo la noche libre, Rachel. Me gustaría pasarla contigo.

-¿Perdona?

-Quizá debería plantearlo de otra manera. Me gustaría pasar la noche contigo, de hecho, varias noches, pero me contentaré con una velada -logró enroscar un mechón de pelo en el dedo antes de que ella recordara apartárselo-. Algo de comida, algo de música. Conozco un sitio donde hacen ambas cosas de forma estupenda. Si la idea de una cita te pone nerviosa...

-No estoy nerviosa -«bueno, no exactamente», pensó.

-En todo caso, podríamos considerarlo unas pocas horas entre dos personas que tienen un interés mutuo. No estaría mal que llegáramos a conocernos un poco mejor -empleó el as que se reservaba-. Por el bien de Nick.

Rachel lo estudió, de la misma forma en que había analizado al testigo al que antes había masacrado en el estrado.

-¿Quieres pasar la velada conmigo por el bien de Nick?

-Diablos, no -sonrió, rindiéndose-. Tiene que haber algún beneficio colateral en esto, pero quiero pasar la velada contigo por razones puramente egoístas.

-Comprendo. Bueno, como no has caído en perjurio, es posible que pueda establecer un trato. Ha de ser una velada corta, en un sitio en el que pueda estar vestida con algo cómodo. Y tú te comportarás.

-Eres dura, Abogada.

-Es lo que hay.

-Trato hecho -le entregó el maletín.

-Perfecto. Vuelve en veinte minutos. Estaré lista.

«Un bar», pensó Rachel media hora más tarde. Tendría que haber sabido que Zack pasaría su noche libre de esa manera. En realidad, se parecía más a un club. Había una orquesta de tres instrumentistas en una pequeña tarima y un puñado de parejas bailando en una pista diminuta rodeada de mesas. Por el modo en que lo saludó la camarera, era evidente que no se trataba de un desconocido.

A los pocos momentos, los condujeron a una mesa situada en un rincón oscuro, con una copa de vino para ella y una jarra de cerveza para él.

-Vengo a escuchar la música -explicó-. Pero la comida también es buena. Aunque no se lo digo a Río

-Como he visto el modo en que trincha un sándwich club, no te culpo -entrecerró los ojos para tratar de leer el diminuto menú-. ¿Qué recomiendas?

-Confía en mí -su muslo rozó el de Rachel al acercarse para jugar con las piedras que colgaban de la oreja de ella. Sonrió al ver la expresión que puso-. Y prueba el pollo asado.

Descubrió que se podía confiar en él, al menos en lo referente a la comida. Disfrutando de cada bocado y seducida por la música, comenzó a relajarse.

-Has mencionado que la marina era una tradición familiar. ¿Por eso te alistaste, de verdad?

-Quería largarme -bebió un sorbo de la segunda cerveza-. Quería ver mundo. Pensé que con cuatro años me bastaría. Pero luego me reenganché.

-¿Por qué?

-Me acostumbré a formar parte de una tripulación, y me gustaba la vida. Eso de asomarte y ver solo agua o cómo se alejaba la tierra cuando zarpabas. Entrar en un puerto para ver un lugar desconocido.

-En casi diez años imagino que viste muchos sitios.

-El Mediterráneo, el Pacífico Sur, el Océano Índico, el Golfo Pérsico. Se me congelaron los dedos en el Atlántico Norte y observé a los tiburones alimentarse en el Mar del Coral.

Fascinada y divertida, Rachel apoyó los codos en la mesa.

-¿Te das cuenta de que no has mencionado ni una sola masa terrestre? ¿Un conjunto de agua no es igual a otro desde la cubierta de un barco?

-No -creía que no podría explicarlo, sabía que le faltaba lirismo para describir las cambiantes tonalidades del agua, los grados sutiles del poder de las profundidades. Lo que se sentía al contemplar nadar a los delfines u oír el sonido de las ballenas-. Supongo que se podría decir que cada masa de agua posee su personalidad, igual que una masa de tierra.

-Lo echas de menos.

-Se te mete en la sangre. ¿Qué me dices de ti? ¿La ley es una tradición en la familia Stanislaski?

-No. Mi padre es carpintero. Igual que lo fue su padre.

-¿Por qué la abogacía?

-Porque crecí en una familia que había conocido la opresión. Escaparon de Ucrania con lo que pudieron llevar en un carro, en invierno y a través de las montañas, hasta que al final llegaron a Austria. Nací aquí, la primera de mi familia que lo hacía.

-Suenas como si lo lamentaras.

Rachel decidió que era astuto, más de lo que le había concedido.

-Supongo que lamento no ser parte de ambos lados. Ellos no han olvidado lo que se siente al disfrutar de la libertad por primera vez. Yo jamás he conocido otra cosa que no fuera la libertad. La libertad y la justicia van de la mano.

-Algunos se preguntarían por qué no sirves a la justicia desde un bufete agradable y grande.

-Sí.

-Tuviste ofertas -cuando la vio enarcar las cejas, se encogió de hombros-. Estás representando a mi hermano. Te investigué. Te graduaste como la primera de tu clase en la Universidad de Nueva York, luego rechazaste tres ofertas muy lucrativas de tres firmas muy prestigiosas con el fin de dejarte las pestañas como abogada de oficio. Me vi obligado a pensar que estabas loca o eras una persona dedicada.

Rachel se tragó el malhumor y asintió.

-Y tú dejaste la marina lleno de condecoraciones, incluida la Estrella de Plata. Tu fichero incluye, entre algunas reprimendas por insubordinación, una carta personal de agradecimiento de un almirante por el valor mostrado en un rescate en alta mar durante un huracán -disfrutando de la vergüenza que mostró él, alzó la copa para brindar-. Yo también te investigué.

-Hablabamos de ti -comenzó.

-No. Tú hablabas -apoyó el mentón en una mano-. Dime, Muldoon, ¿por qué rechazaste ir a la escuela de oficiales?

-No quería ser un maldito oficial -musitó. Se puso de pie, la tomó de la mano y la levantó.

-Bailemos.

Ella rió entre dientes cuando la arrastró a la atestada pista.

-Te estás ruborizando.

-No. Y cállate.

-Debe de ser un infierno ser un héroe -se burló.

-Este es el trato -la sujetó con suavidad por los brazos en el borde de la pista-. Deja el tema de las medallas y los almirantes y yo no mencionaré que leíste el discurso de despedida.

-Me parece justo -aceptó tras meditarlo-. Pero creo...

-Deja de pensar -la tomó en brazos.

Con eso lo consiguió. En cuanto ella se encontró pegada a él, su mente se desconectó. Aún podía oír la música, el grave y seductor saxo, las pulsaciones

del bajo, los lentos ritmos de las notas del piano, pero el pensamiento racional se desvaneció.

No bailaban. Rachel estaba segura de que nadie consideraría ese abrazo fuerte y cadencioso un baile. Pero sería una tontería intentar apartarse cuando había tan poco espacio. Después de todo, respirar no era tan importante. No cuando eras capaz de escuchar tu propio corazón martillear contra tus costillas.

No había sido su intención rodear el cuello de Zack con tanta firmeza, pero una vez que tuvo los brazos allí, era inútil apartarlos. Además, si subía un poco los dedos, podría deslizarlos por el pelo de él para descubrir lo fascinante que era el contraste sedoso con el cuerpo rocoso pegado al de ella.

-Encajas -Zack inclinó la cabeza para pegar la boca a la oreja-. La otra noche me encontraba un poco tenso para estar seguro. Pero pensé que encajarías.

Los movimientos sutiles de los labios sobre su piel le provocaron un temblor antes de poder impedirlo.

-¿Qué?

-Encajas -repitió, bajando las manos hasta las caderas para volver a subirlas.

-Solo porque estoy de puntillas.

-Cariño, la altura no tiene nada que ver -frotó la mejilla contra el pelo de ella, llenándose con la fragancia, la textura-. La sensación, el aroma y el sabor son los correctos.

Aturdida, giró la cabeza antes de que la boca de él pudiera finalizar el viaje por el costado de su cara.

-Podría hacerte arrestar por intentar seducirme en un lugar público.

-No pasa nada. Conozco a una buena abogada -pasó los dedos por la parte interior del suave jersey para sentir su piel encendida.

Ella contuvo el aliento y luego lo soltó insegura.

-Nos arrestarán a los dos.

-Pagaré la fianza -estaba convencido de que bajo el jersey no había otra cosa que Rachel. La boca se le secó como si tuviera polvo-. Te quiero a solas -contuvo un gemido y bajó la cabeza para pegar los labios en su cuello-. ¿Sabes lo que te haría ahora mismo si te tuviera a solas?

-Deberíamos sentarnos -movió la cabeza mareada-. No deberíamos estar haciendo esto.

-Quiero tocarte, cada centímetro. Y saborearte. Quiero enloquecerte.

Ya lo hacía. Si no conseguía frenar las cosas, su sistema sobrecargado terminaría por explotar.

-Dos pasos atrás -dijo con un suspiro. La manos de él permanecieron en su cintura, pero al menos ya podía volver a respirar-. Demasiado, demasiado deprisa, Muldoon. No soy una persona espontánea.

Lo que *era* era un volcán a punto de estallar. Zack iba a cerciorarse de hallarse presente cuando el suelo comenzara a sacudirse. Pero tampoco era su intención asustarla.

-Eh, quieres tiempo. Puedo darte una hora. Dos, si de verdad pretendes que sufra.

Ella movió la cabeza y regresó en dirección a la mesa.

-Digamos que te haré saber si alguna vez estoy lista para llevar esto más lejos.

-Quiere que sufra -musitó Zack. Al ver que ella no se sentaba, sacó la cartera-. Doy por hecho que te quieres marchar.

-Una velada corta -le recordó. Además, anhelaba salir al exterior, donde el aire fresco le enfriaría la sangre.

-Un trato es un trato -arrojó unos billetes sobre la mesa-. ¿Por qué no volvemos andando? Un poco de ejercicio podría ayudarnos a dormir a los dos.

«Un paseo de veinte manzanas», reflexionó Rachel. Llegó a la conclusión de que no le iría mal.

-¿Tienes frío? -preguntó él al rato.

-No. Hace un tiempo agradable -pero de todos modos él le rodeó los hombros con un brazo-. Pocas veces disfruto de la oportunidad de caminar. Casi siempre tengo que salir corriendo de casa al despacho, y de allí al tribunal.

-¿Qué haces cuando no estás de un lado a otro?

-Oh, voy al cine, salgo a mirar escaparates, visito a la familia. De hecho, pensaba que a Nick le sentaría bien acompañarme un domingo. Probar la comida casera de mi madre, escuchar alguna de las historias de papá, ver cómo se meten mis hermanos conmigo.

-¿Solo Nick?

-Supongo que podríamos hacerle espacio al hermano de Nick -lo miró de reojo.

-Hace mucho que yo... que ninguno de los dos disfruta de una comida familiar. ¿Qué me dices del poli? No lo imagino subiéndonos a bordo.

-Yo me ocuparé de Alex -una vez sugerido, empezó a darle vueltas-. ¿Sabes?, Natasha y su familia van a venir a visitarnos en un par de semanas. La casa estará atestada y caótica. Podría ser la oportunidad perfecta para introducir a Nick en una situación familiar. Veré qué puedo organizar.

-Sé que te lo he agradecido antes, pero creo que no sé cómo decirte lo mucho que aprecio lo que estás haciendo por él.

-El tribunal...

-Tonterías, Rachel -llegaron a los escalones del edificio de ella y la volvió para que lo mirara-. Aquí no estás redactando informes semanales ni representando a un cliente. Desde el principio te has volcado con Nick.

-Vale, tengo debilidad por los chicos malos. No lo cuentes por ahí.

-No, lo que tienes es clase, y un buen corazón -le gustaba el aspecto que mostraba a la luz débil, la vitalidad que emanaba de ella como aire, la energía y el pudor en sus ojos-. Es una combinación invencible.

-Vas a hacer que me ruborice, Muldoon -se encogió de hombros bajo las manos de él-, así que no nos pongamos sentimentales. Si las cosas salen como queremos, dentro de dos meses podrás comprarme más flores. Estaremos en paz -la dejó retroceder un escalón, pero luego la mantuvo firme. Estaba incómoda, pero no sorprendida-. Escucha, ha sido agradable, pero...

-Supongo que no piensas invitarme a pasar.

-No -convino con decisión al recordar cómo había reaccionado su cuerpo en el club atestado-. No.

-Así que tendré que encargarme de esto aquí afuera.

-Zack...

-Sabes que no pienso dejarte ir sin besarte, Rachel -para provocarlos a los dos, pasó los labios por la mandíbula de ella-. En particular cuando solo he de tocarte para demostrar que el deseo no es algo unilateral.

-Esto nunca va a funcionar -musitó, pero sus brazos ya habían empezado a rodearlo.

-Claro que sí. Hemos de juntar los labios, y lo que suceda habrá sucedido.

En esa ocasión Rachel sabía qué esperar, y se preparó para ello. Dio igual. El mismo calor, la misma aceleración, el mismo poder. La misma necesidad inquieta e implacable. ¿Había dicho que era demasiado? No, no era suficiente. Temía que jamás pudiera saciarse. ¿Cómo había podido vivir toda su vida sin saber lo que de verdad era anhelar a alguien?

-No pienso relacionarme de esta manera -murmuró sobre la boca de Zach-. Ni contigo ni con nadie.

-De acuerdo. Perfecto -despiadado, le acercó otra vez la cara y la saqueó.

Un fuego estalló entre ellos haciendo que Zach se sintiera quemado hasta la médula. Prácticamente gimió cuando Rachel le mordisqueó el labio inferior. Las imágenes comenzaron a remolinearle en la cabeza... la tomaba en brazos, la llevaba al apartamento, caía con ella sobre una cama grande y suave. Hacía el amor con Rachel en una playa grande y desierta, con el sol cayendo sobre la piel desnuda y dorada. Las olas rompían sobre la playa mientras ella gritaba su nombre.

-Eh, amigo.

La voz a su espalda no fue más que un zumbido molesto en su cabeza. Zach la habría soslayado de buena gana, pero sintió el ligero pinchazo de un cuchillo en la espalda. Mantuvo a Rachel detrás de él, se volvió y observó la cara pálida del ratero.

-¿Qué te parece si te dejo quedarte con la nena y me entregas la cartera? También la de ella -el ladrón giró el cuchillo para que la luz de la farola se reflejara en el acero-. Y que sea de prisa.

Mientras bloqueaba a Rachel con el cuerpo, metió la mano en el bolsillo de atrás. Podía oír la respiración irregular de ella mientras abría el bolso. No fue un impulso, sino instinto. En cuanto el ratero desvió la vista, Zach se lanzó sobre él.

Con un grito en la garganta y el aerosol en la mano, Rachel los observó luchar. Vio el centelleo del cuchillo y oyó el sonido de un puño contra hueso antes de que la navaja cayera a la acera. Entonces el ratero huyó en la oscuridad y Zack y ella quedaron tan solos como habían estado segundos antes.

El se volvió hacia ella. Rachel notó que ni siquiera respiraba con dificultad y que el brillo en sus ojos se había agudizado.

-¿Por dónde íbamos?

-Idiota -las palabras fueron poco más que un susurro mientras luchaba por sacarlas a través del nudo que el miedo le había provocado en la garganta-. ¿Es que no se te ocurre nada mejor que saltar sobre alguien que empuña una navaja? Podría haberte matado.

-No tenía ganas de perder la cartera -bajó la vista al bote que ella sostenía en la mano-. ¿Qué es eso?

-Un repelente de ladrones -disgustada por el hecho de que ni siquiera había quitado el tapón de seguridad, volvió a guardarlo en el bolso-. Le habría bañado la cara si no te hubieras interpuesto.

-La próxima vez me apartaré y dejaré que tú manejes la situación -frunció el ceño al ver el hilillo de sangre en su muñeca y maldijo sin mucho acaloramiento-. Creo que me pinchó.

-Estás sangrando -se puso pálida como el agua.

-Creía que era de él -irritado más que herido, metió un dedo en el agujero de su jersey-. Lo había comprado en Corfú la última vez que estuve allí. Maldita sea -con los

ojos entrecerrados, miró calle abajo, preguntándose si podría alcanzar al miserable y obligarlo a pagarle el jersey.

-Deja que lo vea -con dedos temblorosos le levantó la manga para examinar el corte largo y poco profundo-. ¡Idiota! -repitió y comenzó a hurgar en el bolso en busca de las llaves-. Tendrás que pasar y dejar que te cure. No puedo creer que hicieras algo tan estúpido.

-Era por principios -comentó él, pero ella lo interrumpió con un torrente de palabras en ucraniano mientras metía la llave en la cerradura.

-En inglés -pidió él-. Utiliza el inglés. No sabes cómo me pongo cuando hablas en ruso.

-No es ruso -lo tomó por el brazo bueno y lo llevó dentro-. Te has querido exhibir, nada más. Típico de un hombre -lo metió en el ascensor.

-Lo siento -contuvo la sonrisa que quería asomarse a sus labios-. No sé qué me entró -no pensaba reconocer que se había hecho cortes más complicados afeitándose.

-Testosterona -manifestó ella con los dientes apretados-. No puedes evitarlo -no apartó la mano del brazo de él hasta que entraron en el apartamento-. Siéntate -ordenó antes de ir al cuarto de baño.

Zach obedeció y se puso cómodo con los pies sobre la mesita de centro.

-Tal vez debería tomar un brandy -comentó en voz alta-. Por si entro en estado de conmoción.

Ella regresó con vendas y un cuenco con agua jabonosa.

-¿Te sientes mal? -asustada otra vez, le puso la mano en la frente-. ¿Estás mareado?

-Veamos -dispuesto siempre a aprovechar una oportunidad, la tomó por el pelo y le acercó la boca a la suya-. Sí -corroboró al soltarla-. Podrías decir que me siento con la cabeza un poco ligera.

-Tonto -le apartó la mano y se sentó para limpiar la herida-. Podría haber sido algo serio.

-Fue serio -convino Zack-. Odio que alguien me apunte con un cuchillo en la espalda cuando beso a una mujer. Cariño, si no paras de temblar, voy a tener que servirte un brandy a ti.

-No tiemblo... y si así fuera, es porque estoy furiosa -se echó el pelo hacia atrás y lo miró indignada-. No lo hagas nunca más.

-Sí, señor.

Para vengarse, le echó yodo en la herida. Al oírlo maldecir, fue su turno de sonreír. Pero se apiadó de él y sopló sobre el corte.

-Quédate quieto mientras te coloco una venda.

La observó trabajar. Era muy agradable sentir los dedos de ella sobre la piel. Le pareció natural inclinarse a mordisquearle la oreja

El fuego ascendió por la columna de Rachel.

-No lo hagas -alejándose de su alcance, le bajó la manga sobre el brazo vendado-. No vamos a reanudar lo que dejamos en la puerta. No aquí -porque si lo hacían, sabía que no daría marcha atrás.

-Te deseo, Rachel -le tomó la mano antes de que pudiera ponerse de pie-. Quiero hacer el amor contigo.

-Sé lo que tú deseas. He de saber qué es lo que deseo yo.

-Antes de que nos interrumpieran abajo, creo que estaba bastante claro.

-Quizá para ti -después de respirar hondo, se soltó y se incorporó-. Te lo dije, no hago las cosas de manera espontánea. Y bajo ningún concepto acepto un amante por

impulso. Si actúo de acuerdo a la atracción que siento por ti, lo haré con la cabeza despejada.

-Creo que desde que te vi no he vuelto a tener la cabeza despejada -también él se levantó, pero como de pronto parecía importante para los dos, mantuvo la distancia-. Conozco el dicho de que los marinos tienen una mujer en cada puerto. No es la realidad... no la mía, en todo caso. No voy a contarte que pasé cada permiso leyendo un buen libro, pero...

-No es asunto mío.

-Empiezo a pensar que lo es, o que podría serlo -la expresión en los ojos de él impidió que discutiera-. Llevo en tierra dos años y no ha habido nadie importante -no podía creer lo que decía, pero las palabras siguieron saliendo-. No ha habido nadie como tú en mi vida.

-Tengo prioridades... -comenzó ella. Hasta a sus oídos las palabras sonaron débiles-. Y no sé si quiero esta clase de complicación ahora mismo. Hemos de pensar también en Nick, y preferiría que fuéramos despacio.

-Ve despacio -convino él-. No puedo prometerte nada al respecto. Lo que sí puedo prometerte es que a la primera oportunidad que se presente, cuando solo estemos tú y yo, haré lo que sea necesario para sacudir esas prioridades.

Ella metió unas manos nerviosas en los bolsillos.

-Agradezco la advertencia, Muldoon. Y aquí va una para ti. No se me sacude con facilidad.

-Bien -sonrió antes de caminar hacia la puerta-. Ganar no es divertido si resulta fácil. Gracias por los primeros auxilios, abogada. Asegura tu puerta -cerró a su espalda y decidió regresar a casa andando.

A ese ritmo, nunca iba a conseguir dormir.

5

No lo estaba esquivando. Estaba ocupada, eso era todo. Los casos que tenía no le daban tiempo para pasar por el bar de Zach todas las noches a charlar con los clientes. No estaba descuidando su obligación. Una o dos veces había pasado por la cocina para hablar con Nick. Si había conseguido entrar y salir sin encontrarse con Zach, era por pura coincidencia.

Y por un sano instinto de supervivencia.

Si dejaba que el contestador automático filtrara sus llamadas en casa, era porque no deseaba que la molestaran innecesariamente.

Además, el muy idiota no había llamado.

Al menos realizaba algún progreso en lo referente a Nick. La había llamado dos veces. Una a la oficina y otra a casa. La sugerencia de que fueran a ver una película le resultó esperanzadora. Después de todo, si pasaba una velada con ella no estaría con los Cobras ni metiéndose en problemas.

Después de noventa minutos de persecuciones de coches, tiroteos y el caos diverso de la película de acción que él había elegido, se sentaron a comer algo en una pizzería.

-Muy bien, Nick, cuéntame cómo va todo -él respondió con un encogimiento de hombros, pero Rachel le apretó el brazo e insistió-. Vamos, has dispuesto de dos semanas para acostumbrarte a la situación. ¿Cómo te sientes al respecto?

-Podría ser peor -sacó un cigarrillo-. No está tan mal que lleve algo de cambio en el bolsillo, y supongo que Río tampoco está mal. No lo tengo encima todo el día.

-¿Pero sí a Zack?

Nick soltó una bocanada de humo. Le gustaba observarla a través de la bruma. La hacía parecer más misteriosa, más exótica.

-Quizá ha dejado de molestar un poco. Pero hablemos de esta noche. Es mi noche libre, ¿verdad? Sin embargo, quiere saber adónde voy, con quién voy, cuándo volveré. Ese tipo de mie... -se contuvo-. Esas cosas. Quiero decir, qué diablos, dentro de unos meses voy a cumplir veinte años. No necesito un tutor.

-Es un hombre insistente -intervino ella, tratando de establecer un equilibrio entre la simpatía y la severidad-. Pero no solo es responsable de ti ante la ley... también le importas -como el bufido de respuesta le pareció más automático que sincero, sonrió-. Su estilo es un poco rudo, pero he de decir que sus intenciones son buenas.

-Ha de darme algo de espacio.

-Has de ganártelo -le apretó la mano para mitigar sus palabras-. ¿Qué le contaste sobre esta noche?

-Le dije que tenía una cita y que me dejara en paz -Nick sonrió, complacido al ver el humor afín que captó en los ojos de Rachel. Se habría sentido decepcionado si hubiera visto que a ella la divertía el empleo de la palabra cita-. El tiene su vida y yo la mía. ¿Sabe lo que quiero decir?

-Sí -suspiró cuando llegó la pizza-. ¿Y qué quieres hacer con tu vida, Nick?

-Supongo que aceptaré lo que venga.

-¿No tienes ambiciones? -dijo un mordisco sin dejar de observarlo-. ¿Ningún sueño? Algo centelleó en los ojos de él antes de bajarlos.

-No quiero servir copas para ganarme la vida, eso está claro. Se lo dejo a Zack - después de apagar el cigarrillo, se concentró en comer-. Y bajo ningún concepto pienso alistarme en la marina. El otro día me lo insinuó, y le dejé bien claro cuáles eran mis intenciones al respecto.

-Bueno, parece que sabes lo que no quieres. Es un paso.

El alargó la mano para jugar con el pequeño anillo de plata que Rachel llevaba en un dedo.

-¿Siempre quiso ser abogada?

-Prácticamente. Durante un tiempo quise ser bailarina, como mi hermana. Eso fue a los cinco años. Necesité tres clases para darme cuenta de que no todo eran tutús. Luego pensé que podría ser carpintera, como los hombres en mi familia, así que para mi cumpleaños pedí que me regalaran un juego de herramientas. Creo que tenía ocho años. Logré construir un buen anaquel para libros antes de jubilarme -sonrió y se le aceleró el corazón-. Tardé un tiempo en llegar a la conclusión de que no podía ser lo que era Natasha, mi padre o mi madre, o nadie más. Debía encontrar mi propio camino - comentó, con la esperanza de que el concepto arraigara en el joven.

-Así que fue a la facultad de derecho.

-Mmm... -se le iluminaron los ojos al estudiarlo-. ¿Puedes mantener un secreto?

-Claro.

-Perry Mason -riendo, seleccionó otra porción-. Estaba fascinada con aquella vieja serie. Ya sabes, siempre había un asesinato y Perry aceptaba el caso cuando su cliente parecía condenado. El teniente Tragg tendría un montón de pruebas, y Perry ponía a Della y a Paul Drake a buscar pistas para demostrar la inocencia de su cliente. Luego irían a los tribunales. Muchas protestas y la situación parecería nefasta para Perry, que se enfrentaba a ese arrogante fiscal del distrito.

-Hamilton Berger -indicó Nick con una sonrisa.

-Exacto. Pero de repente, en el último minuto, llamaba a declarar al verdadero asesino para sonsacarle la verdad, hasta que el pobre desgraciado se desmoronaba y confesaba.

-Y en el epílogo Perry explicaba cómo lo había deducido -concluyó Nick por ella-. Y usted quería ser Perry Mason.

-Puedes apostar -convino con otra porción de pizza-. Cuando me di cuenta de que no era blanco y negro, ya estaba enganchada.

-Ray Charles -comentó Nick, casi para sí mismo.

-¿Qué?

-Acabo de pensar cómo escuchar a Ray Charles hizo que quisiera tocar el piano.

Rachel apoyó el mentón en las manos y trató de abrir un poco más la puerta.

-¿Tocas?

-En realidad, no. Solía pensar que sería interesante. A veces iba a una tienda musical y me quedaba hasta que me echaban -la vergüenza hizo que se ruborizara-. Lo superé.

-Yo siempre deseé haber aprendido -insistió ella-. Hace unos meses Tash le regaló a mi madre un piano... cuando nos enteramos de que siempre había querido tocarlo. En los años de nuestra adolescencia jamás lo mencionó. Todos esos años... -calló, y luego se obligó a regresar al presente-. Mi hermana se casó con un músico. Spencer Kimball.

-¿Kimball? -Nick abrió mucho los ojos antes de poder evitarlo-. ¿El compositor?

-¿Conoces su obra?

-Sí -luchó por mantener la compostura-. Un poco.

Encantada con su reacción, Rachel continuó como si se tratara de una conversación normal.

-En una de nuestras visitas para ver a Tash y a su familia, sorprendimos á mamá al piano. Se agitó y no dejó de repetir que era demasiado vieja para aprender, aparte de que se trataba de una tontería. Pero cuando Spence se sentó a su lado para enseñarle unos pocos acordes, fue muy evidente lo mucho que quería aprender. Así que en el Día de la Madre trazamos un plan para sacarla unas horas de casa. Cuando regresamos, el piano estaba en el salón. Lloró -Rachel parpadeó para desterrar la bruma que nublaba sus propios ojos y suspiró-. Ahora recibe clases dos veces por semana, y practica para dar su primer recital.

-Eso es estupendo -murmuró Nick, extrañamente conmovido.

-Sí, lo es -le sonrió-. Supongo que demuestra que nunca es demasiado tarde para intentarlo -al ofrecerle una mano, quiso que la aceptara como un gesto de amistad y apoyo-. ¿Qué te parece si caminamos un poco para bajar la pizza?

-Sí -con los dedos entrelazados con los de Rachel, Nicholas LeBeck estaba en el cielo.

Se sentía satisfecho de escucharla hablar, de que su risa lo bañara. Incluso las sombras de las muchachas que habían entrado y salido de su vida se desvanecieron. No eran nada comparadas con la mujer que caminaba a su lado, esbelta, suave y fragante.

Ella escuchaba cuando él hablaba. Y estaba interesada en lo que tenía que decir. Cuando le sonreía, los ojos exóticos a rebosar de humor, sentía un nudo en el estómago.

Podría haber paseado con ella durante horas.

-Es aquí.

Nick se detuvo, de pie casi en el mismo sitio en el que había estado su hermano unas noches atrás. Al observar el edificio que había a espaldas de Rachel, imaginó lo que sería que lo invitara a pasar. Tomarían café, ella se quitaría los zapatos y acurrucaría esas piernas largas mientras hablaban.

La trataría con cuidado, incluso con gentileza. En cuanto se asentaran sus propios nervios.

-Me alegra que hayamos podido hacer esto -decía ella, sacando las llaves-. Espero que si vuelves a sentirte inquieto, o simplemente necesitas hablar con alguien, me llames. Cuando mañana le presente mi informe a la juez Beckett, creo que quedará satisfecha con el modo en que van las cosas.

-¿Y usted? -la miró al tiempo que alzaba una mano hacia el cabello de ella-. ¿Está satisfecha con el modo en que van las cosas?

-Claro -una pequeña alarma se disparó en la cabeza de Rachel, pero la descartó como un absurdo-. Creo que has dado un paso en la dirección adecuada.

-Yo también.

La alarma siguió sonando mientras retrocedía.

-Tendremos que repetirlo pronto, pero ahora he de entrar. Me espera una reunión a primera hora.

-De acuerdo. Te llamaré.

Rachel parpadeó cuando la mano de él le rodeó la nuca.

-Ah, Nick...

La boca de Nick se cerró sobre la suya, muy cálida y firme. Mantuvo los ojos abiertos, conmocionada, mientras subía una mano para apoyarla sobre el hombro de él. Los dedos de Nick se tensaron en el cuello de ella, y Rachel tuvo la impresión de un cuerpo esbelto y duro antes de lograr apartarse.

-Nick -repitió.

-Está bien -sonrió y le colocó el pelo detrás de la oreja en un gesto que a ella le recordó intensamente a Zach-. Te llamaré.

Se alejó. «No... santo cielo, va contoneándose», pensó Rachel mientras lo miraba boquiabierta. Con la mente hecha un torbellino, entró en su casa.

-Santo cielo -suspiró al dirigirse al ascensor.

«¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué? ¿Cómo he podido ser tan estúpida?» Maldiciéndose, salió del ascensor y fue a su apartamento. «Lo que faltaba. Yo trato de hacerme su amiga mientras él no deja de pensar...».

No quiso pensar en lo que Nick había estado pensando.

Sin quitarse la chaqueta, se puso a caminar por el salón. Se dijo que tenía que haber una manera razonable y diplomática de llevar el asunto. El chico solo tenía diecinueve años, reaccionaba con exageración.

Entonces recordó los dedos en la nuca, la firme presión de esos labios, la forma suave y conocida en que la había pegado a su cuerpo.

«Te equivocas», pensó, cerrando los ojos. No trataba con un embobamiento infantil, sino con el deseo de un hombre adulto.

Se sentó en el apoyabrazos del sofá y se mesó el pelo. «Tendría que haberlo visto venir», se dijo. «Tendría que haberlo frenado antes de haber comenzado». Tendría que haber hecho muchas cosas.

Después de veinte minutos de hostigarse, levantó el auricular del teléfono. Podía estar hasta el cuello en arenas movedizas, pero no iba a hundirse sola.

-Lower the Boom.

-Pásame con Muldoon -espetó, con el ceño fruncido al oír el sonido de risas que zumbó a través de la línea-. Soy Rachel Stanislaski.

-En seguida. Eh, Zach, teléfono. Es la nena. -«¿Nena?», pensó con los ojos entrecerrados. -¿Nena? -repitió en voz alta cuando Zach se puso. -Eh, cariño, no soy responsable de la opinión de mis camareros -bebió un trago de agua mineral-. Así que al final te has dado cuenta de que no podías mantenerte lejos de mí.

-Ahórratelo, Muldoon. Tenemos que hablar. Esta noche.

-¿Hay algún problema? -dejó de sonreír. -Sí.

-Nick pasó hace unos minutos. Parecía estar bien cuando subió al apartamento.
-¿Está arriba? -calculó-. Cerciórate de que siga ahí cuando yo llegue -colgó antes de que pudiera formularle una pregunta.

«No es tal como lo he planeado», pensó Zach mientras preparaba unas copas. Su estrategia había sido quedarse quieto unos días, dejar que Rachel bullera... hasta que no pudiera más y fuera a buscarlo.

Por teléfono no había sonado solitaria, excitada o vulnerable. Había parecido más furiosa que una avispa.

Alzó la vista al techo e imaginó el apartamento mientras añadía un toque a un fresco de la casa. Era obvio que tenía que ver con Nick. Se preguntó dónde diablos había estado toda la tarde.

«¿En qué problemas se ha metido esta vez?» Distraído, aceptó el pedido de dos cervezas de barril, un margarita y un café. Al llegar no le había dado la impresión de que estuviera metido en problemas. Había parecido relajado, sereno, incluso abordable. Había esperado poder sonsacarle el nombre de su cita con información algo más detallada.

No creía que Nick necesitara un cursillo sobre las relaciones, pero esperaba poder darle caer algunas pautas de responsabilidad, protección y respeto.

Una chica, un trabajo y un hogar estable. Todo parecía surgir al mismo tiempo...

Se interrumpió cuando alzó la vista. Rachel entraba con las mejillas acaloradas por el frío de la noche, los ojos alerta. Al cruzar la sala, se quitó la chaqueta para revelar uno de esos jerseys que a menudo se ponía. Ese era del color de un buen borgoña, con

un cuello amplio que caía con suavidad sobre sus pechos. Le cubría las caderas sobre unos leotardos negros que resaltaban esas piernas de primera.

Zach comprobó que no le colgara la lengua.

Ella se detuvo ante la barra el tiempo suficiente para mirarlo con ojos centelleantes.

-En tu despacho -sin aguardar una respuesta, se alejó.

-Vaya, vaya... -Lola observó a Rachel abrir la puerta del despacho y cerrarla a su espalda con ruido-. Parece que la dama tiene algo en mente.

-Sí -Zach dejó el último vaso en la bandeja de Lola-. Si Nick baja, dile que... estoy ocupado.

-Tú eres el jefe

-Cierto -y pretendía seguir siéndolo. Salió de la barra, respiró hondo y marchó al despacho.

Rachel había tirado la chaqueta y el bolso e iba de un lado a otro. Cuando se abrió la puerta, se detuvo, giró la cabeza y le lanzó una mirada asesina.

-¿Es que nunca hablas con él? -exigió-. ¿No realizas ningún esfuerzo para averiguar qué pasa en su cabeza? ¿Qué clase de tutor eres?

-¿Qué diablos es esto? -alzó las manos disgustado-. No te veo ni sé nada de ti en días, y entonces apareces para poder gritarme. Tranquilízate, abogada, y recuerda que no soy un testigo hostil.

-No me pidas que me tranquilice -espetó. La aliviaba mitigar su culpabilidad con una batalla-. Soy yo quien va a tener que ocuparse de él. Y si fueras un verdadero hermano mayor, lo habrías sabido. Podrías habérmelo advertido.

Como su confianza en el papel de hermano mayor aún era débil, soltó un juramento. Rachel lo repitió cuando él la obligó a sentarse.

-Cuéntamelo desde el principio. Doy por hecho que hablamos de Nick.

-Desde luego que hablamos de Nick -se levantó y él volvió a sentarla-. No tengo nada más de qué hablar contigo.

-Por el momento aparcaremos eso. ¿Qué es lo que debería de haber sabido y tendría que haberte advertido?

-Que él... él... -luchó por encontrar la frase adecuada-. Que había empezado a pensar en mí como mujer.

-¿Y cómo demonios se supone que ha de hacerlo? ¿Como un atún?

-Me refiero como una mujer -repitió con los dientes apretados-. ¿He de explicártelo? Sorprendido, él enarcó las cejas, luego las bajo al sacar un cigarrillo.

-No seas estúpida, Rachel. Tiene diecinueve años. No digo que sea ciego y que no sepa apreciar tu físico. Pero tiene una chica. Salió con ella esta noche.

-Idiota -se incorporó de un salto y en esa ocasión clavó un puño en el pecho de Zack-. Esta noche salió conmigo.

-¿Contigo? -volvió a fruncir el ceño y la estudió-. ¿Para qué?

-Fuimos al cine, cenamos una pizza. Quería que hablara un poco, informalmente, de modo que cuando me llamó, acepté.

-Paso a paso. ¿Nick te llamó y te pidió una cita?

-No era-una cita. Yo no pensé que fuera una condenada cita -como no había nada a mano que patear salvo la pierna de Zack, se puso a rodear otra vez la oficina-. Me dio la impresión de que podíamos desarrollar una relación...una amistad -se apresuró a corregir-. Habría facilitado todo.

Pensativo, Zack dio una calada al cigarrillo.

-Suenas razonable. De modo que visteis una peli y comisteis una pizza. ¿Dónde está el problema? ¿Nick se metió en una pelea, te planteó alguna dificultad? -se detuvo, alarmado-. No os habréis topado con algún Cobra, ¿verdad?

-No, no, no... -airada, giró en redondo-. ¿No me escuchas? He dicho que pensaba en mí como mujer... como una cita. Como una... Santo cielo -suspiró-. Me besó.

-Define besar -los ojos de Zack fueron dos rendijas oscuras y peligrosas.

-Sabes muy bien lo que es un beso. Pegas tus labios a los de otra persona -le dio la espalda y volvió a encararlo-. Debería haberlo visto venir, pero no lo hice. Entonces, antes de que me diera cuenta de lo que él pensaba, ¡zas!

-Zas -repitió Zack, tratando de mantener la calma. También él se puso a dar vueltas por la habitación, chocando los hombros con los de Rachel-. De acuerdo, escucha, creo que estás exagerando. Te dio un beso de buenas noches. Es un gesto. Es solo un chico.

-No -respondió y su tono hizo que Zack la observara-. No lo es.

El malhumor luchaba por conseguir la libertad. Como resultado de ello, habló con voz mortalmente calmada.

-¿Intentó...?

-No -al reconocer los signos, lo cortó-. Claro que no. Simplemente me besó. Pero fue el modo en que... Escucha, Zack. Conozco la diferencia entre un beso casual entre amigos y... y, bueno, un avance. Y puedo decirte que Nick tiene un avance muy suave.

-Me alegra saberlo -repuso con los dientes apretados.

-No sé qué hacer -extenuada de repente, se sentó en el rincón del escritorio.

-Yo se lo aclararé.

-¿Cómo?

-No sé cómo -replicó, aplastando el cigarrillo-. Maldita sea si voy a competir con mi hermano menor.

El comentario en voz baja hizo que Rachel entrecerrara los ojos.

-No soy un trofeo, Muldoon.

-No pretendía... -movió la cabeza y se apoyó en el escritorio al lado de ella-. Mira, esto me ha desconcertado, ¿vale? Pensaba que Nick había salido con alguna adolescente bonita, y ahora descubro que su intención es conquistarte. Si no fuera mi hermano, iría a despertarlo con algunos golpes.

-Típico -musitó ella.

El no le hizo caso y trató de pensar.

-Probablemente sea normal que él desarrolle, o crea que ha desarrollado, sentimientos por ti. ¿No crees?

-Es posible -ladeó la cabeza para mirarlo-. No quiero herirlo.

-Yo tampoco. Podrías alejarte, mantenerte inalcanzable... tal como has intentado hacer conmigo.

-He estado ocupada -repuso llena de dignidad-. Y no hablamos de ti. De todos modos, lo pensé, pero se supone que soy su cotutora. No puedo serlo desde la distancia. Además, anoche habló conmigo. Habló de verdad, relajado, y me mostró un poco de lo que hay bajo todo ese desafío. Si lo aparto ahora, justo cuando empieza a abrirse conmigo y a confiar, no sé qué daño podría causarle.

-No puedes incorporarlo a tu vida, Rachel.

-Lo sé -quiso apoyar la cabeza en el hombro de Zack, solo por un minuto. Bajó la vista a las manos-. Necesito encontrar una manera de hacerle saber que quiero ser su amiga, solo su amiga, sin aplastarle el ego.

Zack le tomó la mano, y cuando ella no la retiró, entrelazó los dedos con los de Rachel.

-Yo hablaré con él. Con calma -añadió al ver el ceño fruncido.

-En realidad, quería dejar todo el asunto en tu regazo, pero cuanto más pienso en ello, más segura estoy de que solo empeoraría el resentimiento ver que sale de ti. ¿Cómo puedes comunicarle que no estoy interesada sin hacerle ver que hemos hablado de sus sentimientos a sus espaldas? -cerró los ojos-. Y a mí tampoco me gusta demasiado.

-Tenías que contármelo.

-Sí, supongo que sí, así como supongo que tendré que reflexionar mi siguiente paso.

Zack le acarició los nudillos con el pulgar.

-Estamos en esto juntos, ¿recuerdas?

-¿Cómo puedo olvidarlo? Pero Nick y tú empezáis a equilibraros. Esto va a desnivelar la balanza, Zack. Creo que será mejor que intente manejarlo yo -esbozó una sonrisa en la comisura de los labios-. Imagino que debería disculparme por venir aquí a desahogarme contigo.

-Por lo menos hizo que vinieras. Lo manejaremos juntos -se llevó la mano de ella a los labios, disfrutando del modo en que los ojos de Rachel se oscurecieron y se mostraron cautos-. Recházalo con suavidad y yo dejaré que se descargue conmigo. Después de todo, no puedo culparlo, cuando yo intento lo mismo.

-Una cosa no tiene nada que ver con la otra -se apartó del escritorio, pero él no le soltó la mano.

-Me alegra oírlo. ¿Te sientes mejor?

-Pelear siempre consigue que me sienta mejor -sonrió.

-Entonces, encanto, cuando hayamos acabado el uno con el otro, te sentirás como una millonaria. Supongo que no querrás quedarte un par de horas hasta que cierre el bar, ¿verdad?

-No -el corazón se le aceleró un poco ante la idea. Un bar a oscuras, vacío, con música en la gramola, el mundo a raya en el exterior-. No, he de irme.

-Esta noche ando escaso de personal, sino te acompañaría a casa. Llamaré un taxi.

-Puedo pararlo yo en la calle.

-Vale. En un minuto -la sujetó por las caderas, la alzó y luego la sentó en el escritorio-. Te he echado de menos -murmuró, besándole el cuello.

Sin pensar, Rachel ladeó la cabeza para darle más acceso a su piel.

-He estado ocupada.

-No lo dudo -subió para mordisquearle el lóbulo de la oreja-. Pero has sido obstinada. Me gusta eso en ti, Rachel. Ahora mismo no se me ocurre una maldita cosa que no me guste de ti.

Era un error. En cualquier instante ella recordaría por qué era un error. Estaba convencida.

-Solo quieres meterme en tu cama.

Zach sonrió antes de besarla en los labios.

-Oh, sí... -cerró las manos en el pelo de Rachel y al ver que se arqueaba contra -él emitió un sonido profundo de placer-. ¿Cómo lo hago?

-Haces que las cosas me resulten muy difíciles.

-Bien. Eso está bien -estaba a punto de apoyar la espalda de ella sobre la mesa y hacerle todas las cosas con las que había fantaseado durante todas esas noches largas y oscuras en las que había estado solo, pensando en Rachel. Soltó un juramento y enterró la cara en el pelo de ella-. No cabe duda de que sé elegir los sitios -musitó-. En la acera con un ladrón, en mi despacho con el local lleno de clientes. Cada vez que estoy cerca de ti, empiezo a comportarme como un adolescente en el asiento trasero de un coche.

Ella tenía que concentrarse para respirar. Mientras Zach continuaba sosteniéndola en sus brazos, le acarició el pelo y contó sus latidos,, con una calidez que no tenía nada que ver con el destello de pasión de momentos atrás.

Comprendió que había tenido razón con el símil de las arenas movedizas. Y también en lo de que no se hundiría sola.

-No somos niños -murmuró .

-No, no lo somos -inseguro de que pudiera confiar en sí mismo, se apartó con las dos manos de Rachel en las suyas-. Sé que va deprisa, y también que es complicado, pero te deseo. No hay manera de evitarlo.

-Sabía que esto iba a suceder si venía esta noche. Y de todos modos vine – desconcertada, movió la cabeza-. No sé qué indica eso acerca de mí, o de nosotros. Pero sí sé que no es inteligente, algo que por lo general soy. Lo mejor que puedo hacer es salir por esa puerta e irme a casa.

Zack tiró de sus manos y la levantó del escritorio para pegarla a él.

-¿Qué vas a hacer?

Rachel titubeó entre la fina línea de la tentación y el sentido común. Las imágenes de lo que podría haber sido remolinearon en su cabeza y le resecaron la garganta. Las repercusiones... no las vio con mucha claridad, pero sabía que existían. Y temía que fueran serias.

-Voy a salir por esa puerta e irme a casa -cuando él no dijo nada, suspiró-. Por ahora.

Recogió la chaqueta y el bolso. Al llegar a la puerta, la mano de Zack se cerró sobre la suya en el picaporte. Experimentó una excitación asustada al pensar que él simplemente echaría el cerrojo.

No lo permitiría. Bajo ningún concepto.

-El domingo -fue lo único que dijo Zach.

Los pensamientos dispersos de Rachel trataron de darle sentido a la palabra.

-Puedo cambiar el turno para tomarme el día libre. Pásalo conmigo.

Alivio. Confusión. Placer. No sabía qué emoción predominaba.

-Quieres pasar el domingo conmigo.
 -Sí. Ya sabes, ir a un par de museos, quizá a una galería de arte, dar un paseo por el parque, almorzar en un restaurante coqueto. Creo que la mayor parte del tiempo que hemos pasado juntos ha sido de noche.
 -Creo que sí -era extraño que no se le hubiera ocurrido antes.
 -¿Por qué no probamos el domingo por la mañana?
 -Yo... -no se le ocurrió un solo motivo para rechazarlo-. De acuerdo. ¿Me pasas a buscar a las once?
 -Allí estaré.
 Giró el picaporte y luego lo miró.
 -¿Museos? -rió.
 -Da la casualidad de que me gusta el arte -le dijo, adelantándose para darle un beso suave que sacudió todo el interior de Rachel-. Y la belleza.
 Se marchó a toda velocidad. Al dirigirse a la esquina para llamar un taxi, se le ocurrió que aún no había decidido cuál era la mejor manera de llevar lo de Nick. Y tampoco había pensado en cómo manejar al hermano mayor de Nick.

6

Rachel maldecía cuando el domingo a las once en punto sonó el telefonillo. Mientras cerraba un pendiente, apretó el botón del intercomunicador.
 -Suenas sin aliento, cariño. ¿He de tomarlo como un cumplido?
 -Sube -cortó-. Y no me llames cariño.
 Entonces abrió las tres cerraduras de seguridad se echó un último vistazo en el espejo. Había olvidado el segundo pendiente. Gruñendo, se puso, buscarlo hasta que lo encontró en la encimera de la cocina, junto a la taza vacía de café.
 «Es mi día libre, maldición», pensó. Y odiaba que se lo interrumpieran por algo de trabajo. Hacía mucho que no disponía de un día para vagar por museos y galerías y... Cortó su queja silenciosa cuando llamaron a la puerta.
 -Pasa. Está abierto.
 -¿Ansiosa? -comentó Zack al entrar. Luego enarcó una ceja y la observó con detenimiento. Se hallaba de pie en el centro del salón, esbelta y preciosa con una chaqueta de ante marrón, una falda corta y una blusa de seda levemente masculina de un azul intenso. Estaba descalza, y se le hizo la boca agua al verla realizar la femenina y extrañamente íntima tarea de asegurarse un pendiente de oro en la oreja-. Estás guapa.
 -Gracias. Tú también -«no, está sexy», pensó, «condenadamente sexy con sus ceñidos vaqueros negros, un jersey azul medianoche y una cazadora negra de piel»-. Escucha, Zach, intenté hablar contigo antes de que dejaras el bar. Lamento no haber podido hacerlo.
 -¿Hay algún problema? -la observó mientras se ponía una sandalia de color bronce. Cuando terminó de calzarse la segunda, Zack tenía las palmas de las manos húmedas y no había escuchado la contestación de ella-. Lo siento, ¿qué?
 -He dicho que llamé mi jefe hace una media hora. He de ocuparme de un intento de asesinato.
 -¿Qué? -eso cortó en seco su fantasía.
 -Un intento de asesinato. En el distrito de Alexi. Probablemente podré alegar agresión con arma mortal, pero debo verlo hoy para poder reunirme con el fiscal por la mañana -extendió las manos-. Lamento de verdad no haber podido hablar contigo antes de que salieras.

-No pasa nada. Te acompañaré.

-¿Vendrás conmigo? -la idea le gustó, quizá demasiado-. No querrás estropear tu día libre pasándolo en una comisaría.

-Me tomo el día libre para estar contigo -le recordó, recogiendo el abrigo que ella había dejado en el sofá-. Además, no tardarás todo el día, ¿no?

-No, probablemente no más de una hora, pero... -Pongámonos en marcha -se acercó a ella y le dio la vuelta para ayudarla con el abrigo. Bajó la cabeza y le olió el cuello-. ¿Te has puesto ese perfume para el delincuente o para mí?

Rachel tembló una vez antes de apartarse.

-Para mí -recogió el maletín, que sostuvo entre los dos como un escudo-. Primero he de pasar por la oficina. Ya tenemos una carpeta con el historial del tipo. -De acuerdo -le quitó el maletín y le tomó la mano-. Vamos, abogada.

Alex vio a su hermana en cuanto esta entró en la comisaría. Como no le alegraba más que a ella tener que pasar la mañana del domingo en el trabajo, de inmediato se animó. Complicarle la vida a Rachel siempre lo refrescaba.

Con una sonrisa se dirigió hacia ella. Al ver al hombre que había a su lado, el humor que bailaba en sus ojos se transformó en suspicacia.

-Rach.

Alex -alzó la vista-. También te han llamado a ti, ¿eh?

-Así es. Muldoon, ¿verdad?

-Correcto -Zack le devolvió la mirada firme y asintió-. Me alegro de verte otra vez, detective.

-No me han dicho nada de que volvían a traer a LeBeck.

-No he venido por Nick -Rachel reconoció la postura poco amigable de Alex. La había asumido con cada hombre y joven con el que había salido desde cumplir los quince años-. Represento a Víctor Lomez.

Verdadera basura -pero a Alex no le preocupaba tanto el cliente de Rachel como el motivo por el que el irlandés grande llevara su maletín-. ¿Vosotros dos os habéis encontrado fuera?

-No, Alexi -le quitó el café que llevaba en la mano. Aunque sabía que era inútil, le lanzó una mirada de advertencia-. Zack y yo teníamos planes para el día.

-¿Qué clase de planes?

-De los que no son asunto tuyo -le dio un beso en la mejilla con la excusa de acercarse a su oído para susurrarle-. Corta ya -al apartarse le sonrió a Zack-. Siéntate, Muldoon, y bebe algo de este horrible café. Como ya he dicho, no tardaré mucho.

-Dispongo de todo el día -le dijo antes de que se marchara a la sala de interrogatorios. Se volvió hacia Alex y comentó con inocencia-. ¿Te gustaría llevarme a la sala de torturas?

Alex se dijo que no le parecía divertido e hizo un gesto brusco con la cabeza.

-Aquí me basta -le satisfacía hallarse detrás del escritorio mientras Zach permanecía en la silla destinada a los testigos-. ¿Cuál es la historia, Muldoon?

Con displicencia, Zack sacó un cigarrillo. Le ofreció uno a Alex y lo encendió cuando el otro negó con la cabeza.

-Quieres saber qué hago con tu hermana -expelió el humo mientras reflexionaba-. Si eres un detective normal, ya habrás podido deducirlo. Es hermosa, es inteligente, posee un corazón suave en un caparazón duro y sexy -dio otra calada y vio cómo Alex entrecerraba los ojos-. Escucha, ¿quieres sinceridad o prefieres que te diga que me interesan sus servicios legales?

-Ten cuidado por dónde pisas.

Como entendía la necesidad de proteger lo que quería, Zack adelantó el torso.

-Stanislaski, si conoces a Rachel, sabes que es ella quien ha estado cuidando por dónde pisaba yo. Nadie la obliga a hacer algo que no desea.

-¿Crees que ya la conoces?

-¿Bromeas? -la sonrisa de Zack fue lo bastante rápida y amigable como para hacer que Alex relajara los hombros-. No hay hombre alguno que entienda de verdad a una mujer. Menos a una inteligente -al ver que los ojos de Alex se movían hacia su hombro, se dio la vuelta. Vio a un hombre bajo, enjuto y de piel cetrina siendo conducido hasta la sala de interrogatorios por un policía uniformado-. ¿Es ese?

-Sí, ese es Lomez.

Zack soltó el humo en compañía de un juramento. Alex estuvo de acuerdo.

A la mesa de la sala de interrogatorios, Rachel alzó la vista. Aunque había representado a Lomez en su última acusación por agresión, le echó una ojeada a su historial.

-Vaya, Lomez, volvemos a encontrarnos.

-Se ha tomado su tiempo en venir -se sentó y soslayó al policía próximo. Pero sudaba. El atraco fallido significaba que no había podido ir a ver a su camello. Llevaba catorce horas sin ponerse nada-. ¿Me trae algo para fumar?

-No. Gracias, agente -Rachel esperó hasta quedar a solas con su cliente, luego juntó las manos sobre los papeles-. Esta vez se ha esmerado. La mujer a la que atacó tenía sesenta y tres años. Esta mañana llamé al hospital. Debería sentirse aliviado de saber que su condición ha pasado de crítica a estable.

Lomez se encogió de hombros y sus pequeños ojos negros brillaron al mirar a Rachel. No era capaz de mantener las manos quietas. Comenzó a tamborilear sobre la mesa al compás de sus pies. Su organismo iba a un ritmo mucho más frenético.

-Si hubiera entregado su cartera tal como le pedí, no habría tenido que ponerme duro, ¿sabe?

La ponía enferma y tuvo que esforzarse en recordar que era abogada de oficio.

Apuñalar a una anciana no va a hacer que le den las llaves de la ciudad. Pero sí una buena celda. Maldita sea, Lomez, solo llevaba doce dólares encima.

Él tenía la boca seca y la piel fría.

-Entonces no tendría que haberle costado tanto entregarlos. Usted simplemente encárguese de sacarme de aquí. Ese es su trabajo -y en cuanto regresara a la calle, presionaría a otro de los Hombres para que robara por él-. Tuve que permanecer en esa celdaapestosa toda la noche.

-Su cargo es de intento de asesinato -expuso Rachel.

Lomez bajó las manos para apoyarlas sobre sus muslos. Hasta los huesos le gritaban.

-No maté a la jodida zorra.

Rachel deseó no haberse terminado el café. Al menos de esa manera podría haberlo empleado para quitarse parte del sabor desagradable de la boca.

-La apuñaló tres veces. El agente que respondió a la llamada de auxilio lo persiguió al huir del escenario del delito... con el cuchillo y la cartera de la víctima. Lo tienen sin paliativos, Lomez, y su historial no se va a ganar la misericordia del tribunal.

-No necesito un discurso. Necesito una fianza.

-Es poco probable que el fiscal acepte estipular una fianza, y si lo hace, quedará fuera de su alcance. Voy a hacer lo que pueda para que reduzca el cargo de intento de homicidio. Declárese culpable de...

-Culpable, su culo.

-Va a ser el suyo -repuso con indiferencia-. No va a librarse de esta, Lomez. Sin importar cuántos conejos saque de mi chistera, esta vez no va a cumplir una condena

corta. Declárese culpable de agresión con arma mortal, y es probable que consiga convencer al juez de que le ponga una pena de siete a diez años.

-Y un cuerno -el sudor apareció en su frente, en sus labios.

Como se le agotaba la paciencia, Rachel cerró de golpe la carpeta con el historial.

-No arreglará nada de esa manera. Coopere y podré evitar que pase los siguientes veinte años entre rejas.

El otro le gritó, luego saltó por encima de la mesa y la golpeó antes de que Rachel tuviera la oportunidad de esquivarlo. El revés la derribó de la silla al suelo, donde él le cayó encima.

-¡Sáqueme! -apretó las manos sobre el cuello, demasiado colgado para sentir siquiera las uñas de ella clavarse en sus muñecas-. ¡Zorra, sáqueme de aquí o la mataré!

Al principio ella solo podía verle la cara, la furia enfermiza que la dominaba. Luego se desvaneció, reemplazada por puntos rojos. Ahogándose, empotró el canto de la mano sobre el puente de la nariz del rufián. La sangre del otro la salpicó, y solo consiguió que apretara aún más las manos.

Un rugido llenó sus oídos, zumbando por encima de los frenéticos juramentos que el otro le gritaba.

Los puntos rojos se fundieron en el gris al acurrucarse debajo de él.

Entonces su cuello quedó libre y aspiró aire por la garganta encendida. Alguien pronunciaba su nombre, con desesperación, y se sintió alzada, abrazada. Pensó que percibía el aroma a mar antes de caer en él.

Unos dedos frescos en la cara. Maravillosos. Unas manos fuertes cerradas en torno a las suyas. Reconfortantes. Un suspiro antes de despertar. Agonía.

Rachel parpadeó y abrió los ojos. Sobre su cabeza había dos rostros igual de sombríos, con ojos que expresaban miedo y furia. Aturdida, levantó una mano hacia la mejilla de Zack, luego la de Alex.

-Estoy bien -dijo con voz ronca, con moratones que ya empezaban a formarse en su garganta.

-Quédate quieta -musitó Alex en ucraniano, acariciándole la cabeza con una mano que aún palpitaba allí donde había conectado con el rostro de Lomez-. ¿Puedes beber un poco de agua?

Rachel asintió.

-Quiero sentarme -al centrarse en el cuarto, comprendió que se hallaba tumbada en el sofá viejo del despacho del capitán. Le murmuró las gracias a su hermano y bebió de la taza de papel que le acercó a los labios-. ¿Lomez?

-En una celda, donde debe. estar -conteniendo los temblores de la reacción, bajó la frente a la de su hermana. Siguió hablando en ucraniano, besándole la frente, las mejillas, y luego se echó atrás para tomarle las manos-. Tú relájate. Una ambulancia viene de camino.

-No necesito una ambulancia -al ver la rebelión en sus ojos, movió la cabeza-. No la necesito -bajó la vista para ver que tenía abierta la blusa. Disgustada, pensó que se hallaba estropeada más allá de toda esperanza. También vio sangre en la falda de ante-. Es la sangre de él, no la mía -señaló.

-Le rompiste su asquerosa nariz -espetó Alex.

-Me alegra comprobar que no perdí el tiempo con mis clases de defensa personal -cuando él se puso a maldecir, le tomó la mano-. Alexi -comenzó en voz baja e intensa-. ¿Sabes lo que significa para mí aceptar que arriesgas la vida a diario, todas las noches? ¿Sabes que lo acepto únicamente porque te quiero mucho?

-No le des la vuelta -soltó airado-. Ese canalla estuvo a punto de matarte. Estaba tan colgado que para quitártelo de encima hizo falta la intervención de tres.

Rachel aún no quería pensar en eso. No podía.

-Me equivoqué en el enfoque.

-Que tú...

-Lo hice -insistió-. Pero la cuestión es que no podemos cambiar lo que somos. Yo no cambiaré, ni siquiera por ti. Y ahora cancela la ambulancia y haz algo por mí -él le dijo algo grosero en su lengua natal que provocó su sonrisa-. He de ponerme en contacto con la oficina y explicar la situación. En estas circunstancias no podré representar a Lomez.

-Desde luego que no -era una satisfacción pequeña, pero poco más podía esperar. Con suavidad apoyó los dedos en el hematoma de la mejilla de su hermana-. No escapará, Rachel. Me cercioraré de que pague por esto. Ni tú ni nadie podrá hacer nada.

-Eso lo decidirá el tribunal -se puso de pie con inseguridad-. Y no llamarás a papá ni a mamá -cuando él guardó silencio, ella enarcó una ceja-. Si los llamas, tendré que contarles en qué consistió tu última misión de incógnito. Esa es la que saliste por la ventana de la segunda planta.

-Vete a casa -dijo, rindiéndose-. Descansa un poco -se volvió para estudiar a Zack. La opinión que tenía de él había cambiado un poco, ya que este había sido uno de los tres que había sacado a Lomez de encima de Rachel. Alex era policía desde hacía el tiempo suficiente como para reconocer el asesinato en los ojos de un hombre. Dio por hecho que Zack se habría ocupado de Lomez en persona, sin importar la presencia de la policía, de no haber estado tan centrado mecando a Rachel-. Ocupate de que así sea -no fue una pregunta.

-Cuenta con ello -no dijo nada más cuando Alex los dejó.

-Vaya cita, ¿eh? -insegura, Rachel trató de sonreír. -¿Puedes caminar? -un músculo se le movió en la cara al observar la blusa rota.

-Claro que puedo caminar -eso esperaba. La irritación que le provocó la sequedad de la pregunta la ayudó a atravesar el cuarto-. Mira, lamento que las cosas se hayan estropeado de esta manera. No tienes que...

-Hazme un favor -cortó mientras la tomaba del brazo y la conducía por la sala de oficiales-. Cállate.

Obedeció, aunque experimentó la poderosa tentación de decirle lo idiota que era por parar un taxi para que los llevara las pocas manzanas que los separaban de su edificio. Comprendió que sería mejor que no hablara. No solo le dolía, sino que también

temía que la voz comenzara a temblarle tanto como deseaba hacerlo su cuerpo.

Se recordó que en unos minutos estaría sola. Entonces podría ceder a los temblores y el llanto si así lo deseaba. Pero no delante de Zack ni de nadie.

Con el cuidado exagerado de una borracha, bajó del coche a la acera. Llegó a la conclusión de que se trataba de una leve conmoción. Pasaría.

-Gracias -comenzó-. Siento que...

-Te llevaré arriba.

-Mira, ya te he estropeado la mañana. No es necesario que... -pero él la arrastró hacia la puerta.

-¿No te pedí que te callaras? -abrió el maletín de Rachel para buscar él mismo las llaves. La ira le hizo temblar los dedos. ¿Es que no sabía lo pálida que estaba? ¿No podía entender lo que le hacía a sus entrañas oír la voz ronca?

La empujó por la puerta, la introdujo en el ascensor y apretó el botón con fuerza.

-No sé por qué estás tan furioso -musitó ella, haciendo una mueca al tragar-. Has perdido un par de horas, sí, pero, ¿sabes cuánto me costó este traje? Y solo me lo he puesto dos veces -las lágrimas quisieron salir pero las contuvo con un parpadeo furioso mientras él la guiaba por el pasillo-. El sueldo de una abogada de oficio no es principesco -frotó unas manos heladas mientras él abría la puerta-. Tuve que comer

yogur durante un mes para poder comprarlo, incluso de rebajas. Y ni siquiera me gusta el yogur -la primera lágrima consiguió escapar. Se la secó al entrar en el apartamento-. Aunque pudiera hacer que me lo limpiaran, no podría ponérmelo después... -calló y realizó un esfuerzo enorme para serenarse. «Por el amor del cielo, farfullo por un traje.

Quizá estoy perdiendo la cabeza»-. Muy bien -suspiró de forma contenida-. Me has traído a casa. Te lo agradezco. Ahora vete.

El dejó el maletín y luego le quitó el abrigo. -Siéntate, Rachel.

-No quiero sentarme -otra lágrima. Era demasiado tarde para detenerla-. Lo que quiero es estar sola -cuando se le quebró la voz, se llevó las manos a la cara-. Oh, Dios, déjame sola.

La alzó en vilo y se sentó en el sofá, sosteniéndola en su regazo. Le acarició la espalda a través de los temblores y sintió las lágrimas calientes en su cuello. A pesar de la ira y el temor que bullían en su interior, logró tocarla con suavidad. Mientras se acurrucaba contra él, Zach cerró los ojos y murmuró las palabras sin sentido que siempre parecían dar consuelo.

Ella lloró mucho pero poco tiempo. Tembló con violencia, pero no tardó en controlar el temblor. No intentó alejarse. Aunque él tampoco lo habría permitido. Quizá estuviera consolándola, pero abrazarla, saber que Rachel se hallaba a salvo y con él, le brindó un consuelo enorme.

-Maldita sea -al pasar lo peor, apoyó con debilidad la cabeza en el hombro de él-. Te dije que te fueras.

-Teníamos un trato, ¿recuerdas? Vas a pasar el día conmigo -apretó las manos con fuerza-. Me has asustado mucho.

-Yo también estaba asustada.

-Y si me voy, me veré obligado a regresar a la comisaría, encontrar un modo de llegar hasta ese hijo de perra y partirlo en dos.

-Entonces creo que será mejor que te quedes por aquí hasta que ese impulso desaparezca. Estoy bien, de verdad -dijo, aunque no apartó la cabeza del hombro de él-. Esto no ha sido más que una reacción.

-¿Tienes té? ¿Miel?

-Es posible. ¿Por qué?

-Como no quieres ir al hospital a tratarte esas magulladuras, tendrás que soportar los primeros auxilios de Muldoon -la levantó de su regazo y la acomodó contra los cojines. Los colores intensos de la tela solo sirvieron para hacerla parecer más pálida-. Quédate aquí.

Como el llanto la había agotado, no discutió. Cuando cinco minutos más tarde Zack salió de la cocina, con té humeante en la taza que llevaba en la mano, la encontró profundamente dormida.

Despertó aturdida, con la garganta como fuego. La habitación estaba en penumbra y en absoluto silencio, lo que la desorientó. Se incorporó sobre los codos y vio que las cortinas estaban cerradas. Se hallaba arropada con la colcha colorida que su madre le había hecho años atrás.

Con un leve gemido la hizo a un lado y se levantó. «Firme», pensó con cierta satisfacción. «Es imposible abatir a un Stanislaski».

Pero necesitaba unos cuantos litros de agua para, apagar las llamas de su garganta. Frotándose los ojos, fue a la cocina, y al ver a Zack junto al fuego soltó un grito que potenció el dolor que ya sentía.

-¿Qué diablos estás haciendo? Creía que te habías ido.

-No -removió el contenido del cazo que había al fuego antes de volverse para estudiarla. Había recuperado el color y la expresión vidriosa se había desvanecido de

sus ojos. Las magulladuras necesitarían bastante más para desaparecer-. Hice que Río me enviara un poco de sopa. ¿Crees que ya puedes comer?

-Supongo -se llevó una mano al estómago. Se moría de hambre, pero no sabía cómo iba a conseguir bajar algo por la palpitación que dominaba su garganta-. ¿Qué hora es?

-Las tres, más o menos.

Se dio cuenta de que había dormido aproximadamente dos horas, y la idea de estar en el sofá mientras Zach se encontraba en la cocina la avergonzó y conmovió.

-No tenías por qué quedarte.

-¿Sabes?, tu garganta tardaría mucho menos en curarse si no hablaras tanto. Ve a sentarte.

Como el olor de la sopa empezaba a hacerle la boca agua, obedeció. Después de abrir las cortinas, se sentó junto a la mesita que había al lado de la ventana. Con cierto disgusto, se quitó la chaqueta manchada y la tiró a un lado. En cuanto hubiera ingerido un poco de la sopa de Río, se daría una ducha y se cambiaría.

-Gracias _dijo cuando él salió con una bandeja y cuencos.

-Estuve viendo tus discos mientras dormías -lo complacía poder hablar con naturalidad cuando deseaba romper algo, a alguien-. ¿Te importa si pongo uno?

-No, adelante -observando el vapor de la sopa, la removió mientras Zack ponía un viejo álbum de B.B. King.

-Y pensar que decían que no teníamos nada en común.

Aliviada de que no sacara el tema del incidente, Rachel sonrió.

-Se lo robé a Mikhail. Tiene un gusto musical muy ecléctico -en cuanto Zack se sentó frente a ella, Rachel se llevó una cucharada a la boca y tragó con cuidado. Suspiró. Le alivió la garganta irritada-. Deliciosa. ¿De qué es?

-Nunca pregunto. Río jamás lo cuenta.

Con un murmullo de reconocimiento, ella siguió comiendo.

-Tendré que idear una manera de sobornarlo. A mi madre le encantaría conseguir esta receta -bebió un sorbo de té. Tras el primer trago, abrió mucho los ojos.

-No tenías miel -comentó Zack con suavidad-. Pero sí brandy.

Con cautela, Rachel bebió otro trago.

-Debería embotarme los sentidos.

-Esa es la idea -alargó el brazo por encima de la mesa y le tomó la mano-. ¿Te sientes algo mejor?

-Mucho mejor. De verdad que lamento haberte estropeado el domingo.

-No me obligues a decirte otra vez que te calles.

-Empiezo a pensar que no eres un mal tipo, Muldoon -sonrió.

-Tendría que haberte traído sopa antes.

-Ha ayudado -tomó un poco más-. Pero lo conseguiste al no hacerme sentir como una idiota mientras lloraba.

-Tenías una buena causa para hacerlo. Ser dura no siempre es la respuesta.

-Por lo general funciona -bebió más té con brandy-. No quería desmoronarme delante de Alex. Se preocupa mucho -sonrió-. Ya sabes cómo es tener un hermano menor que se niega a ver las cosas como tú.

-¿Te refieres a que a veces te gustaría aporrearles la cabeza contra la pared? Sí, lo sé.

-Bueno, sin importar que a Alex le guste creerlo o no, puedo llevar mi propia vida. Cuando llegue el momento, Nick también lo hará.

-Él no se parece al rufián de hoy -musitó Zack-. Jamás podría serlo.

-Claro que no -preocupada, hizo a un lado el cuenco y le tomó la mano-. Ni siquiera debes pensarlo. Escúchame, llevo dos años viéndolos entrar y salir. Algunos son

retorcidos más allá de toda redención, como Lomez. Otros se encuentran desesperados y confundidos, golpeados por las calles o siendo parte de ellas. Trabajar con ellos te lleva al punto en que si no te quemas, aprendes a reconocer los matices. Nick ha sido herido y su autoestima está a cero. Recurrió a una banda porque necesitaba formar parte de algo, de cualquier cosa. Ahora te tiene a ti. No importa cuánto intente quitarte de encima, te necesita y te quiere.

-Es posible. Si alguna vez empieza a confiar en mí, puede que sea capaz de dar otro paso -no se había dado cuenta de lo mucho que le pesaba-. No quiere hablar conmigo sobre mi padre, sobre lo que tuvo que vivir durante mi ausencia.

-Lo hará, cuando esté listo.

-El viejo no estaba tan mal, Rachel. Jamás habría salido elegido padre del año, pero... diablos -suspiró disgustado-. Era un obstinado y bebedor irlandés hijo de perra que jamás debería haber abandonado el mar. Dirigía nuestras vidas como si fuéramos tripulantes novatos en un barco que se hunde. Gritos., órdenes y bofetadas. Jamás estuve de acuerdo con él en nada.

-A menudo sucede en las familias.

-Jamás superó la pérdida de mi madre. Cuando ella murió se encontraba en el Pacífico Sur.

Lo que significaba que Zack habría estado solo. Un niño solo. Le apretó los dedos con más fuerza.

-Regresó furioso. Iba a convertirme en un hombre. Entonces aparecieron Nadine y Nick, y yo era lo bastante mayor como para seguir mi propio camino. Podrías decir que abandoné el barco. De modo que intentó convertir en un hombre, en su clase de hombre, a Nick.

-Te atormentas por algo que no puedes cambiar. Y que no habrías podido cambiar.

-Supongo que no dejo de recordar cómo fue aquel primer año de mi regreso. El viejo era tan frágil. No era capaz de recordar cosas, no dejaba de salir y de perderse. Maldita sea, sabía que Nick se descarriaba, pero no disponía de fuerzas. Tener que meter al viejo en una residencia, verlo morir allí, tratar de mantener el bar en marcha... Nick se perdió entre tanta confusión...

-Lo volviste a encontrar.

Zack fue a hablar, pero se recostó con un suspiro.

-Vaya momento para abrumarte con esto.

-No pasa nada. Quiero ayudar.

-Ya has ayudado. ¿Quieres más sopa?

«Tema cerrado», comprendió Rachel. Podía insistir, o brindarle espacio. Decidió que un favor merecía otro, y sonrió.

-No, gracias. Me ha sentado muy bien.

Él quiso decir más, mucho más. Quería abrazarla otra vez y sentir la cabeza de Rachel reposar sobre su hombro. Quería sentarse y observarla otra vez dormir en el sofá. Y si hacía alguna de esas cosas, no sería capaz de llegar a la puerta.

-Recogeré y te dejaré descansar. Imagino que querrás tiempo para ti.

Con el ceño fruncido lo miró ir a la cocina. «Quería tiempo para mí sola, ¿verdad? Entonces, ¿por qué intento pensar en algún modo de retenerlo, de evitar que atraviase la puerta?».

-Eh -se apartó de la mesa para seguirlo. Zach ya había empezado a verter la sopa restante en una olla-. Todavía es pronto. Quizá aún podamos salvar parte del día.

-Necesitas descansar.

-He descansado -sintiéndose incómoda, mojó los cuencos que él había apilado en el fregadero-. Probablemente podríamos llegar a un museo, o ir al cine. No quiero pensar que has dedicado todo tu día a cuidar de mí.

-¿Quieres dejar de preocuparte por mi día libre? -guardó la olla en la nevera-. Soy mi jefe, ¿recuerdas? Podré tomarme otro.

-Perfecto -cerró el grifo del agua-. Ya nos veremos.

-Vaya, saltas por nada -divertido, apoyó las manos en sus hombros y los masajeó-. No te pongas tensa, encanto. En resumen, ha sido un día completo.

Rachel cerró los ojos y sintió el contacto de los dedos a través de la blusa.

-Cuando quieras, Muldoon.

Zack podía olerle el pelo y tuvo que contener el impulso de enterrar la cara en él. Le habría sido imposible detenerse allí.

-¿Vas a estar bien sola? Puedo llamar al poli para que se quede contigo.

-No, estoy bien -se agarró al borde de la encimera y clavó la vista en la pared-. Gracias por los primeros auxilios.

-Ha sido un placer -sabía que estaba demorándose cuando ya tendría que haber salido por la puerta Quizá podríamos cenar pronto un día de esta semana.

Rachel apretó los labios. La forma en que las manos subían y bajaban por sus brazos hacían que deseara gemir.

-Claro. Veré mi agenda.

La hizo dar la vuelta. No supo si ella se lanzó a sus brazos o él la atrajo, pero la abrazaba. Los labios de Rachel se separaban para los suyos.

-Te llamaré.

-De acuerdo -los ojos de Rachel se cerraron cuando el beso se profundizó.

-Pronto -Zack sintió que el aire quedaba contenido en sus pulmones cuando ella se pegó a su cuerpo.

-Mmm... -al sentir la lengua de él, contuvo un suspiro.

El apartó la boca para mordisquearle la mandíbula.

-Una cosa más.

-¿Sí?

-No me voy.

-Lo sé -le rodeó el cuello en el momento en que la alzó en sus brazos-. Solo es química.

-Exacto -esforzándose por recordar los hematomas de ella, le llenó la cara de besos suaves.

-Nada serio -Rachel tembló y le mordió el cuello-. No puedo permitirme el lujo de una relación. Tengo planes.

-Nada serio -convino él, con la sangre martilleándole en la cabeza, en la entrepierna. Abrió una puerta y se encontró frente a un armario-. ¿Dónde diablos está el dormitorio?

-¿Qué? -se concentró y se dio cuenta de que la había sacado fuera de la cocina-. Es este. El sofá -le mordisqueó la oreja-. Se abre. Puedo...

-Olvídalo -logró decir antes de acomodarla sobre la alfombra.

Le desgarró la blusa. Fue la pasión lo que lo impulsó a ello. No podía soportar verla con ella Puesta un minuto más, ver ese azul intenso manchado de gotas de sangre.

Pero el sonido de la seda al ceder bajo sus dedos y el jadeo de aturdida excitación diseminó fuego por sus entrañas.

-La primera vez que te vi... -al dejar a un lado los restos de la blusa ya le faltaba el aliento-. Desde el primer minuto, quise esto. Te deseé a ti.

-Lo sé -extendió los brazos, sorprendida por lo profunda y madura que podía ser una necesidad-. Yo también. Es una locura -comentó sobre su boca-. Una locura -la piel le hormigueó cuando él le bajó las tiras de la combinación para sustituirlas por besos impacientes-. Increíble.

Extasiada, se arqueó hacia él cuando tomó sus pechos en esas manos ásperas y codiciosas. Luego la boca de Zack, ardiente y hambrienta, se cerró so-

bre ella para tirar y succionar. «Date prisa», fue lo único que pudo pensar, «date prisa». Sus uñas recorrieron los costados de él mientras le levantaba el jersey.

Lo que deseaba era el contacto de sus cuerpos. Ya tenía la piel encendida, ya estaba húmeda. La sensación de los labios de Zack sobre su atronador corazón hizo que lo agarrara por el pelo y lo pegara más a ella. Anhelaba más. Incluso a medida que la tormenta se incrementaba hasta el punto de crisis, daba, anhelaba y exigía.

Clavó los dedos en los hombros anchos cuando él descendió, detonando cientos de estallidos diminutos con besos hambrientos y mojados por su torso, para luego retroceder con celeridad y ahogarla en el deseo con los labios.

Zack no podía detenerse. No importaba ya que una vez hubiera imaginado hacerle el amor con una lentitud tortuosa, en alguna cama enorme y suave. La desesperación del momento podía con cualquier fantasía que hubiera podido tener.

Ella lo poseía. Lo obsesionaba. Ninguna sirena mística hubiera podido robarle la mente y el alma de manera más completa.

Un botón saltó de la falda cuando se esforzó por bajársela por las caderas. Creía que podía volverse loco si no echaba a un lado todos los obstáculos, si no la veía. Todo su cuerpo.

Medio enloquecido, le bajó las medias, junto con el delicado encaje que las había asegurado. En algún lugar a través del rugido de su cerebro, oyó el grito ronco cuando sus dedos le rozaron el muslo. Luchando por contenerse, se arrodilló entre las piernas de Rachel, llenándose con la visión, esbelta, dorada y desnuda, el pelo revuelto alrededor de la cara, los ojos oscuros y entornados.

Ella se irguió, demasiado desesperada para aguardar incluso otro momento. Cerró la boca con avidez sobre la de él, y con los dedos abrió los botones de los vaqueros.

-Deja que lo haga -dijo en un susurro ronco.

-No -deslizó una mano detrás de la espalda de ella para sostenerla y bajó la otra para cubrir la fuente de calor-. Deja que sea yo.

El volcán que Zack había imaginado estalló al primer contacto. El cuerpo de Rachel se sacudió y tembló. Y él observó, increíblemente excitado, mientras ella echaba la cabeza atrás. No era una entrega. Incluso en su propio delirio, comprendía que ella no se estaba entregando. Era abandono, la búsqueda pura y desbocada de placer. Le dio más y se dio a sí mismo, acariciando ese fuego aterciopelado, dejando que la lengua se deslizara por Rachel en un ritmo igual y delicioso.

¿Cómo iba a saber Rachel que el deseo podía ser oscuro y mortífero? ¿O que ella, siempre tan segura, tan cauta, olvidaría el raciocinio por disfrutar más de esas delicias peligrosas? «No, no más. Todas», pensó aturdida. «Todo él». Lo quería todo. Cerró las piernas en torno a las caderas de Zack y lo condujo a su interior.

-Cuanto más grandes son... -murmuró Rachel cierto tiempo después.

-¿Mmm?

Sonriendo, alzó una de las manos de Zack, la soltó y la vio caer floja sobre la alfombra.

-Más dura es la caída -rodó y apoyó los codos en el torso de él con el fin de poder estudiarlo ¿Sabes, Muldoon?, parece como si hubieras boxeado diez asaltos con el campeón del mundo.

Él sonrió. Solo tenía energía para eso.

-Tienes una pegada terrible, cariño.

-No me llames «cariño» -le mordió el hombro-. Pero ya que lo mencionas, tú tampoco estuviste tan mal.

-¿Tan mal? -abrió un ojo-. Te he derretido.

«Es cierto», reconoció ella, pero no pensaba inflar su orgullo.

-Diré que posees un cierto estilo sin refinar que irradia un extraño atractivo -bajó un dedo por el torso-. Pero la cuestión es que he tenido que llevarte -eso consiguió que él abriera el otro ojo-. No es que me importara. No tenía nada más importante esta tarde.

-¿Tú me llevaste?

-Metafóricamente hablando.

Él manifestó su opinión breve y ruda.

-¿Quieres llevarme otra vez, campeona? -Cuando tú quieras y dónde tú quieras -agitó las pestañas.

-Aquí y ahora -Rachel reía mientras Zack la hacía girar, pero la risa terminó con un siseo de dolor cuando él chocó con la mejilla golpeada.

-Diablos -dijo Rachel al echarse atrás y maldecir.

-Lo siento.

-Vamos, Zack -sonrió con el ánimo de desterrar la preocupación que había en los ojos de él-, Solo bromeaba.

Sin hacerle caso, él le volvió el rostro para inspeccionar la marca de la mejilla.

-Tendría que haberle puesto hielo. El rufián no rompió la piel, pero... Si alguna vez sale de la cárcel...

-Para -con firmeza, apoyó las manos en cada lado de su cara-. No digas nada que puedas lamentar. Recuerda, soy funcionaria, del tribunal.

-No lo lamentaría -tiró de ella hasta tenerla sentada a su lado-. Y no lamento esto... salvo por el estilo poco refinado.

-Si no sabes encajar una broma -soltó un suspiro impaciente-, aprende.

-Espera hasta que termine antes de lanzarte contra mí, ¿vale? Eres más rápida que un tifón en reaccionar -le apartó el pelo y le dio un beso intenso-. No iba a quedarme. Hoy no. Supuse que el sexo ardiente no era lo más apropiado después de que intentaran estrangularte.

-Yo no...

-Sabes que te deseaba sin importar lo que me dieras, Rachel -la interrumpió-. No era un secreto. Pero se me ocurre que te sentías alterada y vulnerable y que me aproveché de ello.

Ella tuvo que esperar un minuto entero antes de poder hablar.

-No hagas que me enfurezca contigo, Muldoon. Y no me insultes.

-Lo único que trato de decir es... No sé qué demonios intento decir -musitó y volvió a intentarlo-. Salvo que... bueno, tal vez podría haber sacado esa maldita cama en vez de usar el suelo.

Con los ojos entrecerrados, ella acercó la cara a la de Zack. Sus ojos eran del color de doblones de oro, e igual de exóticos.

-Me gusta el suelo. ¿Entendido?

Él empezaba a sentirse mejor. Zack sabía que cuidar de la fragilidad estaba fuera de su naturaleza.

Pero esa mujer dura y terca se adaptaba a su estilo. Recogió la blusa desgarrada del suelo. -Te arranqué la ropa.

-¿Te sientes orgulloso?

-Sí -tiró los jirones a un lado-. Puedo esperar. quieres ponerte algo más encima. Así podré volver a rompértela.

Ella se mordió el interior de la boca, pero no desterró por completo la sonrisa.

-Esa ya estaba estropeada. La próxima vez tendré que cobrarte los daños. Tengo un presupuesto ajustado.

-Me vuelves loco -rió entre dientes mientras jugueteaba con el pendiente de Rachel.

El corazón de Rachel dio un vuelco. La afirmación le resultó tan romántica como una declaración susurrada.

-Eh, no te pongas sentimental.

-Loco -repitió, sorprendido y encantado por el leve rubor que invadió las mejillas de ella-. ¿Y he mencionado que tu cuerpo despierta lo más salvaje que llevo dentro?

-No -eso la hacía sentir mucho más cómoda- Ladeó la cabeza-. ¿Por qué no?

-De proa a popa -dejó que su mano hablara con más elocuencia-. De estribor a babor.

-Oh, Dios -soltó un suspiro exagerado y tembló-. Jerga de marino. Adoro a un hombre con el uniforme colgado -más que dispuesta a excitarse, jugó con los labios de Zack-. Dime una cosa, marinero.

-Lo que quieras.

-¿Qué parte es la proa?

-Te lo mostraré -con mucha suavidad, le besó el cuello golpeado-. Cariño, será mejor que abramos el sofá antes de que esto vuelva a descontrolarse.

-Vale -había algo increíblemente erótico en un dedo áspero que te acariciaba la parte inferior del pecho-. Si tú quieres.

-O podríamos hacerlo más tarde. Mira, si me dices algo en ucraniano, olvidaré que estábamos en el suelo. Y te prometo que también haré que tú lo olvides.

-¿Por qué he de decir algo en ucraniano?

-Porque me vuelve loco.

-¿Bromeas? -ladeó la cabeza.

-Mmm -con la lengua trazó un círculo lento y provocador sobre los labios de Rachel-. Vamos. Di lo que sea.

Después de un leve suspiro, le rodeó el cuello con los brazos. Junto al oído de Zack, ella murmuró las palabras, luego ríe entre dientes al oírlo gemir.

-¿Qué quería decir? -exigió él sin dejar de mordisquearle el hombro.

-¿Una traducción aproximada? Dije que eras un tonto grande y obstinado.

-Mmm... ¿estás segura de que no dijiste lo mucho que deseabas mi cuerpo?

-No. Eso se dice así.

Se lo dijo, pero cuando terminó, Zack ya había empezado a complacerla.

La abrazó en la oscuridad. Al final habían conseguido abrir la cama. En ese momento se hallaban enredados en las sábanas. La tarde se había transformado en noche.

-Me gustaría quedarme -musitó él.

-Lo sé -era una tontería sentirse infeliz porque se fuera. Siempre había atesorado sus noches sola-. Pero no puedes. Es demasiado pronto para confiar en que Nick pase la noche solo.

-Si las cosas fueran diferentes... -no había esperado que resultara tan frustrante-. Me gustaría llevarte a casa conmigo. Me gustaría tenerte en mi cama esta noche, despertar mañana contigo.

-El tampoco está preparado para eso -ni siquiera se hallaba segura de que ella lo estuviera-. Hasta que no pueda aclarar las cosas con tu hermano, y conseguir que lo entienda, probablemente lo mejor sea que no sepa que nosotros...

¿Qué eran ellos? La pregunta pasó por la mente de ambos, aunque ninguno la formuló en voz alta.

-Tienes razón -el colchón crujió cuando él se movió-. Rachel, quiero volver a estar contigo. No tiene por qué ser en la cama -recorrió la curva de su mejilla-. O en el suelo.

-Yo también quiero estar contigo -le tocó el dorso de la mano-. Me agrada. Y con eso basta.

-Sí. Puedo sacar tiempo libre el miércoles. ¿Qué te parece una cena pronto?

-Me gustaría -volvieron a guardar silencio, hasta que ella suspiró-. Será mejor que te vayas. -Lo sé.

-Quizá el domingo Nick y tú podáis ir a cenar a la casa de mis padres. Lo hablamos antes, ¿lo recuerdas?

-Sería estupendo -volvió a besarla y el beso se prolongó-. Una vez más.

-Sí -lo abrazó-. Una vez más.

Rachel cambió el auricular del teléfono al otro oído, garabateó en un bloc de notas y contempló dubitativa la pila de carpetas que tenía en la mesa de su despacho.

-Sí, señora Macetti, lo entiendo. Lo que necesitamos para su hijo es unos testigos con peso. Su sacerdote, quizá, o un profesor -mientras escuchaba, pensó si podría captar la atención de alguno de sus compañeros para que se apiadaran de ella y le llevaran una taza de café-. No puedo decirle eso, señora Macetti. Tenemos muy buenas posibilidades de que le suspendan la condena y le den la libertad condicional, ya que Carlo no conducía. Pero la cuestión es que iba en un coche robado y... -calló y dobló la hoja en la que había escrito-. Mmm. Bueno, como le expliqué antes, va a ser bastante difícil convencer a alguien de que no sabía que el coche era robado, ya que habían forzado las cerraduras y arrancado el vehículo con un puente.

Satisfecha con la forma de su avión de papel, lo lanzó. Era tan bueno como un mensaje en una botella.

-Estoy segura de que es un buen chico, señora Macetti -puso los ojos en blanco-. Malas compañías, sí. Esperemos que esta experiencia haga que se mantenga alejado de los Hombres, señora Macetti. Hago todo lo que puedo -añadió con firmeza-. Intente ser optimista; nos veremos la semana próxima en el tribunal. No... no, de verdad. La llamaré. Sí, lo prometo. Adiós. Sí, desde luego. Adiós.

Colgó y apoyó la cabeza en la mesa. Diez minutos tratando de ocuparse de la madre frenética de seis hijos era tan agotador como un día entero en el tribunal.

-¿Un día duro?

Alzó la cabeza y vio a Nick en el umbral. Sostenía su avión de papel en una mano y una taza grande de papel en la otra.

-Un mes duro -clavó la vista en el líquido humeante-. Dime que eso es café.

-Suave, sin azúcar -entró y se lo ofreció-. Tu nota sonaba desesperada -cuando ella dio el primer sorbo, sonrió-. Venía por el pasillo y me dio en el pecho. Bonita forma.

-Son excelentes memorandos entre despachos -otro sorbo y sintió que la cafeína comenzaba a entrar en su organismo-. Como me has salvado la vida, ¿qué puedo hacer por ti?

-Andaba por aquí. Pensaba que quizá pudiéramos comer juntos.

-Lo siento, Nick -señaló el montón de carpetas-. Estoy hasta el cuello.

-¿No te dejan comer? -como le gustaba verla en su espacio de trabajo, se sentó en el borde de la mesa.

-Oh, de vez en cuando nos lanzan un trozo de carne cruda -se dio cuenta de que coqueteaba con ella. Observó las carpetas, calculó el tiempo del que disponía antes de reunirse con el fiscal para negociar sobre media docena de casos y supo que iba a ir justa-. En realidad, me gustaría hablar contigo, si tienes unos minutos.

-Esta noche tengo el turno de seis a dos, así que me sobran minutos.

-Bien -se levantó y pasó junto a él para cerrar la puerta. En cuanto se dio la vuelta, comprendió que él había tomado el gesto como otra cosa. La sujetó por la cintura, pero Rachel pudo escabullirse-. Nick -comenzó, luego titubeó-. Siéntate -cuando él ocupó la silla destartalada de su despacho, ella se sentó detrás del escritorio-. Ya vamos por las tres semanas. Me gustaría saber cómo te sientes.

-Bien.

-Lo que quiero decir es que cuando volvamos a plantarnos ante la juez Beckett, es muy probable que te conceda la libertad condicional... a menos que entre tanto cometas un error muy grande.

-No pretendo cometerlo -la silla crujió cuando se reclinó-. Ir a la cárcel no ocupa un lugar preponderante en mi lista estos días.

-Me alegra oírlo. Pero es posible que también te pregunte qué planes tienes. Puede que este sea el momento de empezar a pensar en ello, en si te gustaría hacer que la situación con Zack sea más permanente.

-¿Permanente? -soltó una risa-. No lo sé. Probablemente quiera tener mi propio sitio, ya sabes. Zack y yo... bueno, tal vez nos llevamos un poco mejor, pero corta mi estilo. Cuesta llevar a una chica cuando tu hermano mayor puede entrar en cualquier momento -la observo con sus ojos verdes-. ¿Sabes a qué me refiero?

Ella consideró que se presentaba una buena apertura y se lanzó.

-¿Tienes novia?

La sonrisa de Nick fue muy masculina y atractiva.

-Estoy más interesado en las mujeres. Las mujeres con grandes ojos castaños.

-Nick...

-¿Sabes?, cuando venía hacia aquí me puse a pensar en que ha resultado una oportunidad afortunada que me atraparan -le alzó la mano y se puso a acariciarle los nudillos, sin apartar en ningún momento los ojos de ella-. De lo contrario, no habría necesitado a una abogada tan atractiva.

-Nick, tengo veintiséis años -no era lo que había querido decir ni la manera en que había querido hacerlo, pero él ladeó la cabeza.

-¿Sí? ¿Y qué?

-Y soy la tutora que nombró el tribunal.

-Una situación interesante -la sonrisa se amplió-.Que acabará en unas cinco semanas.

-Seguiré siendo siete años mayor que tú.

-Más cerca de seis -cementó-. Pero, ¿quién los cuenta?

-Yo -frustrada, comenzó a ponerse de pie, luego comprendió que sería mejor que mantuviera el puesto de autoridad detrás de la mesa-. Nick, me caes bien, de verdad. Y hablaba en serio cuando dije que quería ser tu amiga.

-No puedes dejar que eso de la edad te moleste, nena.

Cuando él se levantó, ella se dio cuenta de que había calculado mal al quedarse detrás del escritorio. En el momento en que Nick lo rodeó para sentarse en el borde, Rachel quedó atrapada entre la pared y él.

-Por supuesto que sí.. Estaba en la universidad cuando tú comenzabas la pubertad.

-Bueno, ya la he terminado -sonrió y pasó el dedo por la mejilla de ella. Entrecerró los ojos-. ¿Eso que tienes ahí es un moretón?

-Me di un golpe -dijo, volviendo a su tema-. La cuestión es que soy demasiado mayor para ti.

-No lo creo -observó el hematoma unos instantes más y alzó la vista-. Deja que lo ponga de esta manera. ¿Crees que una mujer no debería relacionarse con un hombre seis años mayor que ella?

-Es completamente diferente.

-Sexista -chasqueó la lengua-. Y yo que pensé que estarías a favor de la igualdad de derechos.

-Claro que sí, pero... -calló.

-Te tengo.

-Sin importar la edad -cambió de enfoque-, soy tu tutora, y estaría mal, y no sería ético, que yo animara o aceptara algo que fuera más allá. Me importa lo que te pasa y si te he dado la impresión de que me interesa algo más que una amistad, lo siento.

-Supongo que te tomas tu trabajo bastante en serio -comentó tras reflexionar.

-Sí, lo hago.

-Puedo entenderlo. Nada de presión, ¿vale?

-Vale -el alivio hizo que suspirara-. Estás bien, Nick.

-Y tú también -los dos giraron cuando comenzó a sonar el teléfono-. Dejaré que vuelvas a servir a la justicia -abrió la boca al llevarse la mano de ella a los labios-. Cinco semanas no es una gran espera.

-Pero...

-Nos vemos.

Salió, dejando a Rachel preguntándose si ayudaría en algo golpearse la cabeza contra la pared.

Nick se sentía estupendamente. Tenía todo el día por delante, dinero en el bolsillo y a una mujer magnífica plantada en el corazón. Sonrió al pensar en lo nerviosa que la había puesto. No sabía que pudiera resultar tan satisfactorio poner nerviosa a una mujer.

Corrió hasta el metro. Había pensado que Rachel solo era un par de años mayor, pero tampoco importaba. Todo en ella era perfecto. Se preguntó cómo reaccionaría Zack cuando viera a Nick LeBeck entrando una noche en el bar con Rachel del brazo. No creyó que lo considerara un muchacho cuando todo el mundo viera que había conquistado a una nena como Rachel Stanislaski.

«No», se dijo al subir a un vagón que lo llevaría a Times Square. «No es manera de hablar de una dama con clase». Lo que tenían era una relación. Mientras el vagón traqueteaba, se ocupó fantaseando con lo que harían juntos.

Cenarían y darían largos paseos, charlarían. Irían a escuchar música, y bailarían. De vez en cuando pasarían una velada ociosa delante del televisor.

Nick consideró que era una señal de su compromiso no haber puesto el sexo en lo más alto de la lista.

Sintiéndose el rey del mundo, salió al ajetreo y el ruido de Times Square y decidió emplear parte del cambio que llevaba para echar una partida en una máquina recreativa.

El local era estrepitoso, y por detrás de los sonidos de las máquinas se oía música fuerte. Aunque había echado de menos la libertad de entrar en uno de esos locales cuando le apetecía, tuvo que reconocer que resultaba placentero poder gastar dinero que había ganado con su trabajo.

No experimentaba ninguna vaga sensación de culpabilidad. Tal vez no dispusiera de la compañía de la banda, pero tampoco se sentía tan solo como había imaginado.

No era algo que fuera a reconocer en voz alta, pero empezaba a gustarle trabajar en la cocina con Río. El enorme cocinero abundaba en historias, muchas sobre Zack. Cuando las escuchaba, Nick casi sentía como si hubiera sido parte de ellas.

«Desde luego, no es así», se recordó. Era imposible que pudiera explicar lo desgraciado que se había sentido cuando Zack se alistó. Había vuelto a no tener a nadie. Suponía que su madre lo había intentado, pero ella siempre había sido más sombra que sustancia en su vida.

Había agotado toda su energía el llevar comida a la mesa y ropa sobre los hombros de su hijo. Quedaba poco de ella cuando concluía con esa tarea.

Entonces había aparecido Zack.

Aún podía recordar la primera vez que había visto a su hermanastro. En la cocina del bar. Zack había estado sentado en la encimera, devorando patatas fritas. Era alto y de pelo oscuro, con una sonrisa fácil y un estilo de generosidad casual. En cuanto Nick hizo acopio de valor para seguirlo por todas partes, Zack no había intentado desprenderse de él.

Fue él quien lo había llevado por primera vez a un local de máquinas recreativas, subiéndolo a una para enseñarle cómo jugar.

Fue Zack quien lo había conducido al desfile de Macy. Zack quien con paciencia le había enseñado a atarse los zapatos. Zack quien lo castigó cuando había salido en medio del tráfico en busca de una pelota.

Y fue Zack quien apenas un año más tarde lo había dejado con una madre enferma y un padrastro dictatorial. Las postales y los regalos no habían llenado el vacío.

«Puede que ahora quiera compensarme», pensó con un encogimiento de hombros, luego maldijo cuando se le escapó la bola. Y tal vez, en lo más hondo, Nick quería dejarlo.

-Eh, LeBeck -la palmada en el hombro a punto estuvo de hacerle perder la siguiente bola-. ¿Dónde te has estado escondiendo?

-He estado por ahí -miró rápidamente a Cash antes de concentrarse en el juego. Se preguntó si el otro haría algún comentario porque no llevara la cazadora de los Cobras.

-¿Sí? Pensé que habías desaparecido -como siempre, Cash se apoyó en la máquina, apreciando la destreza de Nick-. No has perdido tu toque.

-Tengo unas manos estupendas. Pregúntaselo a las nenas.

Cash bufó y encendió un cigarrillo usado. El último. Como Reece había sacado menos de diez centavos por dólar de la mercancía robada, hacía tiempo que había gastado su parte.

-Tío, en cuanto las nenas ven esa cara fea, no tienes oportunidad de usar las manos.

-Confundes tu culo con mi cara -Nick se echó para atrás, satisfecho con la puntuación y la partida gratuita que había conseguido-. ¿Quieres jugarla?

-Claro -después de situarse detrás de la máquina, se dedicó a manejar los mandos-. ¿Sigues con tu hermanastro?

-Sí, quedan unas semanas más antes de volver al tribunal.

Cash perdió la primera bola y liberó otra.

-Te tocó una mala, Nick, hablo en serio, tío. Me siento mal por el modo en que terminó.

-Sí.

-No, tío, en serio -en su sinceridad, Cash perdió rastro de la bola y dejó que se perdiera-. La fastidiamos, y todo recayó en ti.

Levemente aplacado, Nick se encogió de hombros.

-Puedo manejarlo.

-Pero aun así, apesta. Aunque no debe ser tan malo trabajar en un bar. Un montón de jugo, ¿eh?

Nick sonrió. No iba a reconocer que en las últimas tres semanas solo había bebido tres cervezas. Y como Zack se enterara de eso, se lo haría pagar.

-Así es, hermano.

-Imagino que el lugar va bien, ¿verdad? Quiero decir, es popular y todo eso.

-Va bien.

-Debe de haber un montón de tías sexys entrando en busca de acción.

El bar de barrio funcionaba más con trabajadores y sus familias, pero Nick le siguió la corriente.

-Está a rebosar. Tienes mucho donde elegir.

Cash río a pesar de haber fastidiado la última bola.

-¿Quieres que echemos una doble?

-¿Por qué no? -Nick sacó más fichas del bolsillo-. ¿Qué pasa con la banda?

-Lo de siempre. El viejo de T.J. lo ha echado de casa, así que se queda conmigo. El desgraciado ronca como un martillo neumático.

-Tío, vaya si lo sé. El verano pasado compartí con él unas noches.

-Un par de Hombres cruzó a nuestro territorio. Los manejamos.

Nick sabía que eso significaba puños, tal vez cadenas y botellas. De vez en cuando alguna navaja. «Es extraño», pensó, «pero me parece distante, muy distante e inútil».

-Sí, bueno... -fue lo único que se le ocurrió decir. -Algunos nunca aprenden, ¿sabes? ¿Tienes un cigarrillo? Estoy sin blanca.

-Sí, en el bolsillo superior -consiguió diez mil puntos más mientras Cash lo encendía.

-Eh, tengo un contacto en un local de desnudos en la parte baja de la ciudad. Podría hacerte entrar.

-¿Sí? -repuso distraído mientras hacía rebotar la bola.

-Claro. Me gustaría compensarte por lo de la otra vez. Quizá pase a buscarte una de estas noches. -Olvídalo.

-No, tío, en serio. Las copas corren de mi cuenta. No me digas que el escurridizo LeBeck no puede escabullirse.

-Puedo salir cuando me apetece. Simplemente dejo la cocina.

-¿Por la parte de atrás?

-Sí. Por lo general, Zack está demasiado ocupado en el bar hasta las tres. Las dos los domingos. Puedo saltarme a Río cuando me apetece, o irme por la salida de incendios.

-¿Tienes una casa arriba?

-Mmm... Tu bola.

Al cambiar la posición, Cash siguió interrogándolo, como con indiferencia. El dinero se hallaba en una caja fuerte en el despacho. El negocio casi siempre tenía su punto más álgido los miércoles a la una. Había tres entradas. La puerta delantera, la trasera y por las escaleras del apartamento.

Después de que Nick le ganara tres juegos seguidos, Cash disponía de todo lo que necesitaba. Se disculpó y salió para ir a encontrarse con Reece.

No le sentó bien engañar a Nick. Pero él era un Cobra.

Zack salió de la ducha, agradecido porque la interminable tarde hubiera terminado. No le importaba el papeleo, ya que lo aceptaba como un mal necesario.

Había realizado sus pedidos, pagado facturas y justificado gastos. El negocio marchaba bastante bien.

Daba la impresión de que al fin había salido del agujero que habían cavado la enfermedad de su padre y los gastos resultantes. Pagar el préstamo que había solicitado para cubrir los actos de Nick le ajustaría un poco el cinturón, pero dentro de otro año podría hacer algo más que mirar barcos en los catálogos.

Se preguntó qué le parecería a Rachel tomarse un mes libre para navegar hasta el Caribe. Le gustaba imaginarla tumbada sobre la cubierta lustrosa, con solo una excusa de bikini encima.

Con una toalla alrededor de las caderas, fue al dormitorio para vestirse. Esperaba que la cena del domingo en la casa de los Stanislaski ayudara a bajar un poco más las defensas de su hermano. Siempre que Rachel hablaba de su familia, pensaba en lo que ellos, Nick, se habían perdido.

Todo lo que necesitaba el muchacho era un poco de tiempo para ver cómo podrían ser las cosas. Ya había transcurrido la mitad del que le había concedido el tribunal, y aparte de algunos roces, las cosas habían ido bastante bien.

Mientras se ponía unos vaqueros pensó que debía agradecerse a Rachel. En realidad, tenía que agradecerle muchas cosas. No solo le había brindado una segunda oportunidad con Nick, sino que había añadido algo increíble a su vida. Algo que jamás había experimentado tener. Algo que...

Suspiró y se dijo que no debía ser idiota. «Ve poco a poco, igual que ella. Rachel, quiere mantener la relación simple, y tú también».

Sería mejor que no lo olvidara.

-¿Una cita? -fingiendo desinterés, Nick se apoyó en el marco.

-¿Eh? Sí, supongo que se podría considerar así -se alisó el pelo mojado, provocando que cayeran unas gotas de agua-. No sabía que habías vuelto.

-Entro a trabajar a las seis -por motivos que Nick no pudo entender, lo invadió el recuerdo de las ocasiones en que se había quedado en la puerta del cuarto de baño mientras observaba a Zack afeitarse-. Río tiene el especial de estofado para esta noche. Es una pena que vayas a perdértelo.

-Come mi parte o Río me lo servirá para el desayuno -recogió una camisa.

Nick sonrió, luego recordó cuál debía ser su actitud e hizo una mueca.

-Le consientes muchas cosas.

-Es más grande que yo.

-Sí, es verdad.

Se abotonó la camisa mientras observaba a Nick a través del espejo.

-Le gusta pensar que cuida de mí. No me cuesta nada dejar que lo crea. ¿Te ha contado alguna vez cómo se hizo esa cicatriz en la cara?

-Dijo algo sobre una botella rota y un marine borracho.

-El marine borracho iba por mi cuello con aquella botella rota. Río se interpuso en su camino. Tal como yo lo veo, a Río le debo mucho más que soportar sus cuidados -sonrió y se metió la camisa por dentro de los pantalones-. Y a ti se te paga para que lo soportes.

-El está bien -le habría gustado preguntar más, como por qué un marine borracho quería rebanarle el cuello, pero temió que Zack no le contestara-. Escucha, si tienes suerte esta noche, no te preocupes por regresar.

Zack detuvo los dedos en el botón de la cintura. Se preguntó qué pensaría Rachel por el modo en que su hermano había elegido plantear la frase.

-Gracias por pensar en ello, pero estaré en casa.

-Para comprobar si estoy en la cama -musitó Nick.

-Llámallo como quieras -espetó Zack, luego contuvo un juramento. Lloviera o tronara, iban a concluir una conversación sin levantar las voces-. Escucha, no pienso que vayas a escaparte por la ventana. Diablos, podrías hacerlo mientras yo estuviera aquí. Es posible que la dama no quiera compañía esta noche.

Aplacado, Nick enganchó los dedos pulgares en los bolsillos.

-No te enseñaron gran cosa en la marina, ¿verdad, hermano?

En un viejo gesto que ambos casi habían olvidado, Zack frotó los nudillos sobre la cabeza de Nick.

-Bésame el culo -con la chaqueta colgada del hombro, se dirigió hacia la salida-. Y no me esperes. Me siento con suerte.

Mucho después de que la puerta se cerrara, Nick seguía sonriendo.

Rachel abría la puerta exterior cuando Zack se acercó por detrás.

-Buena sincronización -comentó, dándole un beso en la nuca.

-Puede que para ti. Todo se ha desbocado hoy. Esperaba volver para darme un baño antes de que tú llegaras.

-¿Quieres darte un baño? -en cuanto entraron en el ascensor, la pegó a la pared-. Adelante. Te frotaré la espalda.

Cuando la besó, le dolió en alguna parte honda, recordándole lo mucho que había deseado estar otra vez con él.

-Hueles bien.

-Debe ser por esto -sacó un ramo de rosas de la espalda.

El corazón de Rachel quiso rendirse, pero se resistió.

-¿Otro soborno?

-Un tipo las vendía a un par de manzanas de aquí. Daba la impresión de que no le irían mal unos pavos.

-Eres un blando -le entregó las llaves para que pudiera abrir la puerta y ella seguir oliendo las flores.

-Puedes quedártelas.

-Te costarán -después de cerrar la puerta con el pie, dejó el maletín en el suelo y las rosas en una mesa-. Paga, Muldoon -exigió, rodeándolo con los brazos.

Había tanto júbilo. También calor. Y el dulce y punzante aguijonazo de la necesidad. Pero el júbilo era tan inesperado, tan rápido y pleno, que Rachel rio sobre su boca mientras Zack la hacía dar vueltas.

-Te he echado de menos -él siguió sosteniéndola a centímetros del suelo.

-¿Sí? -con las manos unidas detrás del cuello de él, sonrió-. Quizá yo también te eché de menos. Un poco. ¿Cuánto tiempo me vas a sostener aquí arriba?

-Así puedo mirarte a los ojos. Eres hermosa, Rachel.

El modo en que se lo dijo le provocó un nudo en la garganta.

-No es necesario que me ablandes.

-No sé cómo decirte cuánto... excepto que a veces, cuando te miro, recuerdo cómo es el mar momentos antes del amanecer, cuando todo ese color se vierte desde el cielo. Durante unos pocos minutos, todo es tan vívido, tan... no sé, especial. Cuando te miro, es así.

Los ojos de ella se habían oscurecido con una emoción que no podía empezar a analizar. Solo pudo apoyar la mejilla contra la de él.

-Zack -el nombre fue un suspiro, y supo que lloraría en cualquier momento si no aligeraba la atmósfera-. Rosas y poesía, todo en un día. No sé qué decir.

Complacido, él hundió la cara en su cabello.

-Es un principio.

-No vamos a ponernos...

-Sentimentales -rió-. ¿Nosotros? ¿Bromeas? -pero cuando la dejó en el sofá, siguió acunándola en el regazo-. Deja que vea el hematoma.

-No es nada -repuso cuando él le ladeó la cabeza para una inspección más detallada-. Lo peor es que se corrió la voz y tuve que recibir un montón de simpatía y consejos. Si esos polis hubieran mantenido las bocas cerradas, podría haber dicho que me había golpeado contra una puerta.

-Quítate la chaqueta y el jersey.

-Eres tan romántico, Muldoon -enarcó una ceja.

-Corta. Quiero verte el cuello.

-Está bien.

-Razón por la que llevas un jersey que te llega hasta el mentón.

-Está de moda.

-Quítatelo, nena, o tendré que hacerlo por ti.

-Ah, amenazando a una funcionaria pública -se le iluminaron los ojos. Después de descalzarse, alzó la barbilla-. Inténtalo, campeón. Veamos lo duro que eres.

No se resistió mucho, pero la lucha inicial bastó para excitarlos a los dos. Cuando la tuvo inmovilizada en el sofá, con los brazos por encima de la cabeza y las muñecas sujetas en una de sus manos, los dos respiraban con dificultad.

-He sido delicada contigo -le dijo. -Ya lo he notado.

La chaqueta de Rachel se hallaba en el suelo. Con una sonrisa, Zack comenzó a subir poco a poco el jersey, dejando que sus dedos rozaran la tela sedosa que había debajo. Ella respiró agitadamente.

-Ese no es mi cuello -logró decir cuando la mano de él le tomó un pecho.

-Es una simple comprobación -sin dejar de mirarla, jugueteó con el pezón hasta que respondió con dureza-. Eres rápida al contacto, Rachel.

«Al tuyo», pensó, temblando. «Solo al tuyo».

Despacio, decidido a saborear cada momento, le quitó el jersey. Para ello le soltó las muñecas, aunque luego volvió a sujetárselas.

-Zack.

Él no hizo caso del forcejeo de Rachel.

-Es mi turno al timón -musitó-. En una ocasión te dije que quería volverte loca. ¿Lo recuerdas?

Ya lo estaba haciendo.

-Quiero tocarte.

-Lo harás -primero pasó la yema de un dedo por el cuello, estudiando con cuidado los moretones. Empezaban a ponerse amarillos.

-No quiero volver a ver que te hacen daño -con gentileza, bajó la cabeza para dejar un rastro de besos sobre las marcas-. Nunca más.

-No me duele -las pulsaciones se le dispararon bajo los labios de él-. No necesito que me seduzcas.

-Sí lo necesitas. Pero te da miedo, lo cual hace que la idea me resulte irresistible. Vas a tener que confiar en mí -se movió para poder bajarle la cremallera de la falda y quitársela-. He de llevarte a algunos lugares -bajó la boca a los labios de ella, para

frotarlos y mordisquearlos-. Lugares extraños y maravillosos -luego se sumergió en ellos.

El viaje no fue sereno, pero a Rachel no le quedó más elección que ir allí adonde él la llevó. Esa ansiedad de placer, esa inmediatez de la necesidad, era tan nueva que aún no tenía defensas. La mano de Zack la recorrió, demorándose aquí, explorando allí, mientras le devoraba la boca con un hambre implacable.

«No hay salida», pensó con desesperación a medida que él la acercaba dolorosamente a la primera y tumultuosa liberación. Estaba atrapada en él, perdida por completo en un laberinto enmarañado de sensaciones. Se retorció bajo su mano, demasiado inmersa en sus propias necesidades como para comprender lo deliciosamente libertinos que resultaban sus movimientos.

-La última vez no tuve tiempo de apreciar esto -pasó el dedo por la media hasta llevarlo al ligero blanco. Sabía que para ella era una prenda práctica. A él le parecía erótica.

Con un giro experto de los dedos que provocó un gemido en ella, soltó una media, luego la otra, antes de atormentarlos a ambos al quitárselas poco a poco.

Tuvo que arrodillarse en el suelo para probar sus pantorrillas, la parte de atrás de sus rodillas, la gloriosa piel satinada de sus muslos. Rachel emitió un grito cuando él deslizó la lengua por debajo de sus braguitas para probar la piel ardiente y sensible. Luchando con la impaciencia, Zack se las quitó con el fin de brindarse la libertad para probarla más.

Cuando la primera oleada la engulló, se tensó como un arco y recurrió al ucraniano en el momento en que la sacudieron los últimos temblores. Libre, las manos tantearon buscándolo hasta que luchó con su ropa para desnudarlo. Se pegó a él y lo desequilibró para montar a horcajadas sobre su cuerpo.

-Ahora -fue lo único que dijo Zack, lo único que pudo decir, mientras le aferraba las caderas.

-De verdad que tenía intención de que saliéramos -comentó él mientras yacían enredados en el sofá.

-Apuesto que sí.

Zack sonrió al reconocer la somnolienta satisfacción en la voz de ella.

-De verdad. Podemos vestirnos e irnos.

Con risa contenida, ella pegó los labios al torso de él. El corazón aún le martilleaba.

-No vas a ninguna parte, Muldoon. No hasta que acabe contigo.

-Si insistes.

-Para eso está el teléfono. ¿Qué te parece un chino?

-Perfecto. ¿Quién va a levantarse para llamar?

Ella se movió por el placer de frotar la mejilla contra su piel.

-Lo echaremos a suertes.

El perdió y Rachel aprovechó el momento para darse una ducha rápida. Al salir del cuarto de baño, con el pelo húmedo y un albornoz blanco que la cubría hasta las rodillas, Zack estaba sirviendo unas copas de vino.

-Creo que me repito -comentó, ofreciéndole una-. Pero se te ve magnífica mojada.

Se había puesto los vaqueros, pero sin molestarse con la camisa. Rachel pasó un dedo por su torso.

-Podrías haberme acompañado.

-No habríamos oído el timbre de la comida.

Ella se dirigió a la cocina para sacar unos platos, luego los puso en la mesa junto a la ventana.

-Necesito reponer fuerzas. Hoy solo he podido comer una barra de chocolate -como la atmósfera parecía adecuada, encendió unas velas-. Nick pasó por la oficina.

-Oh.

-Ojalá hubiera tenido más tiempo... -observó cómo se encendía una vela-. Me sorprendió entre llamadas de teléfono y antes de una reunión con el fiscal.

-No es necesario que me des una explicación, Rachel.

Encendió otra cerilla.

-He de explicármelo a mí misma. Quería que fuéramos a almorzar y no pude evitarlo. Le hablé de la... situación.

-¿Del hecho de que te desea?

-Yo no lo pondría de esa manera -suspiró cuando sonó el telefonillo interior. Después de preguntar quién era, le abrió al chico del reparto del restaurante chino-. Simplemente ha confundido la gratitud y la amistad.

Zack la observó a la luz de las velas.

-Lo que tú digas.

Disgustada, regresó a la mesa y se sentó.

-Pagas tú, Muldoon.

El sacó la cartera. Tenía la factura y la propina listas cuando llamaron al timbre. Después de llevar tres bolsas a la mesa, extrajo los pequeños recipientes blancos. En unos momentos la atmósfera se llenó de aromas exóticos.

-¿Quieres contarme el resto?

-Bueno... -enroscó unos fideos en los palos-. Comencé exponiéndole nuestra diferencia de edades. Mmm... -masticó con gusto-. No lo aceptó. Expuso

un argumento muy convincente, y como no fui capaz de contrarrestarlo, cambié de táctica.

-Te he visto en el tribunal -le recordó.

-Le expliqué la ética de que fuera su tutora y cómo no era posible para nosotros ir más allá de esos términos -pensativa, recogió un poco de cerdo agri dulce-. Dio la impresión de que entendía eso.

-Bien.

-Eso pensé yo. Quiero decir, estuvo de acuerdo conmigo. Se mostró muy maduro al respecto. Entonces, cuando se iba, comentó que no le resultaría duro esperar cinco semanas más.

Zack guardó unos momentos de silencio. Luego, con una risa contenida, alzó la copa de vino.

-Hay que reconocerle mérito al chico.

-Zack, esto es serio.

-Lo sé. Lo sé. Es difícil para nosotros dos, pero debes admirar el modo en que utilizó tu argumento.

-¿No conoces a alguna adolescente bonita que pudieras desviar en su dirección?

-Lola tiene una -repuso tras meditarlo-. Creo que de dieciséis años.

-¿Lola tiene a una hija adolescente?

-A tres. Le gusta decir que empezó joven para poder relajarse antes de cumplir los cuarenta. La tantearé.

-No estará de más. Yo volveré a intentarlo, aunque espero que el sentimiento pase dentro de una o dos semanas.

-No contaría con ello -alargó la mano y entrelazó los dedos con los suyos-. Permaneces en la mente de un hombre.

-¿Eso quiere decir que piensas en mí cuando preparas copas y coqueteas con los clientes?

-Jamás coqueteo con Pete.

Rachel río.

-Pensaba más en esas dos «nenas» que van por allí. La rubia y la pelirroja. Las que siempre piden unos cócteles.

-Eres observadora, abogada.

-La pelirroja no aparta sus enormes ojos verdes de ti.

-Son azules.

-¡Ajá!

Zack movió la cabeza, asombrado de haber caído con tanta facilidad en la trampa.

-Es bueno conocer a tus clientes. Además, me gustan los ojos castaños, en especial cuando tienden al dorado.

Dejó que la besara levemente en los labios.

-Es demasiado tarde -con las cabezas próximas, Rachel volvió a reír-. No pasa nada, Muldoon. Siempre puedo pedirle a Río el cuchillo para la carne si te fijas en algo más que en sus ojos.

-Entonces me encuentro a salvo. Nunca le he prestado atención a esas coquetas pecas que tiene en la nariz. Ni a ese hoyuelo sexy en el mentón.

-Baja algo más -dijo con los ojos entrecerrados-, y te verás en aguas profundas.

-No pasa nada. Soy buen nadador.

Horas más tarde, cuando Zack se metió en una cama fría y vacía, entró en calor pensando en la velada. Había sido agradable reír mientras cenaban y charlaban a la luz de las velas. No de Nick ni del trabajo, sino de una docena de cosas distintas.

Luego habían vuelto a hacer el amor, despacio, dulcemente, mientras la noche crecía a su alrededor.

Había tenido que dejarla. Tenía responsabilidades. Pero mientras preparaba el cuerpo para el sueño, dejó que su mente vagara, imaginando cómo podría ser.

Despertar con ella. Sentirla estirarse a su lado al sonar el despertador. Observarla. Sonreír mientras se vestía por el apartamento, preparándose para el trabajo.

Ella luciría uno de esos trajes ceñidos mientras en la cocina compartían café y hablaban de los planes para el día.

Cuando él pudiera, se escabulliría del trabajo para poder acompañarla de regreso por las noches. Cuando no pudiera, anhelaría verla atravesar la puerta, sentarse en un taburete ante la barra, donde comería el chile de Río y coquetearía con él.

Luego irían juntos a casa.

Un fin de semana soleado navegarían juntos. Le enseñaría cómo llevar el timón. Se deslizarían sobre las aguas azules, con las velas hinchadas...

Las olas eran altas como montañas y golpeaban con fuerza el barco. El rugido del viento era como el aullido de mil mujeres. Enterrando un temor que sabía que podía ser tan destructivo como la tormenta, alcanzó la cubierta, aferrándose a una barandilla resbaladiza mientras gritaba órdenes.

La lluvia le azotaba la cara como un látigo, cegándolo-. Los ojos enrojecidos le escocían por el agua salada. Sabía que el bote estaba ahí afuera, el radar lo había detectado, pero lo único que podía ver era una pared tras otra de agua mortal.

La siguiente ola anegó la cubierta, queriendo succionarlo. El relámpago atravesó el cielo como una bala el cristal. El barco se escoró. Vio al marinero trastabillar, oyó el grito cuando sus manos se agitaron en la cubierta en busca de un asidero. Zack saltó, agarrando una manga, luego una muñeca. Un cabo. Por amor del cielo, traedme un cabo. Arrastraba el peso muerto de vuelta desde la barandilla.

Viento y agua. Viento y agua.

En el destello de un relámpago pudo ver la embarcación. Bajar el cabo remolcador. Asegurarlo. A la luz de la tormenta pudo ver tres figuras. Se habían atado... un hombre al timón, una mujer detrás de él, una joven en el mástil.

Luchaban con valor, pero un barco de cuarenta pies no era rival para la furia de un huracán en alta mar. Era imposible enviar una lancha. Tenía que esperar que uno de ellos pudiera mantener firme el bote mientras otro aseguraba el cabo.

A través de la tormenta se transmitieron instrucciones con destellos de luz.

Sucedió deprisa. La lanza de un rayo destruyó el mástil, que cayó como un árbol bajo un hacha. Horrorizado, vio cómo la joven era arrastrada con él hacia las aguas remolineantes.

No había tiempo para pensar. El instinto hizo que Zack agarrara un flotador y se lanzara a la cara de la tormenta. Cayó y cayó interminablemente mientras la fuerza del viento sacudía su cuerpo como un dado en la mano de un jugador. Negrura absoluta, luego el resplandor blanco del relámpago. Golpear un muro de agua que parecía de piedra y que se cerró de manera implacable sobre su cabeza. Como la muerte.

Despertó luchando por aire y ahogándose en el agua de pesadilla. El sudor había penetrado a través de las sábanas, haciéndolo temblar por el frío. Con un gemido, echó la cabeza atrás y aguardó que pasara la primera oleada de náusea.

La habitación se ladeó una vez cuando se puso de pie. Por experiencia pasada sabía que debía cerrar los ojos hasta que volviera a enderezarse. Moviéndose en la oscuridad, fue al cuarto de baño para eliminar el sudor frío de la cara.

-Eh, ¿estás bien? -preguntó Nick desde la puerta-. ¿Estás enfermo?

-No -ahuecó una mano bajo el grifo para recoger agua suficiente con la que mitigar su garganta seca-. Vuelve a la cama.

Nick titubeó, estudiando el rostro de Zack.

-Pareces enfermo.

-Maldita sea, he dicho que estoy bien. Lárgate.

Los ojos de Nick se oscurecieron con ira dolida antes de dar media vuelta.

-Eh, aguarda. Lo siento -Zack soltó el aire contenido-. Una pesadilla. Me pone de mal humor.

-¿Has tenido una pesadilla?

-Es lo que he dicho -avergonzado, recogió una toalla para secarse.

A Nick le costaba imaginarse al grande y duro de Zack sufriendo una pesadilla, o cualquier otra cosa que lo hiciera sudar y palidecer.

-Mmm... ¿quieres una copa?

-Sí -más firme ya, bajó la toalla-. En la cocina hay un poco del whisky añejo -momentos después, lo siguió. Se sentó en el apoyabrazos de un sillón mientras Nick servía tres dedos de whisky en una copa. Lo aceptó, bebió y luego siseó-: No sé cómo le quedaba hígado al final.

Nick deseó haberse puesto unos pantalones encima de los calzoncillos. De esa manera habría tenido bolsillos en los que meter las manos.

-Creo que cuando empezó a olvidar cosas, lo ayudaba echarle la culpa al whisky en vez de al... ya sabes.

-Al Alzheimer. Sí -Zack bebió otro trago, lo dejó reposar sobre la lengua un momento para que su garganta pudiera hacerse a la idea.

-Te oí agitarte. Debió de ser duro.

-Bastante -juguetó con la copa y observó el movimiento del whisky-. Un huracán. Muy jodido -echó la cabeza atrás y dejó que se le cerraran los ojos-. Han pasado casi tres años, y aún no he conseguido quitármelo de encima.

-¿Quieres...? -Nick calló-. Eso debería ayudarte a dormir.

Zack sabía lo que Nick había querido preguntar. Y sí quería. Quizá fuera mejor para los dos si lo hablaban.

-Estábamos en las afueras de las Bermudas cuando recibimos la llamada de socorro. Éramos el barco más próximo y el capitán tuvo que elegir. Dimos media vuelta para adentrarnos en el huracán. Tres civiles en un barco de placer. Se habían desviado de curso y no habían conseguido regresar a la costa antes de que estallara la tormenta.

Sin decir nada, Nick se sentó en el apoyabrazos del sofá para quedar frente a su hermano.

-Vientos de setenta y cinco nudos, y el mar... debía haber olas de doce metros. He experimentado un huracán en tierra. Es duro, muy duro, pero no se parece en nada a cuando aparece en alta mar. No sabes lo que es estar asustado hasta que ves y oyes algo parecido. El teniente sufrió un golpe en la cabeza que lo dejó fuera de combate. Estuvimos a punto de perder a parte de la tripulación. A veces reinaba una negrura que no te permitía ver tus propias manos... pero podías ver el agua elevarse. Luego golpeaba el relámpago y te cegaba.

-¿Cómo se suponía que ibais a encontrarlos en semejantes condiciones?

-Los teníamos en el radar. El contramaestre podría haber introducido aquel barco en la rendija del amanecer. Era bueno. Los avistamos, a treinta grados a estribor. Habían atado a la pequeña al mástil principal. El hombre y la mujer luchaban por mantener la embarcación a flote, pero les entraba agua con demasiada rapidez. Teníamos tiempo. Recuerdo pensar que podríamos conseguirlo. Pero entonces el mástil se rompió. Me pareció oír gritar a la niña, pero probablemente era el viento, porque se hundió con bastante rapidez. Y yo me lancé al agua.

-¿Te lanzaste al agua? -repitió Nick con los ojos muy abiertos.

-Me tiré por la borda antes de pensarlo. No pretendía ser un héroe, simplemente no pensé. Créeme, si lo hubiera hecho... -calló, luego se tragó el resto del whisky-. Fue como saltar de un rascacielos. Piensas que nunca vas a dejar de caer. Di vueltas una eternidad, tuve tiempo de comprender que acababa de suicidarme. Fue una estupidez... si el viento hubiera soplado en dirección contraria, me habría aplastado contra el costado del barco. Pero tuve suerte y me llevó hacia el otro barco. Entonces toqué fondo. Dios, fue como golpear contra cemento.

No había sabido hasta después que se había roto la clavícula y dislocado el hombro izquierdo.

-No podía orientarme. El agua no dejaba de sacudirme de un lado a otro, succionándome. Había tanta oscuridad que el foco apenas lograba iluminar algo. Ahí estaba yo, ahogándome, y ni siquiera recordaba qué hacía. Fue pura suerte que encontrara el mástil. La pequeña estaba enmarañada en el cabo. No sé cuántas veces nos sumergimos mientras intentaba soltarla. Tenía las manos embotadas y trabajaba a ciegas. Entonces lo conseguí y logré pasarle el flotador. Dijeron que aseguré el cabo de remolque, pero no lo recuerdo. Solo recuerdo aferrarme a ella y esperar que la siguiente ola acabara con nosotros. Lo siguiente que sé es que desperté en la enfermería. La niña estaba allí sentada, envuelta en una manta y sosteniéndome la mano -sonrió. Ayudaba pensar en esa parte. Solo en esa parte-. Era una pequeña dura.

-Le salvaste la vida.

-Tal vez. Los primeros meses saltaba de esa cubierta cada vez que cerraba los ojos. Ahora solo lo hago una o dos veces al año. Todavía me asusta hasta la médula.

-Pensaba que no te asustaba nada.

-Muchas cosas lo hacen -musitó mirando a su hermano a los ojos-. Durante un tiempo me dio miedo no ser capaz de permanecer en la cubierta y volver a observar el

agua. Me daba miedo regresar aquí, sabiendo que una vez que lo hiciera, toda mi vida iba a cambiar. Y me da miedo terminar como el viejo, enfermo, débil y consumido. Supongo que me asusta que dentro de unas semanas salgas por esa puerta, sintiendo por mí lo mismo que sentías al entrar.

Nick fue el primero en romper el contacto visual, mirando por encima del hombro de Zack hacia la pared a oscuras.

-No sé cómo me siento. Regresaste porque tenías que hacerlo. Yo me quedé porque no había otra parte a la que ir.

Era imposible cuestionar la verdad. Para Zack, Nick lo había resumido a la perfección.

-Nunca antes lo habíamos intentado.

-No te quedaste mucho tiempo.

-No lograba llevarme bien con el viejo...

-Eras el único que le importaba -soltó Nick-. Todos los días tenía que oír lo grande que eras, cómo te estabas labrando un futuro. Que eras un héroe. Y cómo yo no era nada -se contuvo y se tragó la necesidad-. Pero no pasa nada. Tú eras de su sangre y yo algo que le cayó encima cuando mi madre murió.

-No sentía eso. No -recalcó Zack-. Por el amor de Dios, Nick, cuando yo vivía con él, jamás estaba satisfecho conmigo. Yo estaba aquí y mi madre no. Eso bastaba para hacerlo desgraciado cada vez que me miraba. Diablos, él no pretendía que fuera de esa manera -cerró los ojos y no vio la expresión de sorpresa que pasó por la cara de Nick-. Simplemente era así. Tardé años en darme cuenta de que me atosigaba porque era el único modo que sabía de ser padre. Contigo hizo lo mismo.

-No era mi... -pero calló.

-Al final, preguntaba por ti. De verdad quería verte, Nick. La mayoría de las veces que despertaba de esa forma, pensaba que aún eras un niño pequeño. Y a veces, en realidad casi siempre, nos confundía a los dos. Entonces me gritaba por los dos -comentó con una sonrisa que Nick no devolvió-. No te culpo por mantenerte alejado o por echarle en cara todos esos años de críticas y quejas. Para él ya era demasiado tarde, Nick. No tiene que serlo para ti.

-¿Y a ti qué te importa?

-Eres toda la familia que tengo -se levantó y apoyó una mano en el hombro de Nick; se relajó cuando no se la apartó-. Tal vez, ¿quién sabe?, eres toda la familia que jamás he tenido. No quiero perder eso.

-No sé cómo ser familia -murmuró Nick.

-Yo tampoco. Quizá podamos deducirlo juntos. Nick alzó la vista y luego desvió los ojos.

-Quizá. De todos modos, seremos compañía las próximas semanas.

«De momento, con esto ha de bastar», pensó Zack al tiempo que apretaba el hombro de su hermano.

-Gracias por la copa. Hazme un favor y no le menciones a nadie lo de la pesadilla.

-Bien -observó cómo se dirigía al dormitorio-. ¿Zack?

-Sí.

No sabía qué quería decir... solo que se sentía bien.

-Nada. Buenas noches.

-Buenas noches -Zack se metió en la cama con un suspiro, convencido de que iba a dormir como un bebé.

Algo había cambiado. Rachel no sabía qué, pero al ir a Brooklyn sentada entre Zack y Nick en el metro, supo que había algo entre ellos. Algo diferente.

Le provocaba un hormigueo. Hacía que se preguntara si había cometido un error al llevar a la casa de sus padres los problemas de los hombres que la flanqueaban.

«Y también mi problema», reconoció. Después de todo, no podía negar que los dos le importaban más de lo que podía considerarse profesional. Sentía una afinidad con Nick, suponía que atribuible al síndrome del hermano menor. Y encima, le había dicho la verdad a Zack al confesarle que tenía debilidad por los chicos malos.

Quería hacer más por Nick LeBeck que ayudarlo a mantenerse fuera de la cárcel.

En cuanto a su hermano mayor, hacía tiempo que con él había traspasado todos los límites profesionales. Sentada a su lado en el vagón, pensó en la última

vez que habían estado juntos a solas. No requirió esfuerzo alguno imaginar cómo sería la próxima vez que pudieran disponer de unas pocas horas.

Pensó que su madre iba a percibirlo. Nada le pasaba por alto a Nadia Stanislaski cuando se trataba de sus hijos. Se preguntó qué pensaría su madre de él.

Llegó a la conclusión de que para dos personas que habían jurado no complicar las cosas, habían hecho un pobre trabajo. Había estado muy convencida de que podría mantener sus prioridades enfocadas, aceptar los aspectos físicos de una relación con un hombre que le gustaba y al que respetaba sin analizar el espinoso tema de lo que pasaría a continuación.

Pero pensaba demasiado en Zack, ya se consideraba como parte de una pareja, cuando siempre había estado satisfecha de ir por libre. En ese momento, cuando se imaginaba avanzando sin él, el cuadro le resultaba aburrido y sin vida.

Se recordó que era su problema. Después de todo, habían hecho un pacto, y ella jamás se retractaba de la palabra dada. Era algo a lo que tendría que enfrentarse cuando llegara el momento. Mucho más inmediata era la creciente sensación de que la relación de los hombres que tenía a los lados había tomado un giro rápido sin que ella lo notara.

Para contrarrestarlo, mantuvo una conversación constante hasta que llegaron a su parada.

-Está solo a unas manzanas -comentó, echándose el pelo hacia atrás cuando un vivo viento otoñal remolineó a su alrededor-. Espero que no os importe caminar.

-Creo que podremos sobrellevarlo -repuso Zack con una ceja enarcada-. Pareces nerviosa, Rachel. ¿No lo crees, Nick?

-Bastante agitada.

-Eso es ridículo -caminó con el viento de cara y los dos la flanquearon.

-Probablemente se debe a la idea de tener a un delincuente compartiendo la cena del domingo -comentó Zack-. Ahora va a tener que contar la cubertería.

Conmocionada por el comentario, fue a responder, pero Nick bufó y contestó por sí mismo:

-Si quieres saberlo, le preocupa haber invitado a un marinero irlandés. Tiene miedo de que se acabe todo el alcohol y comience una refriega.

-Aguanto la bebida, amigo. Y no pienso pelear. A menos que sea con el poli.

-Del poli me encargo yo -indicó Nick.

Rachel comprendió que bromeaban como hermanos. Encantada, enlazó los brazos con los dos.

-Si alguno de vosotros se mete con Alex, tendréis una sorpresa. Es mucho más duro de lo que parece. Y lo único que me pone nerviosa es no recibir mi parte de la cena. Os he visto comer a los dos.

Rachel se preguntaba cómo controlar la súbita felicidad de su corazón cuando un coche se detuvo en la calle al lado de ellos.

-¡Eh! -llamó el conductor.

Rachel se acercó a saludar a su hermano y a la mujer de este. Se inclinó junto a la diminuta ventanilla del MG, besó a Mikhail y sonrió a su cuñada.

-¿Sigues manteniéndolo a raya, Sydney?

Relajada y elegante junto a su marido de aspecto indómito, Sydney sonrió.

-Desde luego. Las tareas difíciles son mi fuerte.

Mikhail pellizcó el muslo de su mujer y miró hacia la acera.

-¿Cuál es la historia?

-Son mis invitados -miró a Mikhail con una expresión de advertencia que sabía que estaba desperdiciada en su hermano antes de llamar a Nick y a Zack-. Venid a conocer a mi hermano y a su paciente esposa. Sydney, Mikhail, os presento a Zachary Muldoon y a Nicholas LeBeck.

Con los ojos ocultos detrás de unas gafas oscuras, Mikhail los inspeccionó con cuidado. Poseía una falta de fe fraternal en el juicio de su hermana.

-¿Cuál es el cliente?

-Hoy ambos son mis invitados.

Sydney se asomó al tiempo que clavaba el codo en las costillas de Mikhail.

-Encantada de conoceros a ambos. Os espera un manjar con la cocina de Nadia.

-Eso tengo entendido -Zack no apartó los ojos de Mikhail al responder y apoyó una mano en el hombro de Rachel.

Mikhail movió los dedos sobre el volante.

-¿Eres dueño de un bar?

-No, en realidad me dedico a la trata de blancas. Eso provocó una risita de Nick antes de que Rachel moviera la cabeza.

-Ve a aparcar.

Al regresar a la acera, Nick le sonrió a Rachel.

-Ahora comprendo lo que querías decir con eso de los hermanos mayores. Ser un incordio debe ir aparejado con el puesto.

-Responsabilidad -corrigió Zack-. Transmitimos el beneficio de nuestra experiencia.

-No -dijo Rachel-, sois entrometidos -sonriendo,

señaló en dirección al sonido de voces y risas. Mikhail y Sydney ya se hallaban ante la puerta de la casa, abrazando y siendo abrazados-. Aquí estamos -al divisar a Natasha, emitió un grito de placer y corrió escalones arriba.

Un poco más retrasado, Zack la observó abrazar a su hermana. Natasha era más delgada, de complexión más delicada, con unos profundos ojos castaños empañados de lágrimas y unos bucles azabache que caían por su espalda. El primer pensamiento de Zack fue que no podía tratarse de la madre de tres niños que Rachel le había descrito. Entonces un niño de unos seis o siete años se metió entre las mujeres y exigió atención.

-¡Dejáis entrar el frío! -gritó una voz masculina desde el interior de la casa-. No habéis nacido en un granero.

-Sí, papá -comentó con voz mansa, pero Rachel le guiñó un ojo a su sobrino al alzarlo para darle un beso-. Mi hermana, Natasha -continuó al permanecer en el umbral abierto-. Y mi novio, Brandon. Y -añadió cuando una pequeña fue a sujetarse a las piernas de Natasha-, Katie.

-Álzame tú -demandó Katie, centrándose en Nick-. ¿Vale? -ya había extendido los brazos y sonreído con coquetería.

Nick carraspeó y miró a Rachel en busca de ayuda. Al recibir únicamente una sonrisa y un encogimiento de hombros, se agachó incómodo.

-Claro. Supongo.

Experta en semejantes asuntos, Katie se acomodó en su cadera y pasó un brazo por su cuello.

-Disfruta con los hombres -explicó Natasha. Cuando su padre volvió a rugir, puso los ojos en blanco-. Pasad, por favor.

Zack quedó asombrado por los sonidos y los olores. «Un hogar», comprendió. Ese era un hogar. Y entrar le hizo darse cuenta de que jamás había tenido uno.

Aroma a jamón y a clavo y a limpia muebles, el choque de voces mezcladas. La alfombra de la escalera que conducía a la primera planta estaba gastada en los bordes, testimonio de docenas de pies que habían subido o bajado. Los muebles del salón abigarrado se hallaban aclarados por el sol y el tiempo, y en ese momento estaba lleno. Un piano lustroso se apoyaba contra una pared. Encima había una escultura de bronce. Reconoció los rostros de los hermanos de Rachel, con las mejillas pegadas, flanqueados por dos caras mayores y orgullosas que solo podían ser de sus padres.

Conocía poco de arte, pero entendió que representaba una unidad que no se podía romper.

-Traes a tus amigos para luego dejarlos en el frío -Yuri se encontraba sentado en un sillón, con un duende en los brazos grandes de trabajador que casi envolvían a la preciosa joven, que tenía cabello rubio de hada y ojos curiosos.

-Solo hace un poco de frío -Rachel se inclinó para besar a su padre, luego a la pequeña-. Freddie, cada vez que te veo estás más bonita.

Freddie sonrió y quiso aparentar que no miraba fijamente al joven de pelo rubio que sostenía a su hermana. Pero acababa de cumplir los trece años, y ante ella se abrían mundos nuevos.

Rachel realizó otra ronda de presentaciones.

Alexi, trae sidra caliente. Rachel, llévate los abrigos arriba. Mikhail, besa a tu mujer más tarde y ve a decirle a mamá que tenemos compañía.

Nick se sentía desesperadamente cohibido con una niña en la rodilla que no parecía tener prisa por bajar. Y la rubia Freddie no paraba de estudiarlo con unos solemnes ojos grises. Apartó la vista, deseando que apareciera la madre de la pequeña. Cualquier cosa. Katie se acomodó y comenzó a jugar con su pendiente.

-Bonito -dijo con una sonrisa tan dulce que él no pudo evitar responderle-. Yo también tengo pendientes. ¿Ves? -para exhibir sus diminutos aros de oro, giró la cabeza-. Soy la pequeña gitana de papá.

-Apuesto que sí -con gesto inconsciente, subió la mano para acariciarle el pelo-. Tienes un aire a tu tía Rachel.

-Yo puedo ocuparme de ella -Freddie había hecho acopio de valor para situarse junto al sofá y sonreírle a Nick-. Si te molesta.

El se encogió de hombros.

-Es guay -se esforzó por encontrar algo que decir. La niña era bonita como una muñeca de porcelana y tan ajena a él como el ucraniano de Rachel-. Eh... no te pareces mucho a tus hermanas.

La sonrisa de Freddie irradió calidez y su joven corazón de mujer se aceleró un poco. «Se ha fijado en mí».

-Técnicamente, mamá es mi madrastra. Tenía seis años cuando mi padre y ella se casaron.

-Oh -un familiar político. Eso era algo que Nick conocía-. Imagino que habrá sido un poco duro para ti.

Aunque se sintió desconcertada, Freddie siguió sonriendo. Después de todo, le hablaba a ella, y le parecía que se parecía a una estrella del rock.

-¿Por qué?

-Bueno, ya sabes... -se sintió intimidado bajo esa firme mirada gris-. Tener una madrastra... una familia política.

-No es más que una palabra -lanzada, se sentó en el apoyabrazos del sofá al lado de él-. Tenemos una casa en West Virginia... ahí es donde papá conoció a mamá. Él enseña en la universidad y ella es propietaria de una tienda de juguetes. ¿Has estado alguna vez en West Virginia?

Nick aún seguía perplejo por su respuesta. No es más que una palabra. Por el tono fácil de su voz pudo saber que la creía.

-¿Qué? Oh, no, nunca he estado allí.

Dentro de la cálida y aromática cocina, Rachel reía con su hermana.

-Es indudable que Katie sabe cómo atrapar a su hombre.

-Fue tierno cómo se ruborizó.

-Toma -Nadia puso un cuenco en las manos de su hija mayor-. Prepara galletas. El chico tiene buen ojo -le dijo a Rachel-. ¿Por qué está metido en problemas?

Rachel sonrió mientras echaba una mirada al repollo que hervía.

-Porque no tuvo padres que lo reprendieran.

-Y el mayor -continuó Nadia mientras abría la puerta del horno para comprobar el jamón-. También tiene buena vista. No te quita los ojos de encima.

-Es posible.

Después de apartar la mano de su hija, Nadia tapó otra vez la olla.

-A Alex no le hace mucha gracia. -A Alex no le hace gracia nada.

Natasha cortó un poco de mantequilla sobre el cuenco y sonrió.

-Creo que es más pertinente decir que Rachel no aparta la vista de él tanto como él no la aparta de ella.

-Muchas gracias -musitó Rachel.

-Una mujer que no mirara a semejante hombre necesitaría gafas -comentó Nadia, haciendo que sus hijas rieran.

Cuando la curiosidad de las dos abrumó a Rachel, abrió la puerta de la cocina y asomó la cabeza. Ahí estaba Sydney, sentada en el suelo entreteniendo a Brandon con unos coches de carrera. Los hombres formaban grupo y hablaban de fútbol. Freddie se hallaba sentada en el apoyabrazos del sofá, en las primeras fases de embobamiento por Nick. En cuanto a este, parecía haber olvidado su incomodidad y hacía saltar a Katie sobre su rodilla. Con una sonrisa, notó que Zack estaba enfrascado en el acalorado debate sobre el inminente partido.

Cuando la mesa estuvo puesta y crujía con el peso de las bandejas de comida, Zack ya había quedado fascinado por los Stanislaski. Discutían en voz alta pero sin la amargura que recordaba de sus propias confrontaciones con su padre. Descubrió que Mikhail era el artista que había realizado la escultura que había encima del piano. Sin embargo, con su padre hablaba de códigos de construcción, no de arte.

Natasha manejaba a sus hijos con mano diestra. A nadie parecía importarle que Brandon creara un gran alboroto al imitar el sonido de los coches de carrera o que Katie se subiera a todos los muebles. Pero cuando era hora de parar, lo hacían a una palabra de su madre o su padre.

Alex no parecía un poli tan duro al soportar las burlas de su familia acerca de su última amiga, una mujer que, según Mikhail, tenía el coeficiente intelectual del repollo que se servía en el plato.

-No me importa. De ese modo puedo pensar por ella.

Eso le ganó un bufido poco femenino de parte de Rachel.

-No sabría cómo manejar a una mujer con cerebro. -Un día una lo encontrará -predijo Nadia-. Como Sydney encontró a Mikhail.

-Ella no me encontró -Mikhail le pasó un cuenco con patatas calientes a su mujer-. Yo la encontré. Necesitaba un poco de pimienta en su vida.

-Si no recuerdo mal, tú necesitabas que alguien te quitara tu propensión a la seriedad.

-Siempre fue así -convino Yuri, agitando el tenedor-. Era un buen chico, pero... ¿Cuál es la palabra?

-¿Arrogante? -sugirió Sydney.

-Ah -satisfecho, Yuri se concentró en la comida-. Pero no es tan malo que un hombre sea arrogante.

-Eso es verdad -Nadia mantenía un ojo sobre Katie, mientras cortaba la carne de su plato-. Siempre y cuando tenga una mujer que sea más inteligente. No es tan difícil.

Una carcajada femenina y unas burlas masculinas hicieron que Katie juntara las manos encantada.

-Nicholas -dijo Nadia-, vas a ir a la universidad, ¿verdad?

-Ah. no, señora.

Ella lo instó a tomar unos bollos.

-De modo que sabes el trabajo que quieres.

-Yo... No exactamente.

-Es joven, Nadia -intervino Yuri desde el otro extremo de la mesa-. Dispone de tiempo para decidir. Eres flaco -frunció los labios al estudiar a Nick-. Pero tienes buenos brazos. Si necesitas trabajo, yo te lo daré. Te enseñaré a construir.

Atónito, Nick lo miró fijamente. Nadie jamás le había ofrecido darle algo de forma tan generosa. Aquel hombre grande de cara ancha ni siquiera lo conocía.

-Gracias. Pero ahora trabajo para Zack.

-Debe de ser interesante trabajar en un bar. Brandon, cómete las verduras o no hay más bollos. Se conoce a mucha gente -continuó Natasha, evitando que el vaso de Katie se cayera al suelo sin perder el ritmo de la conversación.

-No tanta en la cocina -musitó Nick.

-Necesitas tener veintiún años para atender un bar o servir copas -le recordó Zack.

Rachel intervino al notar la expresión rebelde de Nick.

-Mamá, tendrías que conocer al cocinero de Zack. Es un gigante de Jamaica, y prepara una comida increíble. He tratado de sacarle algunas recetas.

-Te daré una para que la intercambies.

-Que sea la del glasé de este jamón, y le garantizo que le dará lo que haga falta - Zack probó otro bocado-. Está delicioso.

-Os llevaréis un poco a casa -ordenó Nadia-. Para unos sándwiches.

-Sí, señora -Nick sonrió.

Rachel se tomó su tiempo, a la espera de que se terminara la cena y tres de las cuatro tartas de manzana que había preparado su madre hubieran sido devoradas. Con un poco de insistencia, persuadieron a Nadia de que tocara el piano. Después de un rato, Spence y ella interpretaron un dueto, con la música fluyendo por encima del sonido de los platos y la conversación.

Vio el modo en que Nick miraba y escuchaba. Cuando Spence y Nadia tomaron un descanso, se dejó caer en el banco y extendió una mano, invitando a Nick a unirse a ella.

-No tendría que haber tomado esa segunda porción de tarta -suspiró Rachel.

-Yo tampoco -resultaba difícil decidir cómo decirle el modo en que lo había hecho sentir durante la tarde. Jamás habría creído que la gente vivía de esa manera-. Tu madre es estúpida.

-Sí, eso pienso yo también -se volvió y comenzó a jugar con las teclas-. A papá y a ella le encantan estos domingos en que podemos reunirnos todos.

-Tu padre decía que creía que la casa se quedaría demasiado grande cuando los niños se independizaran, pero ahora piensa que tendrán que añadir un par de habitaciones para albergar a todo el mundo. Supongo que os reunís como hoy muy a menudo.

-Siempre que podemos.

-No pareció que les molestara que nos trajeras a Zack y a mí.

-Les gusta la compañía -intentó un acorde e hizo una mueca ante las notas discordantes-. Siempre parece tan fácil cuando tocan Spence o mamá.

-Prueba esto -puso la mano sobre la de ella y le guió los dedos.

-Ah, mejor. Pero no sé cómo alguien puede tocar cosas diferentes con cada mano. Al mismo tiempo, ya sabes.

-No lo piensas de esa manera. Debes dejar que pase.

-Bueno...

Ella calló e, incapaz de resistirse, Nick comenzó a improvisar unos blues. Cuando la música se movió a través de él, olvidó que se hallaba en una habitación llena de gente y dejó que lo dominara. Continuó incluso cuando en el cuarto reinó el silencio, envuelto en el placer de crear sonido y sentimiento de las teclas. Cuando tocaba, no era Nick LeBeck, un paria. Era alguien que él mismo aún no entendía, alguien que no conseguía ver del todo y que desesperadamente anhelaba ser siempre.

Pasó a unas melodías medio olvidadas, llenándolas con su propia interpretación, dejando que la música oscilara con su propio estado de ánimo, del blues, al boogie y al jazz.

Al detenerse, sonriendo por el placer que le había proporcionado tocar, Zack apoyó una mano en su hombro y lo devolvió a la realidad.

-¿Dónde has aprendido a hacer eso? -la sorpresa en los ojos de Zack se reflejaba en sus ojos-. No sabía que supieras tocar.

Nick se encogió de hombros y se secó las manos súbitamente nerviosas en las piernas.

-Improvisaba.

-Vaya improvisación. Ha sido estupendo. De verdad.

La satisfacción que lo recorrió hizo que Nick se sintiera casi tan incómodo como la crítica que había esperado. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que todos habían dejado de hablar y lo observaban. Se ruborizó.

-No ha sido nada. Solo aporreaba unas teclas.

-Con talento -con Katie sobre la cadera, Spencer se acercó al piano-. ¿Has pensado alguna vez en estudiar en serio?

Pasmado, Nick bajó la vista a las manos. Una cosa había sido estar sentado a la mesa frente a Spencer Kimball y otra muy distinta que el afamado compositor hablara de música con él.

-No... quiero decir, no en serio. De vez en cuando tonto, eso es todo.

-Tienes el toque y el oído -miró a Rachel, le pasó a Katie y cambió de posición con ella, de modo que quedó con Nick en el banco-. ¿Conoces algo de Muddy Waters.

-Algo. ¿Te gusta Muddy Waters?

-Claro -comenzó a tocar el bajo-. ¿Puedes seguirme?

-Sí -Nick apoyó los dedos en las teclas y sonrió-. Sí.

Desconcertado, Zack seguía mirando a su hermano.

-Jamás me lo contó. Ni una palabra -susurró. Cuando Rachel le tomó la mano, apretó con fuerza-. Imagino que a ti sí.

-Un poco, lo suficiente para que quisiera probar esto. No sabía que fuera tan bueno.

-Lo es, ¿verdad? -abrumado, besó el cabello de Rachel. Nick se hallaba demasiado concentrado como para notarlo, aunque varios pares de ojos captaron el gesto-. Parece que voy a tener que conseguir un piano.

-Eres un buen tipo, Muldoon -Rachel apoyó la cabeza en su hombro.

Tardó casi una semana en prepararlo, pero después de darle otro bocado importante a sus ahorros, Zack compró un piano. Con la ayuda de Rachel, cambió de lugar los muebles del apartamento y le hizo espacio.

Con las manos en las caderas, ella observó el sitio que habían despejado bajo la ventana.

-Me pregunto si no estará mejor contra aquella pared.

-Ya has cambiado de parecer tres veces. Se queda aquí -bebió un buen trago de cerveza fría-. Para bien o para mal.

-No te estás casando con ese estúpido piano. Solo lo estás ubicando. Y de verdad creo...

-Sigue pensando y te echaré esto por la cabeza -le alzó el mentón para darle un beso-. Y no es un estúpido piano. El vendedor me aseguró que era el mejor de su gama.

-No empieces otra vez con eso -se acercó para rodearle el cuello con las manos-. Nick no necesita un piano de cola pequeño.

-Solo me gustaría haber sido mejor influencia para él.

-Muldoon -lo besó con fuerza-. Lo fuiste. ¿Cuándo se suponía que iban a venir?

-Hace veinte minutos -nervioso, comenzó a andar-. Si lo estropean después de lo que me costó echar a Nick durante unas horas...

Divertida y conmovida, Rachel lo interrumpió.

-Va a salir bien. Y creo que has estado inspirado en emplear la excusa de las almendras para que desapareciera.

-Echaba humo -con una sonrisa, se sentó en el sofá-. Discutió conmigo durante diez minutos por el hecho de que tuviera que ir a comprobar un pedido no entregado de almendras cuando solo le pagan para lavar platos.

-Seguro que te perdona cuando regrese.

-Eh, ahí arriba -la voz musical de Río reverberó por la escalera-. Nos llega un piano. Será mejor que bajéis a echar un vistazo.

Rachel intentó no estorbar, aunque varias veces, mientras subían el piano por las escaleras estrechas, quiso ofrecer su consejo. Lo mejor era observar a Zack, algo que hizo hasta que acomodaron y afinaron el piano. No dejaba de preocuparse, limpiando manchas de su superficie y abriendo y cerrando la tapa sentado en el banco.

-Parece estupendo -Río cruzó sus sólidos brazos sobre el pecho-. Será bueno tener música mientras cocino. Ayudas mucho a ese chico, Zack. Va a convertirse en alguien. Ya lo verás. Ahora voy a ir a preparar algo especial -le sonrió a Rachel-. ¿Cuándo vas a traer a tu madre para que podamos hablar de comida?

-Pronto -prometió ella-. Va a ofrecerte una antigua receta ucraniana.

-Bien. Yo le daré mi salsa secreta de barbacoa. Algo me dice que tiene que ser una mujer estupenda -salió cuando Nick subía con ímpetu las escaleras-. ¿Qué prisa tienes, chico? ¿Llevas un incendio en el bolsillo?

-Malditas sean las almendras -fue lo único que dijo al pasar al lado de Río. Entró en el apartamento listo para una pelea-. Escucha, hermano, la próxima vez que quieras que alguien... -la mente se le quedó en blanco al ver el piano brillante bajo la ventana.

-Lamento haberme inventado esa misión -nervioso, Zack se metió las manos en los bolsillos-. Te quería fuera para poder colocar esto -se movió incómodo cuando Nick permaneció en silencio-. Y bien, ¿qué te parece?

-¿Qué has hecho, alquilarlo? -Nick tragó saliva.

-Lo he comprado.

Como los dedos anhelaban tocar las teclas, también él metió las manos en los bolsillos. Rachel estuvo a punto de suspirar. Parecían dos perros callejeros que no sabían si pelearse o hacerse amigos.

-No tendrías que haberlo hecho -la tensión en la voz de Nick hizo que saliera seca.

-¿Por qué diablos no? -espetó Zack-. Es mi dinero. Pensé que sería agradable tener algo de música por aquí. Bueno, ¿quieres probarlo o no?

Un dolor comenzó a extenderse por las entrañas de Nick y la garganta le empezó a arder. Necesitaba largarse.

-Olvidé algo -musitó antes de atravesar la puerta con andar rígido.

-¿Qué diablos ha sido eso? -estalló Zack. Recogió la cerveza y volvió a dejarla, antes de ceder a la tentación de estamparla contra la pared-. Si ese pequeño hijo de...

-Para -ordenó Rachel al plantar un puño en el pecho de Zack-. Los dos sois una joya. El no sabe cómo decirte gracias y tú eres demasiado estúpido para ver que se sentía tan abrumado que estaba a punto de llorar.

-Tonterías. Solo le faltó echármelo a la cara.

-Idiota. Le has regalado un sueño. Posiblemente es la primera vez que alguien ha entendido lo que él quería en lo más profundo de su ser y le ha brindado la posibilidad de probarlo. No supo cómo manejar la situación, Zack, igual que te sucedería a ti.

-Escucha, yo... -calló y juró, ya que tenía sentido-. ¿Y ahora qué se supone que debo hacer?

-Nada -le enmarcó la cara entre las manos y la acercó para besarla-. Nada en absoluto. Voy a ir a hablar con él, ¿de acuerdo? -se apartó y se dirigió a la puerta.

-Rachel -respiró hondo antes de acercarse-. Te necesito -observó la sorpresa en los ojos de ella cuando le tomó las manos y se las llevó a los labios-. Quizá yo tampoco sé cómo manejar eso.

-Lo haces bien, Muldoon -algo aleteó en su corazón.

-Creo que no lo entiendes -tampoco él-. Te necesito de verdad.

-Estoy aquí.

-Pero, ¿vas a estar aquí cuando haya terminado tu obligación con Nick?

El aleteo aumentó.

-Disponemos de un par de semanas antes de que tengamos que pensar en ello. No es... -«Tranquila, Rachel», se advirtió. «Medítalo»-. No es Nick el único que me interesa -le apretó los dedos unos momentos antes de retirarse-. Deja que vaya a buscarlo. Luego hablaremos del resto.

-Vale -se apartó de ella y de lo que sentía-. Pero creo que vamos a tener que hablar del tema. Y pronto.

Con un asentimiento rápido, bajó los escalones. Río le indicó la parte delantera del bar y, agradecida de no tener que hablar por el momento, Rachel salió a echar un vistazo.

Lo encontró de pie en la acera, con las manos cerradas en los bolsillos, la vista clavada en el tráfico de última hora de la tarde. «Luego», se prometió, «pensaré en lo que Zack ha hecho a mis emociones. Por ahora, he de concentrarme en Nick».

Se situó al lado de él y le apartó el pelo de los hombros.

-¿Estás bien?

El no la miró y continuó observando el tráfico.

-¿Por qué lo ha hecho?

-¿Por qué crees tú?

-Yo no le pedí nada.

-Los mejores regalos son aquellos que no pedimos.

-¿Lo convenciste tú? -la miró un instante.

-No -tratando de ser paciente, lo tomó por los brazos para que tuviera que mirarla-. Abre los ojos, Nick. Viste el modo en que reaccionó cuando te oyó tocar. Estaba tan orgulloso de ti que apenas podía hablar. Quería darte algo que a ti te importara. No lo hizo para que te sintieras obligado hacia él, sino porque te quiere. Eso es lo que hacen las familias.

-Tu familia.

Lo sacudió.

-Y la tuya. No intentes engañarme con esa necesidad de que no sois hermanos de verdad. Te importa tanto como tú a él. Sé lo mucho que ha significado para ti entrar y ver el piano. Mi madre puso la misma expresión, aunque a ella le resultó más fácil demostrar lo que sentía. A ti te hace falta un poco de práctica.

Nick cerró los ojos y apoyó la frente en la de Rachel.

-No sé qué decirle. Cómo comportarme. Nadie jamás... Jamás he tenido a nadie. De niño, solo quería estar cerca de él. Luego se marchó.

-Lo sé. Trata de recordar que el mismo Zack era poco más que un muchacho cuando se fue. Ahora no va a irse a ninguna parte -le dio un beso en cada mejilla, como habría podido hacer su madre-. ¿Por qué no vuelves dentro y haces lo que mejor se te da?

-¿Qué?

-Tocar de oído -le sonrió-. Adelante. Zack se muere por que lo pruebes.

-Sí. De acuerdo -retrocedió un paso-. ¿Vienes?

-No, tengo algunas cosas que hacer -«algunas cosas en que pensar», se corrigió-. Dile a Zack que lo veré más tarde.

Pero aguardó después de que Nick entrara. De pie, en la acera, contempló la ventana. Y, pasado un rato, muy débilmente, oyó el sonido de la música.

10

-Eh, Rachel -Pete se enderezó en el taburete y metió un poco de estómago al verla entrar-. ¿Qué te parece si te invito a una copa?

-Puede que te lo permita -pero al colgar el abrigo en una de las perchas de la puerta su sonrisa era para Zack. Al cruzar la sala, le echó un vistazo a la rubia pegada a un taburete de la barra y que ronroneaba pidiendo otra copa mientras subía los dedos por el antebrazo de él-. ¿Noche ocupada?

Lola pasó con una bandeja.

-Esa ya va por el tercer cóctel -le susurró-. Y esos enormes ojos azules no se han apartado del jefe en dos horas.

-Es lo único que hará... a menos que quiera tener los ojos negros y azules.

-Esa es mi chica -ríe Lola-. Aguarda un momento -con gran destreza, sirvió una ronda de copas, vació ceniceros y puso un cuenco lleno con aperitivos-. ¿Ves a la morena que está junto a la gramola?

Con los labios fruncidos, Rachel estudió unas caderas esbeltas enfundadas en vaqueros y una cascada de cabello miel castaño.

-No me digas que también he de preocuparme por ella.

-No, pero yo sí. Es mi hija mayor.

-¿Tu hija? Es preciosa.

-Sí. Por eso tengo que preocuparme. En cualquier caso, Zack ha estado insinuándome cuánto le gustaría que Nick conociera a algunas personas más próximas a

su edad, de modo que la convencí para que viniera a comer una de las hamburguesas de Río.

-¿Y?

-Nick la miró. Y se mostró bastante entusiasmado con la idea de servir mesas esta noche. Pero no ha realizado ningún movimiento en su dirección.

-Mirar está bien -musitó Rachel-. ¿No te molestaría si estuviera lo bastante interesado como para invitarla a salir?

-Nick está bien. Además, mi Terri sabe cuidar de sí misma -le guiñó un ojo-. Sale a su madre. Voy -le gritó a la mesa de cuatro que la llamaba-. Nos vemos luego.

Rachel ocupó el taburete que había entre Harry y Pete. Ya tenía servida una copa de vino blanco.

-¿Cuál es la última?

-Palabra de siete letras para embeleso -le dijo Harry-. Terminada en «s».

-Éxtasis -sonrió, observando a Zack.

-¡Sí! -complacido, buscó otros espacios en blanco del crucigrama-. Aquí hay otra. Caracterizado por falta de sustancia.

-Perfecto -murmuró, mirando a la rubia, quien inclinaba el escote por encima de la barra-. Prueba con vacua.

-Diablos, eres buena.

-Harry -le ofreció una sonrisa que lo ruborizó-, soy magnífica. Vigila las cosas por mí. Quiero hablar con Nick.

Pete la miró partir y suspiró.

-Si fuera treinta años más joven, quince kilos más liviano, no tuviera una mujer que me cortaría las muñecas y todavía tuviera pelo...

-Sí. Sigue soñando -Harry pidió otra ronda.

En cuanto entró en la cocina, Rachel respiró hondo. Siempre olía a paraíso.

-De acuerdo, Río, ¿qué sobresale esta noche?

-Todo siempre está bien -sonrió, secándose las manos grandes en el mandil-. Pero esta noche el número uno es el pollo frito.

-En alguna parte debe haber una pata con mi nombre. Eh, Nick -como allí ya se sentía tan cómoda como en la cocina de su madre, se apoyó en el mostrador donde él apilaba platos-. ¿Cómo estás?

-De acuerdo con la última cuenta, he lavado seis mil ochenta y dos platos -pero sonrió al decirlo-. Zack mencionó que quizá vinieras esta noche. Te estaba buscando.

Río le entregó un plato lleno de pollo frito, patatas con crema y ensalada de col.

-Si viniera más a menudo, tendrían que sacarme rodando por esa puerta.

-Come -Río gesticuló con la espátula antes de dar vuelta a unas hamburguesas-. Me gusta ver a una mujer con caderas.

-Te falta poco -su poder de voluntad era inexistente al enfrentarse al pollo picante de Río. Se puso a comer de pie-. No cabe duda de que es el número uno -corroboró con la boca llena. Río sonrió-. ¿Querías verme por algo en particular -le preguntó a Nick.

-No -pasó una mano por el cabello de ella-. Solo quería verte.

-Nick, de verdad creo...

-Solo nos faltan un par de semanas.

-Lo sé -se movió un poco y colocó el plato entre ellos-. De hecho, pude hablar con el fiscal sobre tu progreso. No piensa plantear objeción a la condena suspendida ni a la libertad condicional que esperamos de la juez Beckett.

-Sabía que podía contar contigo, pero no pensaba únicamente en eso.

Sabía muy bien en qué pensaba él, y ya había retrasado demasiado afrontar ese problema.

-Río... -dejó el plato-... necesito hablar un minuto con Nick. ¿Puedes manejar las cosas sin él si nos vamos arriba?

-No hay problema. Cuando vuelva solo tendrá que lavar el doble de rápido.

Al subir, Rachel se prometió que mantendría la calma. Sería lógica y conservaría el control.

-Muy bien, Nick -dijo en cuanto entraron en el apartamento. Y eso fue lo único que pudo decir, porque él se puso a besarla-. Para -su voz sonó apagada, pero firme, y las manos que plantó sobre los hombros de él hicieron el resto.

-Te he echado de menos, eso es todo -suavizó el apretón hasta soltarla por completo cuando Rachel dio un paso atrás-. Hace tiempo que no tenemos la oportunidad de estar solos.

-Oh, Nick -se llevó las manos a las sienes y suspiró-. Lo he estropeado todo. No paro de repetirme que la cuestión se solucionará sola, a pesar de que sé que no es así -en un gesto que reflejaba la impotencia que sentía, dejó caer las manos a los costados-. No quiero lastimarte.

Él sintió un puño en las entrañas. Sabía que la gente solo decía esas cosas cuando estaba a punto de lastimarte.

-¿De qué estás hablando?

-De ti y de mí... de que pienses que existe un tú y yo -se volvió, con la esperanza de encontrar las palabras adecuadas-. Intenté explicártelo antes, pero lo hice mal. Verás, al principio me quedé muy sorprendida de que pensaras en mí de esa manera. Tampoco... - con un sonido de disgusto, se volvió para mirarlo otra vez-. Tampoco ahora lo llevo mejor.

-¿Por qué no expones lo que quieres decir?

-Me importas, no solo como cliente, sino como persona.

-Tú también me importas a mí -convino con ese destello demasiado familiar en los ojos.

Al avanzar hacia ella, Rachel alzó las manos con las palmas hacia fuera.

-Pero no de esa manera, Nick. No... románticamente -dolida, contempló cómo asimilaba el rechazo.

-No estás interesada en mí.

-Estoy interesada en ti, pero no como tú crees que te gustaría que lo estuviera.

-Comprendo -intentando dar una imagen más dura, metió las manos en los bolsillos-. Crees que soy demasiado joven.

Pensó en cómo acababa de besarla y suspiró.

-Ese argumento no parece del todo válido. Debería, pero no eres un adolescente típico.

-Entonces, ¿qué es? ¿No soy tu tipo?

Cuando pensó en lo mucho que Zack y él tenían en común, tuvo que contener una carcajada.

-Eso tampoco funciona -lamentando tener que herirlo, manejó lo mejor que pudo la verdad-. Lo que siento por ti es parecido a lo que siento por mis hermanos. Lamento que no sea lo que quieres, Nick, pero es lo único que puedo darte -quiso tocarle el brazo, pero temió que él la rechazara-. También lamento no haberlo expuesto de esta manera hace unas semanas. Pensé que no sabría cómo hacerlo.

-Me siento como un idiota.

-No -en esa ocasión no pudo evitar tomarle la mano-. No hay nada por lo que debas sentirte como un idiota. Te sentías atraído y te mostraste honesto al respecto. Y bajo toda la confusión y consternación -añadió, probando una sonrisa-, yo me sentí halagada.

-Preferiría que dijeras que te sentiste tentada.

-Es posible -la sonrisa se le tornó más cálida-. Durante un momento. Espero que no te duela que te lo diga, pero quiero ser tu amiga.

-Bueno, has sido sincera -y suponía que iba a tener que aceptarlo. Intentó convencerse de que una nena no era más que una nena. Pero sabía que no había nadie más como Rachel-. Sin rencor.

-Bien -quiso besarla, pero supuso que era mejor no tentar la suerte. Le tomó la otra mano-. Siempre quise tener un hermano menor.

-¿Por qué? -él no estaba preparado para asumir ese papel.

-Por la razón más pura -respondió-. Tener a alguien a quien poder mandar -sonrió y sintió alivio genuino-. Vamos, hay que volver al trabajo.

Caminó con él, convencida de que habían pasado a la siguiente fase. Para cerciorarse, se quedó unos minutos en la cocina, satisfecha de no sentir ninguna tensión procedente de Nick.

Al salir, de inmediato fue en busca de Zack.

-Está en el despacho -le informó Pete con una sonrisa-. Pasa sin llamar.

-Gracias -la desconcertaron las risitas que recorrieron el bar, pero al darse la vuelta, todo el mundo parecía ocupado e inocente. «Demasiado», pensó al abrir la puerta del despacho.

Lo encontró allí, grande como la vida misma, de pie frente a su escritorio. Había una rubia voluptuosa aferrada a él como si fuera celofán.

Con una ceja enarcada, Rachel asimiló la escena. La rubia se esforzaba por trepar por el cuerpo de Zack. Casi lo tenía inmovilizado a la mesa, mientras él tiraba de los brazos que le rodeaban el cuello. La expresión de desconcertada vergüenza que exhibía su cara valía el precio de la entrada.

-Escucha, encanto, agradezco tu ofrecimiento. De verdad. Pero no estoy... -calló al ver a Rachel.

«Esa expresión es aún mejor», decidió ella. Era una mezcla de conmoción, enfado y disculpas, todo aderezado con una buena dosis de miedo.

-Oh, Dios -logró quitarse un brazo del cuello y trató de apartarla, pero la otra trasladó el brazo a la cintura de Zack.

-Perdona -comentó Rachel casi sin poder contenerse-. Veo que estás ocupado.

-Maldita sea, no cierres la puerta -abrió mucho los ojos cuando la rubia se movió para apretarle el trasero con gesto íntimo-. Dame un respiro, Rachel.

-¿Tú quieres un respiro? -giró la cabeza para ver a los clientes que se habían acercado para no perderse el espectáculo-. El quiere un respiro -les dijo. Con indiferencia, atravesó el umbral-. ¿Qué pierna quieres que te rompa, Muldoon? ¿O preferirías un brazo? Tal vez el cuello.

-Ten corazón -la rubia reía entre dientes mientras tiraba de su jersey-. Ayúdame a quitármela de encima. Está borracha.

-Habría creído que un hombre grande como tú sabría arreglárselas solo.

-Se mueve como una anguila -musitó-. Vamos, Babs, suéltame. Te llamaré un taxi.

Rachel notó que se contoneaba contra él; con un suspiro, tomó el control. Aferró con una mano el pelo cuidadosamente peinado de la rubia y tiró con fuerza. El rápido chillido de dolor resultó muy satisfactorio. A continuación acercó la cara a la otra.

-Has entrado sin permiso, querida.

Babs le ofreció una sonrisa de ojos vidriosos.

-No vi ningún cartel que lo prohibiera.

-Considérate afortunada de que no te haga ver las estrellas -empleando el cabello como correa, Rachel tiró hasta la puerta de la rubia que chillaba-. Esta es la salida.

-A partir de aquí me ocupo yo -Lola deslizó un brazo alrededor de la rubia-. Vamos, encanto, se te ve un poco pálida.

-Es tan guapo -suspirió Babs al trastabillar hacia el servicio de mujeres en compañía de Lola.

-Llamadle un taxi -gritó Zach. Después de mirar con expresión airada a sus clientes, cerró de un portazo-. Escucha, Rachel... -además de sentirse humillado, estaba sin aliento y se tomó un momento para recuperarse-. No es lo que parecía.

-¿Oh? -la situación era demasiado divertida de resistir. Se contoneó hasta el escritorio, se sentó en el borde y cruzó las piernas-. ¿Y qué parecía, Muldoon?

-Lo sabes condenadamente bien -soltó el aire y metió las manos impotentes en los bolsillos-. Se emborrachó con un par de cócteles. Vine aquí a llamar un taxi y me siguió -frunció el ceño cuando Rachel alzó una mano para examinarse las uñas-. Me atacó.

-¿Quieres presentar cargos?

-No te hagas la lista -era uno de los momentos más embarazosos en la vida de Zack-. Intentaba de... defenderme.

-Pude ver que se trataba de una batalla encarnizada. Tienes suerte de haber salido con vida.

-¿Qué se suponía que debía hacer, tumbarla de un puñetazo? -se puso a caminar de una pared a otra-. Le dije que no estaba interesado, pero no quiso dejarlo.

-Eres tan apuesto -movió las pestañas con exageración.

-Eres graciosa -soltó por encima del hombro-. Realmente graciosa. Vas a seguir hasta el final, ¿verdad?

-Bingo -recogió un abrecartas del escritorio y, pensativa, probó la punta-. Como abogada de la defensa debo preguntarte si consideras que ir contoneándote a la barra con esos vaqueros negros ceñidos...

-Yo no me contoneo.

-Replantaré la pregunta. ¿Puede decir, y le recuerdo, señor Muldoon, que se encuentra bajo juramento, puede afirmarle a este tribunal que no ha hecho nada para tentar a la acusada, para hacerle creer que usted se encontraba disponible? ¿Incluso dispuesto?

-Yo jamás... Bueno, quizá antes de que tú... -como hombre del mar, Zack sabía cuándo cortar el cabo. Cruzó los brazos-. Me atengo a la Quinta Enmienda.

-Cobarde.

-Ni lo dudes -observó con cautela el abrecartas-. No pensarás usar eso en una parte sensible de mi anatomía, ¿verdad?

-Probablemente, no -bajó la vista y se humedeció el labio superior.

Él sonrió despacio y lleno de alivio.

-No estás enfadada, ¿verdad, cariño?

-¿Por haber entrado para encontrarte en una postura comprometedora con un bombón rubio? -tras una risa fugaz, se acomodó el abrecartas entre los dedos-. ¿Por qué habría de estar enfadada, cariño?

-Es posible que me hayas salvado la vida -le parecía haber evaluado su estado de ánimo correctamente, pero el enfoque seguía siendo cauto-. No sabes lo que dijo que me iba a hacer -fingió un temblor y la rodeó con los brazos, como si buscara apoyo-. Es profesora de yoga.

-Santo cielo -Rachel contuvo una sonrisa y le palmeó la espalda-. ¿Con qué te amenazó?

-Bueno, creo que era algo parecido... -se acercó a su oído para susurrárselo. Oyó la risita asombrada de Rachel-. Y luego...

-Santo cielo -fue lo único que pudo repetir. Tragó saliva-. ¿Crees que es anatómicamente posible?

-Creo que habría que tener una articulación doble, pero podríamos probarlo.

Ella echó la cabeza hacia atrás con un resplandor perverso en los ojos.

-No me importa lo que digas, Muldoon. Me da la impresión de que te gusta que te manoseen.

-Mmm -le acarició el cuello con la nariz-. Fue degradante. Me sentí tan... bajo.

-Vamos, vamos. Yo te salvé.

-Fuiste una amazona.

-Y ya sabes lo que dicen de las Amazonas... -murmuró al girar la boca hacia los labios de él.

-Adelante -invitó-. Úsame.

-Oh, pretendo hacerlo.

El beso fue largo y satisfactorio, pero al empezar a acalorarse, Zack apartó la boca para hundir la cara en el cabello de ella.

-Rachel, no sabes lo bien que me siento contigo.

-Sé que esto me parece bien -lo abrazó con los ojos muy cerrados.

-¿Sí?

-Sí, creo... -calló con un suspiro. En los últimos días había estado pensando mucho-. Creo que a veces las personas encajan. Como tú me has dicho.

El retrocedió y le enmarcó la cara en las manos. Clavó los ojos oscuros e intensos en Rachel.

-Encajamos. Sé que tú dijiste que no querías tener una relación. Que tienes prioridades.

-Dije muchas cosas -cerró los dedos en torno a las muñecas de Zack.

-Rachel, quiero que te vengas a vivir conmigo -vio la sorpresa en sus ojos y continuó antes de que pudiera responder-. Sé que querías que la relación se mantuviera simple. Esto no tiene por qué ser una complicación. Tendrías tiempo para pensártelo. Hemos de esperar hasta que todo se haya solucionado con Nick. Pero necesito que sepas lo mucho que deseo estar contigo.

-Es un gran paso -suspiró Rachel.

-Y tú no actúas de acuerdo a impulsos -bajó los labios para besarla fugazmente-. Piensa en ello. Piensa en esto -susurró, y llevó el beso a grandes profundidades, hasta que pensar fue imposible.

-Zack, necesito... -Nick irrumpió en el despacho y se quedó paralizado. Vio a Rachel pegada a su hermano, con las manos en el pelo de él, con los ojos nublados.

Se despejaron con rapidez, y en ellos apareció la alarma, una disculpa. Pero a medida que Nick miraba en ellos, lo único que pudo ver fue la niebla de la traición.

Ella gritó su nombre al verlo saltar. Zack vio venir el golpe y dejó que conectara. Lo hizo trastabillar hacia atrás. Probó sangre. El instinto hizo que aferrara las muñecas de Nick para evitar otro golpe, pero el joven se soltó, ágil como una serpiente, y se preparó para el siguiente asalto.

-¡Parad! -Rachel se interpuso entre ellos, separándolos-. Esta no es la manera.

Conteniendo la ira, Zack la alzó y la retiró a un lado.

-Mantente al margen. ¿Quieres pelear aquí? -le preguntó a Nick-. ¿O quieres ir fuera?

-De todos los...

-Donde tú digas -espetó Nick, cortando a Rachel-. Hijo de perra. Siempre has sido tú -lo empujó, pero el dolor en sus ojos impidió que Zack le respondiera-. Siempre tenías que ser el primero, ¿verdad? -le costaba respirar al empujar a Zack contra la pared-.

Toda esa mierda sobre la familia. Bueno, ya sabes por dónde te la puedes meter, hermano.

-Nick, por favor -Rachel levantó una mano, pero la dejó caer cuando él centró sus ojos furiosos en ella.

-Cállate. Aún recuerdo la mierda que me soltaste arriba. Tienes talento, porque te creí. Sabías lo que sentía, y todo el tiempo te lo hacías con él a mi espalda.

-Nick, no ha sido así.

-Zorra mentirosa.

Su cabeza giró con brusquedad cuando Zack lo abofeteó con el dorso de la mano. Ya había sangre en ambos lados.

-Quieres golpearme, adelante. Pero a ella no le hablas de esa manera.

Con los dientes apretados, Nick se limpió la sangre de los labios. Quería odiar. Lo necesitaba.

-Vete al infierno. Al infierno con los dos -giró en redondo y se largó.

-Oh, Dios -Rachel se cubrió el rostro, pero eso no logró borrar la imagen de dolor que había visto en los ojos de Nick. «El daño que he provocado», pensó consternada-. Qué desastre. Voy a ir a buscarlo.

-Déjalo en paz.

-Es culpa mía -bajó los brazos a los costados-. He de intentarlo.

-He dicho que lo dejaras en paz.

-Maldita sea, Zack...

-Perdón -sonó una llamada a la puerta, que Nick había dejado abierta.

Rachel se volvió y contuvo un gemido.

-Juez Beckett.

-Buenas noches, señorita Stanislaski. Señor Muldoon, he pasado para beber uno de sus famosos manhattan. Quizá podría prepararme uno mientras mantengo una conferencia con la abogada de su hermano.

-Señoría -comenzó Rachel-, mi cliente...

-Vi a su cliente cuando se marchaba furioso de aquí. Le sangra el labio, señor Muldoon -se volvió y miró a Rachel-. ¿Abogada?

-El momento perfecto -musitó Rachel-. Yo me ocuparé de esto -le dijo a Zack-. No te preocupes. Y cuando Nick se haya desahogado...

-¿Volverá con una sonrisa? -concluyó él. El malhumor comenzaba a desvanecerse, pero la culpabilidad lo dominaba-. No lo creo. Y no es culpa tuya -deseó poder ofrecerle algo más que su propia sensación de fracaso-. Es mi hermano. Yo soy responsable -movió la cabeza antes de que ella pudiera hablar-. Deja que vaya a preparar la copa de la juez.

Rachel alargó la mano para detenerlo, pero la dejó caer. No había nada que pudiera decir para mitigar el dolor. Pero sí tenía la oportunidad de mitigar el daño con la juez Beckett.

La encontró con aspecto atractivo y relajado en una mesa en un rincón del bar. Sin embargo, el aura de poder que la mujer había exhibido con la toga negra no había disminuido un ápice con los pantalones azules y el jersey blanco que llevaba esa noche.

-Siéntese, abogada.

-Gracias.

Beckett sonrió y tamborileó con uñas rosas sobre la superficie de la mesa.

-Veo que los engranajes ya se han puesto en marcha. Ahora mismo está pensando cuánto contarme y cuánto reservarse. Siempre disfruto teniéndola en mi sala, señorita Stanislaski. Tiene estilo.

-Gracias -repitió Rachel. Llegaron sus copas y mientras se las servían se tomó tiempo para ordenar sus pensamientos-. Me temo que, comprensiblemente, pueda malinterpretar lo que ha visto esta noche, señorita.

-¿De verdad? -con una sonrisa, Beckett probó la copa. Movi6 la cabeza para mirar a Zack y le concedió una sonrisa de aprobación-. ¿Y cuál considera que es mi interpretación?

-Es evidente que Nick y su hermano discutían.

-Peleaban -corrigió Beckett, moviendo la cereza por la copa antes de morderla-. Una discusión involucra palabras. Y así como estas pueden dejar cicatrices, no provocan sangre.

-¿Tiene usted hermanos, señorita?

-No.

-Yo sí.

Con las cejas enarcadas, Beckett dio otro sorbo.

-De acuerdo, aceptaré eso. ¿De qué discutían?

-Fue solo un malentendido. No negaré que ambos son temperamentales, y que con su carácter un malentendido a veces puede desembocar en...

-¿Una discusión acalorada? -sugirió Beckett.

-Sí -como tenía que establecer su argumento, Rachel adelantó el torso-. Juez Beckett, Nick ha estado realizando unos progresos increíbles. Cuando se me asignó el caso, a punto estuve de descartarlo como a otro aprendiz de mat6n callejero. Pero algo hizo que lo reconsiderara.

-Los ojos atormentados consiguen eso en una mujer.

Sorprendida, Rachel parpadeó.

-Sí.

-Continúe.

-Era tan joven, y, no obstante, ya había empezado a rendirse, tanto consigo mismo como con los demás. Después de conocer a Zack, y enterarme de la historia de Nick, me resultó fácil entenderlo. Jamás ha habido nadie permanente en su vida, nadie con quien él considerara que podía contar y confiar. Pero con Zack... quería hacerlo. Sin importar lo duro y desinteresado que tratara de actuar, cuanto más estaba con Zack, más resultaba evidente que se necesitaban.

-¿Hasta dónde se ha involucrado con su tutor? -Creo que eso es irrelevante -repuso con el rostro inexpresivo, reclinándose en la silla.

-¿Sí? Bueno -gesticuló-. Continúe.

-Durante casi dos meses, Nick se ha mantenido alejado de problemas. Ha aceptado las responsabilidades que le ha impuesto Zack. Empieza a desarrollar intereses exteriores. Toca el piano.

-¿Sí?

-Al enterarse, Zack le compró uno.

-Eso no parece algo que pueda impulsar que vuelen los puños -esbozó una sonrisa-. Esquiva la cuestión, abogada.

-Quiero que comprenda que este período de prueba ha tenido éxito. Lo que pasó esta noche fue simplemente producto de malentendidos y de temperamentos encendidos. Fue la excepción y no la regla.

-No está en el tribunal.

-No, señorita, pero no quiero que esto perjudique a mi cliente cuando esté en el tribunal. -Aceptado -complacida por lo que veía en Rachel, por lo que oía y percibía, movió el hielo en su copa-. Explique lo sucedido esta noche.

-Fue por mi culpa -apartó la copa de vino-. Fue un juicio erróneo por mi parte lo que llevó a Nick a sentir, a creer que sentía... algo.

-Empiezo a comprender -Beckett frunció los labios-. Es un joven sano y usted una mujer atractiva que ha mostrado interés por él.

-Y lo estropeé -concluyó con amargura-. Pensé que me había ocupado de ello. Estaba convencida de que lo había controlado todo.

-Conozco la sensación -Beckett se llevó una almendra a la boca con gesto pensativo-. En privado. Comience desde el principio.

Con la esperanza de que su propia culpabilidad aligeraría la carga de Nick, aunque a ella la expulsara del caso, se lo explicó. Beckett guardó silencio, solo para asentir de vez en cuando.

-Y cuando entró en el despacho y nos vio a Zack y a mí juntos -concluyó-, lo único que vio fue traición. Sé que no tenía derecho a relacionarme con Zack.. Las disculpas no lo solucionan.

-Rachel, usted es una excelente abogada. Lo cual no impide que tenga una vida privada.

-Cuando pone en peligro mi relación con un cliente...

-No me interrumpa. Le concedo que pueda haber mostrado un análisis pobre de la situación. También que no siempre se puede elegir el momento, el lugar o las circunstancias para enamorarse.

-No he dicho que estuviera enamorada.

-Lo he notado -Beckett sonrió-. Resulta más fácil castigarse si se convence de que el amor no ha tenido nada que ver -la sonrisa se amplió-. ¿No hay refutación, abogada? Está bien, porque no he terminado. Podría decirle que ha perdido la objetividad, pero usted ya lo sabe. Yo misma no estoy del todo segura de que la objetividad sea siempre la respuesta. Hay tantos matices entre lo que está bien y lo que está mal. Encontrar el que encaje es algo por lo que luchamos a diario. Su cliente intenta encontrar el suyo. Quizá usted no consiga ayudarlo.

-No quiero decepcionarlo.

-Sería mejor que hiciera todo lo que pudiera para impedir que él se decepcione a sí mismo. A veces funciona, a veces no. Descubrirá las veces que no funciona cuando sea su turno de sentarse en el banquillo de los acusados.

-No sabía que fuera tan transparente -la comprensión que vio en los ojos de Beckett hizo que acercara otra vez la copa de vino.

-Oh, para alguien que ha pasado por ello, desde luego -divertida, Beckett chocó su copa con la de Rachel-. Unos años más de práctica, abogada, y será una juez bastante competente. ¿Es eso lo que quiere?

-Sí -miró a Beckett a los ojos-. Es exactamente lo que quiero.

-Bien. Y ahora, como he tomado una copa y me siento de buen humor, le diré algo... extraoficialmente. Hace casi treinta años viví su misma situación. En aquel entonces las cosas eran mucho más difíciles que ahora para las mujeres en nuestra posición. No es que ahora sean perfectas -añadió, dejando la copa-, pero algunas de las batallas han terminado. Tuve que realizar algunas elecciones. Esas elecciones profesionales en contraposición con las personales que los hombres rara vez deben tomar. ¿Tengo una familia o tengo una carrera? No lamento haberme decantado por la carrera -miró a Zack en la barra y suspiró-. O casi nunca. Pero los tiempos cambian, e incluso una mujer profesionalmente ambiciosa no ha de tomar una decisión excluyente, si es inteligente. Usted me parece una mujer que lo es.

-Eso me gusta pensar -musitó Rachel-. Pero no hace que resulte menos aterrador.

-Esa clase de terror hace que la vida valga la pena. No creo que el temor vaya a detenerla, abogada. No creo que nada lo haga. Mientras tanto, cerciórese de que usted y su cliente están preparados para la vista.

-Sí. Gracias.

-Dígale al señor Muldoon que prepara un excelente manhattan.

Con las emociones aún en estado de agitación, Rachel observó a Beckett marcharse.

-¿Está muy mal la situación? -preguntó Zack a su espalda?

Rachel movió la cabeza al tiempo que retrasaba la mano para tomar la de él.

-Le gusta cómo preparas las copas -se volvió y lo abrazó-. Y creo que acabo de conocer a otra mujer inteligente con debilidad por los chicos malos. Todo va a salir bien.

-Si Nick no regresa...

-Regresará -necesitaba creerlo, que Zack lo creyera-. Está furioso, y dolido, pero no es estúpido -le apretó la mano y le sonrió-. Se parece mucho a ti.

-No debería haberlo golpeado.

-Intelectualmente, estoy de acuerdo. Emocionalmente... -como la pasión formaba parte de su vida, se encogió de hombros-. He visto a mis hermanos pelearse demasiado a menudo como para creer que es el fin del mundo -le besó con delicadeza el labio

hinchado-. Cuando Nick vuelva, probablemente sea mejor que yo no esté aquí. Pero quiero que me llames cuando aparezca, sin importar la hora.

-No me gusta que te vayas sola a casa -comentó al acompañarla a recoger el abrigo.

-Tomaré un taxi -el hecho de que él no se opusiera le indicó lo distraído que estaba-. Todo saldrá bien, Zack. Confía en mí.

-Sí. Te llamaré.

Rachel salió y fue a la esquina a parar un taxi. «Confía en mí», le había dicho. Solo esperaba ser merecedora de esa confianza.

11

Al llegar a casa estuvo a punto de llamar a Alex, pero temió que si su hermano desplegaba sus antenas, aunque no fuera algo oficial, Nick se sentiría más furioso.

Lo único que podía hacer era esperar. Y sola.

Mientras iba de un lado a otro de su apartamento, pensó que conformaban un extraño triángulo. Nick, joven y desafiante, viendo rechazo y traición por todas partes, aun cuando buscaba con desesperación su lugar en el mundo. Zack, tan innatamente generoso, tan alimentado por la pasión y vulnerable a su hermano. Y ella misma, la abogada objetiva, lógica y ambiciosa que se había enamorado de los dos.

«Quizá tendría que escribir culebrones», pensó al sentarse en el sofá. Plegó las piernas y sostuvo la taza de té en las dos manos. «Si tuviera imaginación para eso, al menos podría escribir el modo de escapar de la situación».

Cerró los ojos cansados y se preguntó cómo había sucedido. Era ella la que siempre había alineado con orden las cosas, la que siempre había sabido adónde iba y cómo llegar asta allí. Había sopesado todos los posibles obstáculos que podían surgirle.

Todos. Menos Zack Muldoon.

Al involucrarse con él, al dejar que las emociones gobernaran su cabeza, lo había estropeado todo. Era muy posible que Nick, alimentado por el dolor y la frustración, se metiera de cabeza en problemas antes de que acabara la noche. Sin importar lo comprensiva y compasiva que fuera la juez Beckett, si Nick quebrantaba su libertad condicional, no le quedaría más remedio que condenarlo.

Quería creer que regresaría junto a Zack. Indignado, sí... desafiante, por supuesto... puede que incluso ansioso de pelea. Todas esas cosas podían solucionarse, si regresaba.

Pero si no lo hacía...

El sonido del portero eléctrico la sobresaltó. Consciente de que era más de medianoche, se levantó, con la esperanza de que fuera Zack que iba a decirle que Nick había aparecido y se hallaba bien.

-¿Sí?

-Quiero subir -dijo la voz de Nick, nerviosa y exigente.

Rachel contuvo un grito de alivio.

-Claro -aceptó con tono ligero mientras le abría-. Sube.

Se frotó los ojos para contener las lágrimas que los llenaban. Era una estupidez ponerse tan emocional. ¿La lógica no indicaba que iba a regresar? ¿No le había dicho lo mismo a Zack?

Pero cuando la llamada sonó imperiosa en su puerta, abrió con precipitación y no pudo contener el torrente de palabras.

-Estaba tan preocupada. Iba a ir a buscarte, pero no sabía por dónde empezar. Oh, Nick, lo siento. Lo siento tanto.

-¿Lamentas que te estallara en la cara? -cerró la puerta a su espalda. No había tenido intención de presentarse allí, pero había estado caminando y al final le pareció el único sitio al que poder ir-. ¿Lamentas que apareciera yo y te encontrara con Zack?

Rachel comprendió que estaba mucho de haber terminado. Lo que veía en sus ojos era tan peligroso como lo que había visto cuando atacó a Zack en el despacho de su hermano.

-Lamento haberte herido.

-Lamentas que descubriera lo que realmente eres. No eres más que una mentirosa.

-Nunca te he mentado.

-Lo has hecho cada vez que abrías la boca -no se había apartado de la puerta y tenía las manos cerradas a los costados-. Zack y tú. Todo el tiempo que fingías interesarte por mí, que actuabas como si te gustara estar conmigo, te lo hacías con él.

-Me importas... -comenzó, pero él la interrumpió.

-Puedo imaginar lo mucho que os habrá divertido a los dos. El pobre y patético Nick, embelesado, tratando de encontrar su camino porque le gustaba la abogada sexy. Imagino que os habréis tumbado en la cama para troncharos de risa.

-No. Jamás fue así.

-¿Vas a decirme que no te fuiste a la cama con él?

Nick vio la verdad en los ojos de ella antes de que el temperamento de Rachel se disparara.

-Pierdes la perspectiva. No pienso discutir...

Las manos de él salieron disparadas hacia las solapas de la bata de Rachel, haciéndole dar la vuelta. La espalda de ella golpeó con dureza contra la puerta. El primer síntoma de miedo se evaporó en cuanto Nick acercó la cara. Solo pudo verle los ojos, verdes y brillantes de furia.

-¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué tuviste que dejarme como un tonto? ¿Por qué tuvo que ser mi hermano?

-Nick -le aferró las muñecas y trató de apartarlas. Pero la furia había añadido peso a la fuerza nerviosa de él.

-¿Imaginas cómo me hace sentir saber que mientras yo pensaba en lo nuestro tú estabas con él? Y él lo sabía. Él lo sabía.

-Me haces daño.

Pensó que la declaración saldría con calma, incluso con autoridad. Pero habló con voz temblorosa, y el miedo que subyacía bajo las palabras resultó claro incluso para Nick en su estado agitado. Este bajó la vista un momento a sus manos, que se clavaban en los hombros de Rachel. Consternado, las apartó y la miró a la cara.

-Me voy.

A veces lo único de que se dispone es del impulso. Rachel siguió el suyo y apoyó la espalda contra la puerta.

-No te vayas. Por favor. No te vayas así.

Nick sintió un nudo en el estómago que era puro auto desprecio.

-Nunca antes había vapuleado a una mujer. Es lo más bajo que se puede llegar.

-No me has hecho daño. Estoy bien.

-Tiemblas -y también notó su acentuada palidez.

-De acuerdo, tiemblo. ¿Podemos sentarnos?

-No tendría que haber venido, Rachel. No tendría que haberte tratado de esa manera.

-Me alegro de que vinieras. Por el momento, dejémoslo en eso. Por favor, sentémonos.

Asintió, ya que, si no, temía que ella se quedara pegada a la puerta, temblando. Se sentó con los hombros encorvados.

-Supongo que pedirás que te releven del caso.

-Eso no tiene nada que ver con esto. Pero, no pensó en recoger el té frío, pero tuvo miedo de que las manos no estuvieran muy firmes-. Es algo personal, Nick. Soy yo quien lo estropeó confundiendo los límites. No hay excusa -respiró hondo y juntó las manos sobre el regazo-. Lo que pasó entre Zack y yo no estuvo planeado, y desde luego no fue profesional por mi parte.

-Ahora vas a decirme que no pudiste evitarlo -bufó Nick.

-No -comentó ella con suavidad-. Podría haberlo evitado. Siempre hay una elección. Pero no quise hacerlo.

La respuesta y el tono empleado por Rachel hicieron que frunciera el ceño. Había estado seguro de que intentaría encontrar una salida fácil.

-De modo que lo elegiste.

-Lo que sucedió fue inmediato y quizá un poco abrumador... -no estaba segura de que hubiera palabras que describieran lo que había pasado entre Zack y ella-. En cualquier caso, podría haberlo detenido. O al menos postergado. No lo hice, y eso es culpa mía. El hecho de que los dos fuéramos tus tutores hace que sea una mala elección, pero... -movió la cabeza-. No hay peros. Fue una mala elección -lo miró a los ojos, suplicándole que confiara en ella-. Jamás te consideramos como una persona patética. Jamás nos reímos de ti. Independientemente de lo que pienses de mí, no dejes que te arruine lo que has empezado a tener con Zack.

-Me traicionó.

-Nick -en su voz había paciencia y compasión-. No es así. Tú lo sabes.

Lo sabía, y se preguntó si siempre había sabido que su relación con Rachel no había sido más que una fantasía. Pero eso no mitigaba las heridas abiertas del rechazo.

-Tú me importabas.

-Lo sé -sus ojos volvieron a llenarse y lloró antes de poder evitarlo-. Lo siento.

-Dios, Rachel. No llores -no creía ser capaz de soportarlo. Primero la había asustado y luego la hacía llorar-. No.

-No lo haré -pero en cuanto se secó las lágrimas, cayeron más-. Me siento tan mal por todo. Al mirar atrás, veo una docena de maneras de haber manejado la situación. Por lo general tengo el control -hipó-. Realmente odio haberme interpuesto entre los dos.

-Eh, vamos -no sabía qué decir. Se levantó para acercarse a ella-. Tómatelo con calma, ¿de acuerdo? -incómodo, le palmeó el hombro-. Ya me han dejado antes.

Ella hurgó en el bolsillo de la bata en busca de un pañuelo.

-No lo odies por esto.

-No pidas milagros.

-Oh, Nick, si pudieras ver a través de los errores lo que significas para él.

-Nada de discursos. Te comportas como si lo amaras -quedó atónito al ver la expresión desdichada y rota en los ojos de ella, antes de que volvieran a llenarse de lágrimas-. Santo cielo -cuando ella volvió a sumirse en sollozos, ajustó sus pensamientos-. ¿Quieres decir que no es solo sexo?

-Se suponía que sí lo era -Nick le pasó un brazo por el hombro y Rachel se apoyó en él-. Oh, Dios, ¿cómo me metí en todo esto? No quiero enamorarme de nadie.

-Es duro -se le ocurrió que a pesar de tenerla pegada, no sentía ningún hormigueo, sino algo casi fraternal. Nadie había llorado jamás sobre su hombro ni buscado su apoyo-. ¿Qué me dices de él? ¿Siente lo mismo?

-No lo sé -se limpió la nariz-. No hemos hablado al respecto, ni vamos a hacerlo. Todo es ridículo., Yo soy ridícula -avergonzada, se apartó-. Digamos que ha sido una noche emocional. Por favor, no le comentes nada.

-Supongo que eso depende de ti.

-Bien. Te lo agradezco -aún temblorosa, se secó una lágrima perdida con el dorso de la mano-. No me odies demasiado.

-No te odio -se reclinó, de pronto agotado-. No sé qué es lo que siento. Quizá pensé que podría venir aquí esta noche para demostrarte que era el mejor de los dos. Una estupidez.

-Los dos sois bastante especiales -le dijo-. ¿Por qué otro motivo una mujer agradable y sensata como yo iba a caer ante ambos?

-Es evidente que sabes elegirlos -le sonrió débilmente.

-Sí -le tocó la mejilla-. Desde luego. Dime que vas a volver.

-¿A qué otro sitio podría ir?

-Dime que vas a volver para arreglar las cosas con él -pidió.

-No puedo.

En el momento en que él comenzó a levantarse, Rachel le tomó la mano.

-Deja que vaya contigo. Quiero ayudar. Necesito sentir como si os hubiera ayudado a solucionar el problema.

-No hiciste nada salvo enamorarte del tipo inadecuado.

La alivió recibir la burla familiar.

-Puede que tengas razón. De todos modos, deja que vaya contigo.

-Como desees. Tal vez quieras lavarte la cara. Tienes los ojos rojos.

-Estupendo. Dame cinco minutos.

Rachel sintió que Nick comenzaba a ponerse tenso a media manzana del Lower the Boom. Tenía los hombros encorvados, las cejas fruncidas y las manos en los bolsillos.

«Típico», pensó. El animal macho eriza el pelo y muestra los dientes para indicarle al macho adversario lo duro que es. Pero no dijo nada, ya que sabía que a ninguno de esos machos le gustaría el comentario.

-Esta es la idea -indicó ella al detenerse ante la puerta-. Ya es la una pasada. Esperaremos hasta que cierre el bar y luego cada uno podrá decir lo que siente. Yo seré la mediadora.

-Lo que tú quieras -Nick se preguntó si tenía idea de lo duro que le resultaba enfrentarse a lo que había más allá de esa puerta.

-Y si hay algún golpe -añadió Rachel al abrir-, seré yo quien los dé.

Eso provocó el fantasma de una sonrisa en los labios de Nick. Se desvaneció en cuanto entraron.

La mayoría de los clientes ya se había ido a casa. Unos pocos obstinados se rezagaban en la barra, que Zack llevaba solo. Lola estaba ocupada limpiando mesas. Alzó la vista, le lanzó a Rachel una expresión satisfecha y volvió al trabajo.

Zack bebió un trago de una botella de agua mineral. Rachel vio que sus ojos cambiaban, reconoció el alivio en ellos antes de que se protegieran detrás de sus barreras.

-Eh, camarero... -Rachel ocupó un taburete-, ¿tiene café?

-Claro.

-Que sean dos -pidió, lanzándole una mirada significativa a Nick. Este no dijo nada, pero se sentó a su lado-. Hay una vieja tradición ucraniana -comenzó cuando Zack depositó las tazas en la barra-. Se llama reunión familiar. ¿Estáis a favor?

-Sí -Zack inclinó la cabeza en dirección a su hermano-. Supongo que puedo sobrellevarla. ¿Y tú?

-Estoy aquí -musitó Nick.

-Eh -un hombre, evidentemente borracho, se apoyó con pesadez en la barra a unos metros de ellos-. ¿Me van a servir otro bourbon?

-No -con la cafetera en la mano, Zack se dirigió hacia el otro-. Pero puede tomar un café por cuenta de la casa.

-¿Qué diablos es usted, un asistente social? -preguntó el otro con el ceño fruncido y ojos enrojecidos.

-Exacto.

-He dicho que quiero una maldita copa. -Aquí no la va a recibir.

El borracho alargó la mano y asió parte del jersey de Zack. Teniendo en cuenta el tamaño de este, Rachel consideró que solo podía deberse al bourbon que el otro ya llevaba en el cuerpo.

-¿Estoy en un bar o en una iglesia?

Algo brilló en los ojos de Zack. Rachel lo reconoció y empezó a bajar del taburete cuando Nick apoyó una mano de advertencia en la suya.

-El manejará la situación -indicó.

Zack bajó la vista a las manos en su jersey, luego la cavó en la cara del cliente airado. Al hablar, lo hizo con voz asombrosamente suave.

-Es gracioso que lo pregunte. Conocí a un tipo en Nueva Orleans. A él también le gustaba el bourbon. Una noche fue de bar en bar para beber unas copas en cada sitio y volver trastabillando a la calle. Llegó a estar tan borracho que sin darse cuenta terminó en una iglesia, creyendo que se trataba de otro bar. Llegó hasta donde está el altar. Lo aporreó y pidió un bourbon doble. Entonces cayó muerto. Absolutamente muerto -soltó los dedos del jersey-. Tal como yo lo veo, si bebes tanto bourbon que no sabes dónde estás, podrías despertar muerto en una iglesia.

El hombre maldijo y tomó la taza de café.

-Sé dónde diablos estoy.

-Eso es bueno. Odiamos tener que sacar cadáveres a la calle.

Rachel oyó la risita apagada de Nick y sonrió.

-Escucha -comentó-, ¿te sentirías más cómodo si estuvierais arriba o...? -calló al oír un estrépito procedente de la cocina-. Cielos, parece que Río ha golpeado la nevera -fue a incorporarse para ir a comprobarlo. Entonces se paralizó. La puerta de la cocina se abrió. Río salió dando traspiés, con sangre chorreándole por la cara de una herida en la frente. Detrás de él había un hombre con la cara cubierta por una media. Sostenía una pistola muy grande contra el cuello de Río.

-Es la hora de la fiesta -gruñó, luego empujó a Río con la culata de la pistola.

-Me sorprendió -comentó Río disgustado al dar contra la barra-. Vino de arriba.

Se oyó una risita cuando dos hombres armados, con las facciones distorsionadas por las máscaras de nylon, hicieron acto de presencia.

-Que nadie se mueva -uno de ellos recalcó la orden disparándole a la campana de barco que había sobre la barra, que repicó salvajemente.

-Cierra la puerta delantera, idiota -el primer hombre gesticuló con furia-. Y ni un disparo a menos que lo diga yo. Que todo el mundo vacíe sus bolsillos sobre la barra. Deprisa -le indicó al tercer hombre que se situara de tal modo que tuviera cubierto todo el bar-. Carteras, joyas también. Eh, tú -apuntó a Lola-. Suelta esas propinas, cariño. Parece que has ganado bastantes.

Nick no se movió. No podía. Conocía la voz. A pesar de los rasgos distorsionados, le resultó fácil reconocer a los tres ladrones. La risita de T.J. La cazadora gastada de Cash. La cicatriz en la muñeca de Reece donde lo había rajado la hoja del cuchillo de un Hombre.

Eran sus amigos. Su familia.

-¿Qué demonios estáis haciendo? -exigió cuando T.J. avanzó por el bar recogiendo el botín en una bolsa de la lavandería.

Vacíalos.

-Tienes que estar loco.

-¡Hazlo! -giró el cañón en dirección a Rachel-. Y cierra la boca.

Nick no apartó los ojos de Reece mientras obedecía.

-Es el fin, tío. Has cruzado la línea.

Detrás de la máscara, Reece sonrió.

-¡Al suelo! -gritó-. La cara hacia abajo, las manos detrás de la cabeza. Tú no -le dijo a Zack-. Tú vacía la caja registradora. Y tú... -asíó el brazo de Rachel-... tú pareces un buen seguro. Como a alguien se le ocurra algo, lo pagará ella.

-Déjala fuera...

-¡Nick! -la orden súbita y serena de Zack lo interrumpió-. Retrocede -al vaciar la caja, observó a Reece-. No la necesitas.

-Pero me gusta.

Rachel tragó saliva cuando la mano se cerró sobre su brazo.

-Carne fresca -continuó el otro, chasqueando los labios. T.J. se puso a reír entre dientes-. Quizá te llevemos con nosotros, encanto. Te enseñaremos a divertirte de verdad.

Una réplica furiosa le quemó en la punta de la lengua. Apretó los dientes para contenerla. «Un pie en la entrepierna», pensó. «Un codo en la nuez». Podía hacerlo, y la idea de deshacerse de él le aceleró la sangre. Pero si lo hacía, sabía que los otros dos abrirían fuego.

Cuando Nick se estiró hacia ellos, Reece pasó el brazo en torno al cuello de Rachel.

-Inténtalo, lavaplatos -sonrió con un desafío brutal-. Hazlo, tío. Ponme a prueba.

-Tranquilo -la actitud de Reece hacia la mujer empezaba a poner nervioso a Cash-. Vamos, hemos venido por el dinero. Solo el dinero.

-Tomo lo que quiero -observó a T.J. mientras se metía el contenido de la caja en el saco-. ¿Dónde está el resto?

-Ha sido una noche floja -informó Zack.

-No me provoques, tío. Hay una caja fuerte en la oficina. Ábrela.

-Bien -Zack se movió despacio por entre la abertura de la barra. Tuvo que controlar el impulso de luchar, de agarrar a ese miserable rufián y dejarle la cara hecha pulpa-. La abriré en cuanto la sueltes a ella.

-Yo tengo el arma -le recordó Reece-. Yo doy las órdenes.

-Tú tienes el arma -convino Zack-. Y yo la combinación. Si quieres lo que hay dentro de la caja, suéltala.

-Adelante -instó Cash. Le sudaban las manos sobre la culata de la pistola que sostenía-. No necesitamos a la nena. Suéltala.

Reece sintió que su poder se escurría a medida que Zack seguía observándolo con sus fríos ojos azules. Quería hacerlos temblar a todos. Quería que lloraran y suplicaran. Él era el jefe de los Cobras. El estaba al mando. Nadie iba a contradecirlo.

-Ábrela -ordenó con los dientes apretados-. O te abro un agujero.

-De esa manera no conseguirás lo que hay dentro -por el rabillo del ojo, Zack vio que Río se tensaba. El hombre grande estaba preparado para lo que surgiera-. Este es mi bar -continuó-. Aquí no quiero que nadie resulte herido. Suelta a la mujer y podrás llevarte lo que quieras.

-Destruyamos esta pocilga -gritó T.J. mientras barría con el arma los vasos que colgaban sobre la barra. Los fragmentos salieron volando, divirtiéndolo e impulsándolo a romper más-. Pateemos algunos culos -alzó un vodka con hielo que había cerca y lo vació de un trago. Luego, con un aullido, tiró la copa al suelo.

El sonido de la destrucción y los gritos contenidos de los rehenes en el suelo llenaron a Reece de adrenalina.

-Sí, vamos a dejar bien este antro -por encima de las débiles objeciones de Cash, le disparó al televisor colgado en un rincón, destrozándole la pantalla-. Eso es lo que voy a hacerle a la caja fuerte. No necesito a ninguna jodida tía -echó a un lado a Rachel, quien perdió el equilibrio y aterrizó sobre pies y manos-. Y no te necesito a ti -apuntó a Zack mientras saboreaba el momento. Estaba a punto de quitar una vida, lo cual era algo nuevo. Algo que lo excitaba-. Así es como yo doy las órdenes.

En el instante en que Zack se aprestaba a dar un salto, Nick se incorporó. Como un velocista en una competición, se lanzó con todas sus fuerzas contra Zack cuando estalló la pistola de Reece.

Hubo muchos gritos. Rachel giró blandiendo una silla, ajena a que uno de los gritos era suyo. Sintió que golpeaba a alguien y oyó un gruñido de dolor. Vislumbró la montaña que era Río pasar a toda velocidad. Pero ella se arrastraba hacia el sitio en que Zack y Nick yacían en el suelo.

Vio la sangre. La olió. Tenía las manos manchadas.

A su alrededor la sala era como un manicomio.

Gritos, golpes, pies a la carrera. Oyó que alguien lloraba. Otra persona vomitaba.

-Oh, Dios. Oh, por favor -presionó las manos contra el pecho de Nick mientras Zack se incorporaba.

-Rachel. Estás... -entonces vio a su hermano tendido en el suelo, con la cara mortalmente pálida, y la sangre que manaba con rapidez a través de su camisa-. ¡No! ¡Nick, no! -asustado, lo agarró y apartó a Rachel cuando ella se esforzó por mantener las manos en la herida.

-¡Para! ¡Tienes que parar! Escúchame... mantén las manos ahí. Mantén la presión. Iré a buscar una toalla -con plegarias remolineando en su cabeza, corrió detrás de la barra-. Llamad una ambulancia. Decidles que se den prisa -se arrodilló junto a Zack, le apartó las manos y apretó la toalla doblada sobre la herida de Nick-. Es joven. Es fuerte -las lágrimas caían por su cara mientras le buscaba el pulso-. No vamos a dejar que se vaya.

-Zack -Río se puso en cuclillas-. Se me escaparon. Lo siento. Iré tras ellos.

-No -la venganza brillaba en sus ojos-. Iré yo. Luego. Tráeme una manta, Río. Y más toallas.

-Tengo algunas -Lola se las pasó a Rachel, luego apoyó una mano en la cabeza de Zack-. Es un héroe, Zack. No dejamos que nuestros héroes mueran.

-Se interpuso en la trayectoria -comentó con un nudo en la garganta-. Maldito chico, siempre estaba metiéndose por medio -miró a Rachel, luego le cubrió la mano sobre el pecho de su hermano-. No puedo perderlo.

-No lo perderás -oyó la primera de las sirenas y experimentó un escalofrío de alivio-. No lo perderemos.

Unas horas interminables en la sala de espera, yendo de un lado a otro, fumando, bebiendo café amargo. Zack aún podía ver lo pálido que había estado Nick cuando entraron por Urgencias y se metieron en un ascensor que se cerró en su cara.

Los hospitales siempre habían conseguido que se sintiera impotente. Apenas había pasado un año desde que vio a su padre morir en uno. Lenta, inevitable, dolorosamente.

Pero no Nick. Podía aferrarse a eso. Nick era joven, y la muerte no era inevitable si se era joven.

Pero había perdido tanta sangre.

Bajó la vista a las manos que se había lavado y aún pudo ver la vida de su hermano diseminada por su superficie. Solo logró pensar en que la vida de Nick había estado en sus manos.

-Zack -se puso rígido cuando Rachel se situó detrás de él y le frotó los hombros-. ¿Qué te parece si caminamos un poco y tomamos el aire?

Movió la cabeza. Ella no insistió. Era inútil sugerir que tratara de descansar. Los ojos le ardían, pero sabía que si los cerraba vería aquel último y horrible instante. La pistola girando hacia Zack. El salto de Nick. La explosión. La sangre.

-Voy a buscar algo para comer -Río se levantó del sofá hundido. La venda blanca brillaba sobre su frente oscura-. Y vais a comer lo que os traiga. Ese chico pronto necesitará cuidados. Y no podréis ofrecérselos si estáis enfermos -con los labios apretados, salió al pasillo.

-Está loco por lo de Nick -dijo Zack, casi para sí mismo-. Lo carcome no haber podido detener él solo a tres hombres.

-Los encontraremos, Zack.

-Pensé que podría herirte. Lo vi en sus ojos. Esa clase de enfermedad no se puede ocultar detrás de una máscara. Iba a herir a alguien, quería hacerlo, y te tenía a ti. Ni por un instante pensé en Nick.

-No es culpa tuya. No -repitió cuando él intentó apartarse-. No dejaré que te hagas eso. Había muchas personas en el bar y tú te esforzabas por protegerlas a todas. Lo que le sucedió a Nick aconteció porque él trataba de protegerte. No vas a convertir un acto de amor en culpa.

En esa ocasión, cuando ella lo rodeó con los brazos, se refugió en ellos.

-Necesito hablar con él. Si no hablo con él, no creo que pueda soportarlo.

-Tendrás tiempo más que suficiente para hacerlo.

-Lo siento Alex titubeó en el umbral. El corazón le palpitaba con fuerza desde el momento en que recibió la noticia-. Rachel, ¿te encuentras bien?

-Estoy bien -mantuvo un brazo en la cintura de Zack al volverse-. Es Nick...

-Lo sé. Cuando recibimos la llamada, pedí que me dejaran llevar el caso. Pensé que así sería más fácil para todos -miró a Zack-. ¿Te parece bien?

-Sí. Te lo agradezco. Ya he hablado con un par de policías.

-¿Por qué no nos sentamos? -esperó hasta que Zack ocupó el borde de un sillón y encendió otro cigarrillo-. ¿Alguna novedad sobre el estado de tu hermano?

-Se lo han llevado al quirófano. No nos han contado nada.

-Puede que yo consiga averiguar algo. ¿Por qué no me habláis de los tres ladrones?

-Llevaban puestas medias en la cara -comenzó Zack agotado-. Ropa negra. Uno de ellos una cazadora vaquera.

-El que le disparó a Nick medía aproximadamente un metro setenta -añadió Rachel tomando la mano de Zack-. Pelo negro, ojos castaños. Tenía una cicatriz en la muñeca izquierda. En el costado, de unos cinco centímetros.

-Buena chica -no por primera vez, Alex pensó que su hermana habría sido una magnífica policía-. ¿Y los otros dos?

-El que quería destrozarse el lugar, tenía una risita aguda -recordó Zack-. Un tipo nervioso y flaco.

-Mediría un metro setenta y cinco, más o menos -intervino ella-. Pesaría unos sesenta kilos. No lo vi muy bien, pero tenía el pelo claro. El tercero rondaba la misma altura, pero era más robusto. Me dio la impresión que las armas lo ponían nervioso. Sudaba mucho.

-¿Y la edad?

-Difícil conjeturarla -miró a Zack-. Jóvenes. ¿Poco más de veinte?

-Más o menos. ¿Cuáles son las probabilidades de capturarlos?

-Mejor con lo que habéis aportado -Alex cerró el bloc de notas-. No os voy a engañar. No será fácil. Si han dejado huellas y las tenemos en los archivos, sería distinto. Pero voy a trabajar en ello.

-¿Señor Muldoon? -una mujer de unos cincuenta años vestida con una bata verde entró en la sala. Cuando Zack fue a ponerse de pie, le indicó que se quedara donde estaba-. Soy la doctora Markowitz, cirujana de su hermano.

-¿Cómo...? -tuvo que detenerse y volver a intentarlo-. ¿Cómo se encuentra?

-En estado crítico -como concesión a unos pies doloridos y a una incomodidad en la zona lumbar, se sentó en el apoyabrazos de un sillón-. Y tiene suerte, no solo de haberme tenido a mí, sino de haber recibido una bala a quemarropa que fallara el corazón. Las probabilidades que le doy ahora son de un setenta y cinco por ciento. Con suerte, y la constitución de la juventud, se incrementarán en veinticuatro horas.

-¿Me está diciendo que lo va a conseguir? -inquirió Zack con el estómago en un puño.

-Le estoy diciendo que no me gusta trabajar duramente en alguien para perderlo. Por el momento, vamos a mantenerlo en la UCI.

-¿Puedo verlo?

-Haré que alguien baje a comunicarle cuando haya salido de Reanimación -contuvo un bostezo-. ¿Quiere que le suelte lo habitual de que estará varias horas sin sentido, que no sabrá de su presencia, que debería irse a casa a descansar?

-No, gracias.

-Lo suponía -se frotó los ojos y sonrió-. Es un chico atractivo, señor Muldoon. Tengo ganas de charlar con él.

-Gracias. Muchas gracias.

-Iré a comprobar su estado -se levantó, se estiró y miró a Alex con los ojos entrecerrados-. Poli.

-Sí, señora.

-Puedo distinguirlos a un kilómetro de distancia -dijo antes de marcharse.

El dolor era una fina capa de agonía por encima del embotamiento. Cada vez que Nick emergía a la superficie, lo sentía antes de regresar a un nicho de agradable

inconsciencia. A veces trataba de hablar, pero las palabras sonaban deslavazadas e inconexas incluso para él.

A veces sentía una presión en la mano, como si alguien la estuviera sosteniendo. Y un murmullo... alguien hablándole. Pero no conseguía hacer acopio de energía para escuchar.

Una vez soñó con el mar en un huracán, y se vio saltando de la cubierta de un barco hacia la oscuridad. Pero en ningún momento tocó fondo. Se fue flotando.

Hubo otros sueños. Zack de pie detrás de él ante una máquina recreativa, guiando sus manos, riendo ante el sonido de campanillas y silbatos.

Luego apareció Cash, que se apoyó en la máquina. El humo procedente del cigarrillo remolineaba delante de su cara.

Vio a Rachel, sonriéndole en una habitación muy iluminada, por doquier el olor a pizza y a ajos. Y sus ojos brillaban, interesados. Hermosos.

Entonces se llenaron de lágrimas. De disculpas.

El viejo le gritaba. Parecía tan enfermo al trastabillar hasta lo alto de las escaleras. «Jamás llegarás a nada. Lo supe en cuanto te vi». Y su cara luego quedaba con esa expresión vacía y laxa, y solo era capaz de gemir: «¿Dónde has estado? ¿Dónde está Zack? ¿Va a volver pronto? »

Pero Zack no estaba, se hallaba a cientos de kilómetros de distancia. No había nadie para ayudarlo.

Río, friendo patatas y riendo con uno de sus propios chistes. Y Zack, siempre de vuelta a Zack, que salía por la puerta de la cocina. «¿Vas a comerte todos los beneficios, chico?» Una sonrisa relajada, una palmada amigable al salir otra vez.

Con un gruñido, dejó de dormir y trató de incorporarse.

-Eh, eh... tómalo con calma, chico -Zack se levantó de un salto de la silla junto a la cama y apoyó una mano sobre el hombro de Nick-. Está bien. No tienes que ir a ninguna parte.

Intentó centrar la vista, pero las imágenes a su alrededor no dejaban de entrar y salir como fantasmas en sombras.

-¿Qué? -tenía la garganta seca como papel de lija y le dolía-. ¿Estoy enfermo?

-Se te ha visto mejor -«y a mí también», pensó. Trató de que no se viera que le temblaba la mano al levantar el vaso de plástico con agua-. Dijeron que podías beber un poco si recuperabas el sentido.

Nick bebió un sorbo por la pajita, luego otro, pero no tuvo energía para un tercero. Al menos la vista se le había aclarado. Miró detenidamente a Zack. Vio ojeras bajo unos ojos cansados y un rostro pálido con la barba de un día.

-Es como si hubieras salido del infierno. Sonriendo, Zack se frotó la barba.

-Tú tampoco pareces un ídolo juvenil. Deja que llame a una enfermera.

-Enfermera -Nick movió la cabeza de forma casi imperceptible, luego frunció el ceño al ver el goteo de suero-. ¿Estamos en un hospital?

-No es el Ritz. ¿Te duele algo?

-No lo sé -repuso tras meditarlo-. Me siento... drogado.

-Lo estás -dominado por el alivio, apoyó una mano en la mejilla de su hermano y la dejó hasta que la vergüenza lo obligó a quitarla-. Eres tan idiota, Nick.

Se hallaba demasiado aturdido para captar la emoción en la voz de Zack.

-¿Hubo un accidente? Yo... -entonces sintió el impacto de una oleada de recuerdos-. En el bar -cerró las manos sobre las sábanas-. ¿Rachel? ¿Se encuentra bien?

-Sí. Te ha estado visitando. Le pedí a Río que la obligara a comer algo.

-Tú -volvió a observarlo para tranquilizarse-. No te disparó.

-No, idiota -se le quebró la voz; se obligó a endurecerla-. Te disparó a ti.

Cuando las piernas se le aflojaron., Zack volvió a sentarse y enterró la cara en las manos temblorosas.

Nick lo miró fijamente, absolutamente asombrado, ya que ese hombre al que siempre había considerado lo más próximo a un súper humano luchaba por mantener la serenidad.

-Podría matarte por darme semejante susto. Si no estuvieras ya en uno, yo mismo te mandaría al hospital.

Pero los insultos y las amenazas pronunciados con voz temblorosa tenían poco poder.

-Eh -Nick alzó una mano, pero no supo muy bien qué hacer con ella-. ¿Estás bien?

-No, no estoy bien -replicó y se levantó para acercarse a la ventana. Miró sin ver nada, hasta que sintió que había recuperado parte del control-. Sí, sí, estoy bien. Parece que tú también vas a estarlo. Han dicho que pronto te iban a trasladar a una planta.

-¿Dónde estoy ahora? -curioso, giró la cabeza para estudiar el cuarto. Paredes de cristal y aparatos que parpadeaban y sonaban-. Vaya, alta tecnología. ¿Cuánto tiempo llevo fuera del mundo?

-Recuperaste el sentido un par de veces. Comentaron que no ibas a recordarlo. Divagaste mucho.

-Oh, sí. ¿Sobre qué?

-Máquinas recreativas -más sereno, regresó junto a la cama-. Una chica llamada Marcie o Marlie. Pediste patatas fritas.

-Es una debilidad. ¿Me las trajeron?

-No. Puede que luego consigamos meter algunas a escondidas. ¿Tienes hambre?

-No lo sé. No me has dicho el tiempo que llevo aquí.

-Unas doce horas desde que terminaron de abrirte y de coserte. Supongo que si te hubiera disparado en la cabeza en vez de en el pecho, te habrías marchado silbando -tocó la sien de Nick con los nudillos-. Dura como una roca. Te debo una, una muy grande.

-No, no me debes nada.

-Me salvaste la vida.

Nick dejó que sus párpados pesados se cerraran.

-Es parecido a saltar de un barco en un huracán. No piensas en ello. ¿Sabes a qué me refiero?

-Sí.

-¿Zack? -Estoy aquí.

-Quiero hablar con un poli.

-Tienes que descansar.

-Necesito hablar con un poli -insistió mientras los ojos se le cerraban-. Sé quiénes eran.

Zack lo observó dormir y como no había ningún testigo, con suavidad apartó el pelo de la frente de su hermano.

-Le dije que su condición era buena -repitió la doctora Markowitz-. Váyase a casa, señor Muldoon.

-Ni lo sueñe -se apoyó contra la pared junto a la puerta de la habitación de Nick. Se sentía mucho mejor desde que sacaron a su hermano de la UCI, pero aún no estaba listo para abandonar el barco.

-Que Dios me proteja de los irlandeses tercos -miró a Rachel-. Señora Muldoon, ¿tiene alguna influencia sobre él?

-No soy la señora Muldoon, y no. Creo que podríamos conseguirlo una vez que haya comprobado cómo se encuentra Nick. Mi hermano no se quedará mucho más con él.

-¿Su hermano es el policía? -suspiró y movió la cabeza-. De acuerdo. Le daré cinco minutos con mi paciente, luego se larga. Créame, si es necesario, llamaré a seguridad para que lo echen.

-Sí, señora.

-Eso va también por el gigante que ha estado acechando en los pasillos.

-Me los llevaré a los dos -prometió Rachel. Giró la cabeza en cuanto se abrió la puerta-. ¿Alexi?

-Hemos terminado -no pudo ocultar el brillo satisfecho que bailaba en sus ojos-. He de hacer algunas detenciones.

-¿Los ha identificado? -inquirió Zack.

-Sí. Y está ansioso por testificar.

-Quiero...

-Ni lo sueñes -cortó Alex al notar los puños cerrados del otro-. El chico supo cómo hacerlo bien, Muldoon. Aprende la lección. Manténlo a raya, Rach.

-Lo intentaré -murmuró cuando su hermano se marchó-. Zack, si vas a entrar para hablar con él, no pierdas la compostura.

-Ese hijo de perra le pegó un tiro a mi hermano.

-Y pagará por ello.

Con un asentimiento seco, pasó a su lado y entró en la habitación de Nick. Se plantó al pie de la cama.

-¿Cómo te sientes?

-Bien -estaba agotado tras la entrevista con Alex, pero no acabado-. Necesito hablar contigo, decírtelo. Explicarme.

-Puede esperar.

-No. Fue culpa mía. Todo. Eran los Cobras, Zack. Por mí sabían cuándo ir y cómo entrar. No sabía... Te juro por Dios que no sabía lo que pensaban hacer. No espero que me creas.

-¿Por qué no debería creerte? -preguntó al rato. Nick cerró los ojos.

-Lo estropeé. Como siempre -le contó toda la historia de cómo se había encontrado con Cash en el local de juegos recreativos-. Creí que simplemente estábamos hablando. Y en todo momento él me sonsacaba para atracarte.

-Confiaste en él -rodeó la cama para apoyar una mano sobre la muñeca de Nick-. Pensaste que era tu amigo. Eso no es estropearlo, Nick, es simplemente confiar en gente que no lo merece. Tú no eres como ellos -cuando Nick abrió otra vez los ojos, Zack le tomó la mano con firmeza-. Si estropeaste algo, fue a ti mismo al tratar de parecerme a ellos. Y eso ya es pasado.

-No permitiré que se libren de lo que han hecho.

-No lo permitiremos -corrigió Zack-. Estamos juntos en esto.

-Sí -suspiró Nick-. De acuerdo.

-Van a echarme de aquí para que puedas descansar. Volveré mañana.

-Zack -dijo cuando su hermano llegó a la puerta-. No te olvides de las patatas fritas.

-Cuenta con ellas.

-¿Todo bien? -preguntó Rachel al verlo salir.

-Todo bien -entonces la abrazó con fuerza. Era esbelta y pequeña, y tan firme como un ancla en un mar revuelto-. Ven a casa conmigo, por favor -murmuró sobre su pelo-. Esta noche quédate conmigo.

-Vamos -le besó la mejilla-. De camino puedo comprar un cepillo de dientes.

Más tarde, cuando Zack cayó en un sueño extenuado, ella permaneció a su lado. Sabía que era la primera vez en cuarenta y ocho horas que él daba algo más que una cabezada en una silla. «Es extraño», pensó al contemplar su cara a la débil y sepulcral

luz que entraba por la ventana. Jamás se había considerado una mujer protectora. Pero había sido muy satisfactorio tumbarse al lado de Zack para abrazarlo hasta que la tensión y la fatiga de los últimos días lo sumieron en un sueño profundo.

«Cuanto más grandes son», pensó otra vez al darle un beso en la frente.

No obstante, y a pesar de lo agotada y aliviada que se sentía, no lograba encontrar una escapatoria en el sueño. La intimidaba comprender que había llegado a un punto de su vida en el que no estaba segura de sus movimientos.

El amor no se guiaba por la lógica. No seguía pautas claras o una lista de prioridades. Sin embargo, en cuestión de días, el vínculo que los había unido se rompería. Irían al tribunal y, de un modo u otro, todo quedaría resuelto.

Ese era el momento de enfrentarse al futuro.

Zack le había pedido que se fuera a vivir con él. Rachel se movió para contemplar el dibujo de sombras en el techo. Podría ser suficiente. O demasiado. Su problema en ese momento radicaba en decidir con qué podía vivir y de qué podía prescindir.

Temía que una de las cosas con las que no pudiera vivir fuera no dormir a su lado.

Zack experimentó un escalofrío y emitió un sonido ahogado antes de despertar. Al instante ella se acercó para tranquilizarlo.

-Shh... -le acarició la mejilla-. Está bien. Todo está bien.

-Huracanes -murmuró él atontado-. Te lo contaré algún día.

-Muy bien -apoyó la mano en su corazón, como si quisiera frenar el ritmo frenético-. Vuelve a dormirte, Muldoon. Estás extenuado.

-Me gusta que estés aquí. Me gusta mucho.

-A mí también -enarcó una ceja al sentir la mano de él por el muslo-. No empieces algo que no podrás acabar.

-Solo quiero recuperar mi camiseta -movió la mano por el improvisado camisón de Rachel hasta que el pecho cálido y suave llenó su mano. Sintió confort, excitación, perfección.

-No tientes a la suerte -la agitación comenzó en lo más profundo del cuerpo de ella y fue avanzando hacia la superficie.

-Tenía un sueño de mi época en la marina -la fatiga que experimentaba hacía que todo fuera en cámara lenta, más erótico cuando subió la camiseta y se la quitó-. Recuerdo lo que era estar en alta mar durante meses sin ver a una mujer -bajó la boca para pasar la lengua por el cuerpo de Rachel-. O probar a una.

Ella suspiró e incluso ese leve movimiento aumentó la necesidad de Zack.

-Cuéntame más -se besaron con dulzura.

-Al despertar ahora, pude oler tu pelo, tu piel. Llevo semanas despertando con tu deseo. Y ahora puedo despertar y tenerte.

-Así de fácil, ¿eh?

-Sí -alzó la cabeza y le sonrió-. Así de fácil.

Le acarició la espalda con un dedo mientras lo meditaba.

-Solo tengo una cosa que decirte, Muldoon.

-¿Qué?

-Todos los marineros a cubierta -riendo, se puso encima de él.

Y fue muy, muy fácil.

-No estás siendo sensato -le dijo a Nick mientras le ofrecía el apoyo de su brazo para subir los escalones del tribunal-. Es lo más sencillo del mundo conseguir un aplazamiento en estas circunstancias.

-Quiero que se acabe -repitió y miró a Zack.

-Estoy contigo.

-Imposible oponerse a vosotros dos -comentó disgustada-. Si te cansas...

-No soy un inválido.

-Has salido del hospital hace dos días -señaló Rachel.

-La doctora Markowitz le dio luz verde -intervino Zack.

-No me importa lo que le diera la doctora Markowitz.

-Rachel -un poco cansado por la subida, pero decidido, Nick apartó su mano-. Deja de desempeñar el papel de madre.

-Perfecto -levantó las manos, luego las bajó para arreglarle el nudo de la corbata y alisarle la chaqueta. Captó la sonrisa de Zack por encima del hombro de Nick y frunció el ceño-. Cállate, Muldoon.

- Sí, señora.

Ella se echó para atrás con el fin de estudiar a su cliente. Seguía un poco pálido.

-¿Estás seguro de que recuerdas todo lo que te expliqué?

-Rachel, lo hemos repasado una docena de veces -bufó y se volvió hacia su hermano-. ¿Me das un minuto con ella?

-Claro. Las manos quietas.

-Sí, sí -repuso de buen humor-. Escucha, Rachel, primero quiero decirte lo... Bueno, fue agradable que tu familia apareciera por el hospital para visitarme. Tu madre... -metió unas manos nerviosas en los bolsillos, para volver a sacarlas-... agradezco las galletitas y las cosas que me preparó. Y que tu padre se quedara para jugar a las damas.

-Fueron a verte porque querían.

-Sí, pero... bueno, fue agradable. Incluso tengo una tarjeta de Freddie. Y el poli... estuvo bien.

-Alex tiene sus momentos.

-Lo que intento decirte es que sin importar lo que pase hoy, has hecho mucho por mí. Puede que no sepa adónde voy, pero sí sé adónde no voy. Y eso te lo debo a ti.

-No -adoptó un tono severo por temor a ponerse a llorar-. Un poco, sí, pero casi todo estaba ahí desde el principio -le clavó un dedo en el corazón-. Eres un buen tipo, LeBeck.

-Gracias. Una cosa más -giró la cabeza para cerciorarse de que Zack no podía oírlo-. Sé que las cosas han sido delicadas antes. Zack ha estado insinuando que tú podrías irte a vivir con él. Quería que supieras que no me interpondré en vuestro camino.

-No he decidido qué es lo que voy a hacer. Sea lo que fuere, tú no molestarás. Eres familia. ¿Entendido?

-Voy comprendiéndolo -sonrió-. Si decides dejarlo, yo estoy disponible.

-Lo recordaré -le alisó la chaqueta una última vez-. Vamos.

Al conducir a Nick a la mesa de la defensa se dijo que no había motivo para estar nerviosa. Tenía bien preparada la exposición y disponía de una juez predispuesta a su causa.

Estaba aterrada.

Cuando entró la juez Beckett, se puso de pie con el resto del tribunal. Sin hacer caso del puño que le atenazaba las entrañas, le sonrió a Nick con gesto confiado.

-Vaya, vaya, señor LeBeck -comenzó Beckett, juntando las manos-. El tiempo vuela. Ha llegado a mis oídos que últimamente ha tenido algunos problemas. ¿Se ha recuperado del todo?

-Señoría... -desconcertada por el desvío en el proceder habitual del tribunal, Rachel se levantó.

-Siéntese, siéntese -Beckett gesticuló con el dorso de la mano-. Señor LeBeck, le he preguntado cómo se encuentra.

-Estoy bien.

-Bien. También se me ha informado de que ha identificado a los tres malhechores que entraron en el bar del señor Muldoon. Tres miembros de los Cobras, organización con la que creo que usted estuvo asociado, y que se hallan en custodia a la espera de ser juzgados.

-Señoría -volvió a intentarlo Rachel-, en mi informe final...

-Lo he leído, gracias, abogada. Ha hecho un excelente trabajo. Preferiría oír hablar directamente al señor LeBeck. Mi pregunta es, ¿por qué identificó a esos hombres a los que hace relativamente poco había elegido proteger?

-Ponte de pie -susurró Rachel.

-¿Señora? -con el ceño fruncido, Nick obedeció.

-¿La pregunta ha sido poco clara? ¿Se la repito?

-No, la he entendido.

-Excelente. ¿Y cuál es su respuesta?

-Se metieron con mi hermano.

-Ah -como si fuera una profesora que felicita a un alumno que ha mejorado, Beckett sonrió-. Y eso cambia las cosas.

Olvidando los consejos de Rachel, él adoptó su postura natural agresiva.

-Escuche, entraron en el bar a la fuerza, le abrieron la cabeza a Río, empujaron a Rachel y blandieron armas. No estuvo bien. Puede que piense que delatarlos me convierte en un traidor, pero Reece iba a pegarle un tiro a mi hermano. No iba a permitírselo.

-Lo que pienso es que eso, LeBeck, lo convierte en un adulto con la cabeza clara y potencialmente responsable, que no solo ha asimilado los principios básicos de lo que está bien y lo que está mal, sino también los de la lealtad, que a menudo son más valiosos. No cabe duda de que cometerá más errores en su vida, pero no creo que cometa los mismos que puedan traerlo de vuelta a mi tribunal. Y ahora creo que el fiscal tiene algo que anunciar.

-Sí, señoría. El estado retira todos los cargos contra Nicholas LeBeck.

-¡Bien! -exclamó Rachel, poniéndose de pie.

-¿Es todo? -preguntó Nick.

-No -Beckett recuperó la atención de la defensa-. Tengo que hacer esto -bajó el martillo-. Eso es todo.

-Lo has conseguido -riendo, Rachel rodeó el cuello de Nick-. Quiero que no lo olvides. Tú lo has conseguido.

-No voy a ir a la cárcel -no se había permitido dejar que nadie percibiera lo mucho que eso lo aterraba. Abrazó a Rachel una última vez antes de volverse hacia su hermano-. Me voy a casa.

-Así es -Zack extendió una mano. Luego, maldiciendo, envolvió a Nick en un abrazo-. Juega bien tus cartas, chico, y hasta te subiré el sueldo.

-Y un cuerno. Me estoy partiendo la espalda para ser socio.

-Caballeros, si me disculpan, tengo más clientes -dijo Rachel, dándole a cada uno un beso.

-Hemos de celebrarlo -Zack le tomó las manos. No podía decir nada y había tanto por decir-. A las siete en el bar. No faltes.

-No me lo perdería.

-Rachel -llamó Nick-, eres la mejor.

-No -río por encima del hombro-. Pero lo seré.

Llegaba un poco tarde. No podía evitarlo. ¿Cómo iba a saber que a las seis le darían un caso de agresión criminal?

Al entrar en el bar se quedó paralizada al tiempo que sonaban los vítores. Había adornos, serpentinas, globos y varias personas con sombreros de fiesta increíblemente estúpidos. En la pared de atrás colgaba un cartel gigante.

Al Lado de Rachel, Perry Mason es un Novato.

Le provocó una carcajada, incluso cuando Río la subió a sus hombros y la llevó a la barra. La dejó en el suelo y alguien le puso una copa de champán en la mano.

-Vaya fiesta.

Zack tiró de su pelo hasta que ella giró la cara para un beso.

-Intenté que te esperaran, pero no pudieron contenerse.

-No te preocupes... -comenzó, y se quedó boquiabierto-. ¿Mamá?

-Ya estamos comiendo las costillas que ha preparado Río -le informó Nadia-. Ahora tu padre va a bailar conmigo.

-Quizá baile contigo luego -le dijo Yuri a su hija al llevarse a Nadia para una polka.

-Has invitado a mis padres. Y... -movió la cabeza maravillada-. Ese que se atiborra con albóndigas es Alex.

-Es una fiesta privada -entrechocó la copa con la de ella-. Nick preparó la lista de invitados. Echa un vistazo.

-¿Esa no es la hija de Lola? -ladeó la cabeza y vio a Nick en una mesa.

-Está impresionada porque Nick ha recibido un balazo.

-Es una de las diez mejores maneras de impresionar a una mujer.

-Lo recordaré. ¿Quieres bailar?

-Te apuesto la paga de una semana a que no sabes bailar la polka -bebió otro sorbo de champán.

-Pierdes -la tomó de la mano.

Continuó durante horas. Rachel perdió rastro del tiempo mientras probaba la enorme variedad de platos que había preparado Río, acompañándolos con champán. Bailó hasta que dejó de sentir los pies y al final se puso a cantar canciones populares ucranianas con su algo achispado padre.

-Buena fiesta -dijo Yuri, tambaleándose un poco mientras su mujer lo ayudaba a ponerse el abrigo.

-Sí, papá.

El sonrió al inclinarse hacia Rachel.

-Ahora me iré a casa para hacer que tu madre vuelva a sentirse como una muchacha.

-Palabras. Te pondrás a roncar en la furgoneta

. -Entonces despiértame -le hizo una mueca.

-Es posible -Nadia besó a su hija-. Haces que me sienta muy orgullosa.

-Gracias, mamá.

-Eres una chica inteligente, Rachel. Te diré lo que ya deberías saber. Cuando encuentras a un buen hombre, no pierdes nada reteniéndolo y todo si lo dejas ir. ¿Me entiendes?

-Sí, mamá -miró en dirección a Zack-. Creo que sí.

-Bien.

Los observó partir tomados del brazo.

-Son estupendos -comentó Nick a su espalda.

-Sí, lo son.

-Y tu hermano no está mal... para ser poli.

-En general, lo quiero bastante -con un suspiro, se apartó una serpentina de la cara-. Parece que la fiesta ha terminado.

-Esta sí -con una sonrisa, dio media vuelta para ir a ayudar a Río a recoger un poco. Si Nick conocía a su hermano, y empezaba a creer que así era, a Rachel la esperaba otra sorpresa antes de que acabara la velada.

Zack toleró la presencia del equipo de limpieza otros veinte minutos antes de ordenarles a Río y a Nick que se fueran a la cama. Si no tenía a Rachel para sí mismo, iba a estallar.

-Recogeremos el resto mañana.

-Eres el jefe -, Río le guiñó un ojo a Rachel y se puso el abrigo-. De momento.

Zack movió una botella casi vacía de champán.

-Queda un poco. ¿Te apetece?

-Creo que sí -se acomodó en la barra, le lanzó su mirada más provocativa y extendió la copa-. ¿Me invitas a beber una copa, marinero?

-Será un placer -después de llenarle la copa, dejó la botella-. No hay nada que pueda decir o hacer para pagar lo que tú has hecho.

-No empieces.

-Quiero que sepas lo mucho que te agradezco todo. Tú marcaste toda la diferencia.

-Cumplía con mi trabajo, y seguía los dictados de mi conciencia. Nadie tiene por qué agradecerme eso.

-Maldita sea, Rachel, deja que te explique lo que siento.

Nick salió de la cocina.

-Si eso es lo mejor que puedes hacer, hermano, vas a necesitar mucha ayuda.

-Vete a la cama -ordenó, lanzándole una mirada asesina.

-De camino -pero se acercó a la gramola e introdujo unas monedas. Después de apretar algunos botones, se volvió hacia ellos-. Los dos sois un caso. Aceptadlo de alguien que sabe que ambos tenéis debilidades e id al grano -movió la cabeza, redujo las luces y se marchó.

-¿Y eso qué ha querido significar? -inquirió Zack.

-A mí no me preguntes. ¿Debilidades? Yo no tengo ninguna.

-Yo tampoco -Zack le sonrió y salió de detrás de la barra-. Pero es una música agradable.

-Muy bonita -convino, yendo por voluntad propia hacia sus brazos para quedarse en ellos.

-Ha habido un poco de caos.

-Hmmm... Un poco.

-Me gustaría hablar contigo sobre lo que te pedí hace unos días. Acerca de venirte a vivir conmigo.

Rachel cerró los ojos. Ya había decidido que la respuesta sería negativa. A pesar de lo que le costaba resistirse a la mitad, iba a esperar hasta conseguirlo todo.

-Puede que no sea el mejor momento para ello.

-A mí no se me ocurre otro mejor. La cuestión, Rachel, es que no quiero que te vengas aquí.

-Que tú... -se puso rígida y se apartó con brusquedad, a punto de tirarlo-. Bueno, pues por mí perfecto.

-Lo que quiero...

-Guárdatelo -espetó-. ¿No es típico? Después de que yo arreglo tu situación, me haces a un lado.

-Yo no...

-Cállate, Muldoon. Voy a terminar de hablar.

-¿Quién podría detenerte? -musitó él.

Se plantó ante él con los puños en las caderas.

-Así que no quieres que me venga aquí. Perfecto.

De todos modos, mi respuesta iba a ser un no.

-Estupendo -se acercó de forma que tuvo que inclinarse para gritarle a la cara-. Porque no pienso conformarme con que traigas solo algunas cosas. Quiero que te cases conmigo.

-Y si piensas que... Oh, Dios -se llevó una mano al pecho en busca de equilibrio-. He de sentarme.

-Siéntate -la alzó por la cintura y la depositó sobre la barra-. Y escúchame. Sé que hemos dicho no a compromisos a largo plazo. Ninguno de los dos los quería. Pero aquí vamos a pasar página, Rachel, y hay muchas reglas nuevas.

-Zack, yo...

-No. No voy a dejar que me enredes en una discusión -Rachel era demasiado buena con los argumentos y en esa ocasión él no quería perder-. Lo he meditado. Tú tienes tus prioridades, lo cual está bien -le tomó las manos-. Lo único que tienes que hacer es añadir una a tu lista. Yo. No planeé enamorarme de ti, pero así son las cosas, de modo que acéptalo.

-Yo tampoco -murmuró ella, pero él continuó.

-Tal vez piensas que no tienes espacio... -le apretó los dedos con fuerza y pasó por alto el grito que soltó ella-. ¿Qué has dicho?

-Que yo tampoco.

-¿Tú tampoco qué?

-Tú has dicho: «No planeé enamorarme de ti», y he dicho que yo tampoco -suspiró con gesto trémulo cuando las manos de Zack se quedaron flojas a sus lados-. Pero así son las cosas, de modo que acéptalo.

-¿Oh, sí?

-Sí -encaramada en la barra, le rodeó el cuello con los brazos y bajó la frente hasta apoyarla contra la de él. «Es asombroso», pensó. «Zack está igual de asustado»-. Te me has adelantado, Muldoon. Iba a rechazarte porque te amo demasiado y contigo no pensaba conformarme con nada que no fuera todo. Es algo que desde hace días me tiene nerviosa.

-Semanas -acercó la boca a los labios de ella-. Iba a intentar convencerte poco a poco, pero me fue imposible resistir. Incluso esta noche he hablado con tu padre sobre mis intenciones.

-No te creo -sin saber si llorar o reír, se echó para atrás.

-Por las dudas, primero lo predispose con unos vodkas. Me comentó que quería tener más nietos.

-Me gustaría complacerlo -sintió el corazón henchido de felicidad.

Algo se paralizó en el pecho de Zack, para liberarse de inmediato.

-¿Hablas en serio?

«Y aquí estoy», pensó ella, mirándolo a los ojos. «Unas reglas nuevas. Una vida nueva».

-Hablo en serio. Quiero una familia contigo. Lo quiero todo contigo. Esa es mi elección.

-Eres todo lo que siempre he querido y jamás pensé que tendría -le enmarcó la cara entre las manos.

-Tú eres todo lo que yo he querido -repitió ella-. Y jamás quise reconocer -cuando bajó la cabeza para besarlo, sintió que las lágrimas subían por su garganta-. No vamos a ponernos sentimentales, ¿verdad, Muldoon?

-¿Quiénes, nosotros? -sonrió al bajarla de la barra a sus brazos-. En absoluto.

